PATRICIA KAL

Y TE IRÁS DE AQUÍ

Patricia Kal

Y te irás de aquí

Madrid, 2020

ἀλλὰ πὰν τόλματον ἐπεὶ †καὶ πένητα†

(pero a todo hay que atreverse, cuando nada se tiene…)

Safo De Lesbos, citada por Longino

© Lorenzo Silva, 2020.

Todos los derechos de la obra quedan reservados para el autor.

Diseño y maquetación
trestristestigres.com

Primera edición
Marzo de 2020

Edita
Zenda - Ruritania Editores S.L.

zendalibros.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

Nací el mismo día que murió Cecilia. Me refiero a la primera vez, es decir, la primera que nací yo; que ella había muerto ya alguna vez antes de ese 2 de agosto de 1976 lo sospecho por la tristeza que asomaba a sus ojos y, sobre todo, por aquella canción en la que decía que *vivir es morir cada día*. Fui consciente de la coincidencia desde muy pronto, mi madre la recordaba con frecuencia, y andando los años empecé a buscar las canciones y las imágenes de aquella chica malograda y confinada para siempre en una juventud de suéteres ceñidos y pantalones de campana, la moda horrenda de la década que me vio venir al mundo. Me ha acompañado toda la vida, como una amiga fiel y un poco anacrónica que desconcierta a mis amigos, mis parejas, los extraños a los que se la menciono. Me gusta ese desconcierto, me gusta la voz de Cecilia, me gusta pensar que hay algo de ella que se quedó en mí el día que un accidente de tráfico se la llevó a un lugar donde ya no podíamos oírla y a mí me sacaron del refugio amniótico que me resistía a desalojar.

Esa fue, en fin, la primera vez que nací. Que yo sepa y tenga claro, he vuelto a nacer otras dos veces, un 5 de junio y un 11 de marzo, de dos años que por ahora no es necesario precisar. Mientras lo evoco, me dispongo a nacer de nuevo, o a morir intentándolo: la misma disyuntiva que ya enfrenté, sin saberlo, aquella calurosa mañana de agosto de hace casi cuarenta y tres años, en la que los médicos nos salvaron por poco a mí y a mi madre. La vida y la muerte, aunque prefiramos ignorarlo, son el haz y el envés de la misma hoja: cuando nacemos muere nuestra posible —y quién sabe si conveniente— inexistencia; cuando morimos nace nuestro recuerdo, ese comedido fantasma que nos reemplaza y que tal vez sea mejor de lo que nunca habríamos podido alcanzar a ser.

Quiero contar cómo he llegado hasta aquí, para entenderlo yo, para tratar de saber un poco mejor qué sentido tuvo, o no, este viaje que empezó el mismo día que una cantante se dejaba la vida entre los hierros de un coche, sobre el asfalto de una mala carretera, en medio de una gira que alguien debió planificar con más cabeza, con menos fatiga para el conductor, con menos codicia de aquel dinero que reportaban las actuaciones de verano. En una España que se asomaba al día siguiente a una larga noche durante la que

un chusquero con apego al mando y a la sumisión del prójimo la administraba como si fuera un cuartel.

Todas las historias deben empezarse por el principio. Y ahora que queda dicho, para que conste, el principio absoluto de mi existencia, lo que toca es ir al comienzo de lo que en este momento me arrastra, hacia el cuarto nacimiento o la enésima y definitiva muerte que dirá qué y cómo he sido, más allá de cuanto yo pueda aspirar a interpretar y proclamar acerca de mí misma. Lo dejaron escrito los griegos, que lo supieron todo: de lo que uno es, nada da la medida como su final.

Muchas veces no hay una razón poderosa para estar allí donde nos sobrevienen acontecimientos decisivos. Ninguna, salvo que se crea en el destino o en alguna otra clase de oculta necesidad. No la había, al menos, para que yo estuviera en aquella fiesta. De hecho, las fiestas son algo que suelo evitar desde hace más de dos décadas, cuando comprendí que nada importante suele llegar mientras sujetas un vaso de bebida aguada, alcohólica o no, en un lugar donde cuesta oír a la persona, querida o insufrible, con la que en ese momento te encuentras.

La razón de que me hubiera dejado llevar allí no era otra que la insistencia, primero cordial, y luego ligeramente impregnada de algo que se parecía demasiado al resentimiento, de quien por entonces era todavía —y sin perspectivas de dejar de serlo— mi cónyuge. Paradojas de la vida, que gusta de gastarnos, de gastarle y de gastarme en este caso, bromas pesadas que ella despacha como si nada y que a nosotros nos lleva luego meses y cientos de lágrimas o de pastillas asimilar.

La cosa la organizaba su jefa, una tipeja encantada de conocerse a la que yo no tenía el más mínimo interés en padecer, pero que a ella, a mi cónyuge me refiero, le parecía que entraba en su sueldo rendirle aquella pleitesía extralaboral para la que daba por necesaria, y por tanto por descontada, mi adhesión. La compleja tarea de salvar un matrimonio más allá de la luna de miel exige esa clase de sacrificios: ver nítidamente el error del otro, sentir incluso alguna repulsión por sus razones y sus consecuencias, y sin embargo someterse al peaje de pagarlo junto a la persona con la que un día te comprometiste a compartir tu vida.

La velada transcurría todo lo mal que cabía prever. Comenzó con la empalagosa recepción, por parte de la anfitriona, en la entrada del casoplón obsceno del que se trataba principalmente de jactarse, situado en una urbanización del norte de Madrid, de esas en las que no puedes saludar a nadie por la calle porque nadie pasa por ella a pie. También tuvo lo suyo la alocución inicial a los allí congregados, para invitarlos a disfrutar de la fiesta y celebrar así con ella un éxito más de la empresa. Es decir: de ella misma, alma, accionista y Gran Timonel Única de la nave, de la que el resto no pasaba de ser, a despecho de los cargos rimbombantes que les dejaba imprimirse en unas visto-

sas tarjetas, la aperreada y dócil marinería. En cuanto al catering, no había en él un solo alimento que no perteneciera a alguna de las categorías que desde que doblé la esquina de la quinta década había decidido erradicar de mi dieta. Para remate, la banda sonora del asunto, que retumbaba a un volumen demasiado alto para mis tímpanos, estaba compuesta por una mezcla inenarrable de horteradas de música discotequera de los ochenta y moderneces contemporáneas revueltas sin ton ni son, desde el rap en todas sus variantes hasta el reguetón más infame y pegajoso.

Para enojo de mi pareja, creo que empecé a mirar la hora desde el minuto uno, a rezar para que pasara el trago desde el minuto dos y a maldecirme por la lentitud del tiempo desde el minuto tres. Como la edad me ha adiestrado en el arte de la hipocresía, diría que conseguí que no percibiera mi incomodidad y mis ansias de huida nadie más que ella, Elena, que había aprendido a levantarme la máscara a fuerza de ver en la convivencia cómo me la quitaba y me la volvía a poner. Consideré pues que no tenía motivos para reprocharme nada: que yo iba allí como oveja al matadero ya le constaba de sobra, lo más que podía exigirme era que no la perjudicara ante su empleadora y sus compañeros y esa misión creía estar cumpliéndola con decoro más que suficiente.

A mucha de la gente ya la conocía de otros aquelarres como aquel. En mitad de la celebración, consintamos en denominarla así, vino sin embargo a saludarla alguien a quien yo no había visto nunca. Era un tipo de esos que me provocan arcadas instantáneas, en la recta final de la treintena, sobrado de autoestima y proclamándolo con una camisilla ligera, entreabierta y pegada al torso labrado para deslumbrar a quien gusta de deslumbrarse con tales alardes. Presuntamente albergaba algo en la cabeza, ya que me lo presentó como creativo y esa palabra, que siempre me pareció un poco cómica, presupone una cierta aptitud para pagar la hipoteca teniendo ideas y convenciendo a otros de su ingenio. El detalle no me importó ni poco ni mucho, y no sólo porque no sintiera la menor curiosidad sobre su vida y milagros, sino porque con él venía alguien que sin previo aviso, como nos acometen los desastres o nos apabulla la fortuna, puso patas arriba mi corazón y mis sentidos.

Fue verla y sentir que mis ojos quedaban imantados por su imagen, aunque aquel sujeto se entretuviera un buen rato en darse importancia, fingiendo quitársela frente al elogio protocolario de Elena, antes de apartarse y permitirme contemplarla a placer. Nos la enseñó como quien exhibe las puntas del ciervo que acaba de abatir o la longitud de boca a cola del atún al

que ha obligado a pasar del mar a su yate.

—Esta es Milena, mi chica.

Aquel *mi* sonó de la misma manera que debía de sonar cuando lo anteponía a una variada gama de sustantivos, desde su coche hasta su currículum, pasando por su volea o su hándicap de golf, que seguro que era de los que lo tenían, pese a no haber llegado a la edad en que se impone en ciertos círculos la práctica de ese sucedáneo de deporte. Fue la última vez que pensé en él durante la velada, porque a partir de ese instante ya no tuve mente para otra cosa que no fuera el cuerpo celeste que resplandecía de pronto en mitad de la noche, rasgando la nube de vanidad y polución que impedía la visión del resto de los astros.

Era una chica menuda —apenas pasaría del metro sesenta, calculé con la poca capacidad analítica que me quedaba— de piel translúcida y perturbadores ojos grises. Tenía el pelo corto y teñido de negro, y para la ocasión se había puesto un vestido ligero del mismo color, largo hasta medio muslo y con la espalda casi por entero al descubierto, lo que servía para comprobar que sólo la naturaleza alzaba contra la gravedad lo que abultaba la tela por encima de su diafragma. Bien podía permitírselo: no le eché arriba de veintiuno o veintidós años.

—Encantada —dijo Milena, mirándonos a las dos alternativamente y sin hacer ademán alguno, ni de beso ni de apretón de manos.

Fue aquella mirada, fue aquella piel, fue la elegancia escueta de su persona sin excesos ni estridencias, justa como el adjetivo que eleva a la inmortalidad un octosílabo o la nota última que clava una melodía en el corazón. Pero fue, sobre todo, esa voz de timbre exacto, dulce y firme a la vez: como una sentencia del juez supremo que no queda otra que acatar. Sólo me entenderán quienes conozcan el placer de saborear el cumplimiento de la misión que la vida nos impone, antes incluso de sabernos vivos; quienes hayan sentido el alivio de aceptar, sin pensar siquiera en plantarle cara, la sumisión a ese dictado superior que exime al destinatario del torpe ejercicio de tratar de hacer su voluntad.

Y sin embargo, para ser sincera conmigo misma y con el auditorio, en este punto el percance habría tenido todavía remedio. A veces, no demasiado a menudo, pero tampoco era insólito, me pasaba que llegaba a mi vida algo que la alborotaba bruscamente, me disparaba el pulso y me invitaba a dejarme ir y perder la cabeza. En esas situaciones me resultaba divertido abandonarme a una especie de voladura controlada, dejar que aquella sensación me arrastrara durante un

rato, para luego recobrar las riendas y devolver las aguas a su cauce, el que correspondía a una mujer que ya tenía lejana la pubertad y había visto irse a pique unas cuantas de las embarcaciones a las que se había subido.

Quizá en esta ocasión tampoco hubiera pasado de ahí, de disfrutar durante unos minutos de la conmoción inoportuna y estrafalaria que me producía aquella chica a la que le doblaba la edad, de no ser porque a partir de cierto momento empecé a reparar en que ella se me quedaba mirando. Se aplicó a ello con descaro, mientras su novio y mi mujer se dedicaban a sostener la cháchara necesaria para que nuestra presencia en la fiesta, en aquel rincón lo más apartado posible de los altavoces, no terminara de resultar absurda. En sus ojos había una picardía que me desconcertaba, y por momentos una hondura que sabía que podía ser engañosa, o una simple ilusión óptica alimentada por mi imaginación, y que sin embargo consiguió, poco a poco, hacerme perder pie.

No recuerdo de qué se habló, de qué hablaron Elena y su novio para ser más exactos, durante los cinco o diez minutos que pasamos los cuatro juntos. Demasiados esfuerzos tenía que hacer ya, a medida que las miradas que ella me dirigía se volvían más ostensibles, para no beberme a aquella criatura con

los ojos, para no dar un grito de euforia o de pánico o de las dos cosas al tiempo; para no partir el vaso de tubo contra la pared y clavarle la mitad inferior en la garganta a aquel imbécil engreído y retorcérselo ahí dentro y hacerle así callar de una vez.

Tenía el corazón a mil pulsaciones, como hacía ya tanto tiempo que no recordaba sentirlo que renuncié a hacer memoria; apenas pude pasar de verme, adolescente, en alguna coyuntura extrema e indeterminada. En cierto momento, y en mitad del derroche de mal gusto que llevaba toda la noche castigándome los oídos, sonó una música que no sólo me resultó conocida, sino que me retrotrajo a aquellos días en los que yo aún conservaba la generosidad para emocionarme, en el sentido propio y genuino de esa palabra: hasta sentir que te tiemblan las piernas y la noción del mundo. Hacía siglos que no la escuchaba, y pensé que sólo una señal, un mensaje de lo alto que era demasiado imperativo para desoírlo, explicaba que me asaltara justo a continuación de la fastidiosa —y puerilmente subversiva— monserga de un rapero, telonero fútil de aquella voz familiar que me devolvía de golpe a la joven que fui.

Era *The Logical Song*, de Supertramp. Más que con la cabeza, descifré su letra con las entrañas y tuve la sensación de que nunca lo había hecho antes. No

sólo por la traducción desde el inglés, esa lengua que ahora entendía mucho mejor que cuando la escuchaba siendo una adolescente de catorce o quince años; sino por el significado que tenía para la mujer de más de cuarenta, tantas veces derrotada y desviada de su camino, ese himno de añoranza y rebelión contra las convenciones y los lastres con los que la supuesta sensatez nos impone cargar y que no son siquiera concebibles para quien aún está estrenando la vida.

Veía ante mí a Milena, que escuchaba con aire prudente y contenido las tonterías de su novio, y de pronto sentí un escalofrío, el pavor de haberme convertido, como decían los de Supertramp, en algo aceptable, presentable; en una pobre y triste hortaliza, arrancada de la verdad y la belleza elemental de la existencia. Porque esa derrota absoluta y final, que en el día a día ya no conseguía afligirme, se volvía lacerante e intolerable en presencia de aquella criatura, tanto como para hacer que me avergonzara el deseo voraz y turbio que despertaba en mí.

En eso, la jefa reclamó nuestra atención desde el otro lado de la sala. Elena se señaló a sí misma, preguntándole con el gesto, y la dueña de su nómina apuntó con el índice a dos puntos contiguos ante sí. El novio de Milena lo captó al vuelo y se clavó el dedo en el esternón a su vez, a lo que la jefa asintió

y les hizo una seña para que acudieran; la misma que se le hace a un perro faldero para que se acerque a recibir su rosquilla. Y allá que se fueron los dos, raudos y sin dudarlo, dejándonos a Milena y a mí solas y sellando con ello, sin saberlo, su destino y el nuestro.

Cuento esto para mí, y sin importarme lo que piense quien lo sepa, si es que llega a saberlo alguien, así que no dejaré de apuntar que al quedarme sola con ella, y por primera vez en muchos años, no supe qué decir ni hacer, ni cómo me las iba a arreglar para no parecer una mema, no caerme redonda, no arrepentirme durante el resto de mis días.

Al final, tomé el camino más simple.

—¿Te gusta la canción?

—No está mal —respondió, fijando en mí el granito de sus ojos.

—¿La conocías?

—No. ¿De quién es?

—Supertramp.

—Ah. ¿De tu época?

—Algo así. En realidad yo era muy pequeña cuando salió.

Se quedó callada, como si viera lo pequeña que yo era entonces, lo pequeña que había seguido siendo y volvía a ser aquella noche en la que comprendía de pronto que mi tren iba a descarrilar una vez más. No

sólo de esa manera: también, tuve entonces la sensación, como si por las venas que surcaban su carne pálida corriera un fuego semejante al que me abrasaba a mí el pecho, una locura y un delirio tan frenéticos como los que estaban sacudiendo los cimientos de mi vieja casa. No soy de creer en mi suerte, y menos que vaya a ser mío aquello que deseo, aunque alguna vez lo haya sabido conquistar. Ella se dio cuenta y quiso conjurar mis temores, o elevarlos al infinito. Miró hacia donde estaban Elena y su novio y, con una gravedad repentina, me descerrajó una pregunta en la que se entrelazaban la delicadeza y la crueldad:

—¿Y qué vamos a hacer ahora, tú y yo?

La pregunta me devuelve, de golpe, al presente más apremiante y más incierto. Ese que hace ya tanto tiempo que no habito ni recuerdo que me cuesta encontrar las palabras, la manera de reaccionar. Milena se da cuenta de mi zozobra y me lanza una cuerda a la que agarrarme:

—¿O acaso no sientes lo mismo que yo?

—No sé lo que sientes —miento, o dudo.

—¿Quieres que lo diga?

—Si tú quieres decirlo.

—Lo que quiero en realidad es otra cosa. Y no aquí.

—Tampoco este es mi sitio —le reconozco.

—Dime cuándo nos vemos en un sitio mejor.

Miro hacia donde están ellos. Mi mujer, su novio.

—No sé si es una buena idea.

—¿Y qué es una buena idea, según tú? —me reta.

Cometo un grave error. Trato de echar mano de esa ventaja que es tan dudoso que tenga sobre ella: mi experiencia escarmentada, que me lleva a no dar por

favorables las ocasiones según se me presentan.

—No termino de ver claro de qué va esto —le explico.

—¿Esto? —se revuelve.

—De qué vas tú, para decirlo sin rodeos.

Milena frunce el ceño.

—Explícate, por favor.

—Nadie me asegura que no estás jugando.

—Claro que estoy jugando. Y tú. Y todos, mientras vivimos.

—Pero a medida que pasan los años, el juego se complica.

—Eso creéis los que tenéis más años.

—¿Y no es así?

Sacude la cabeza, convencida.

—Tú y yo podemos morir mañana. Exactamente igual.

—Creo que yo tengo más probabilidades.

—Y por tanto más motivos.

Me deja que sopese su argumento. A continuación me dice, firme:

—Quiero conocerte mejor. En serio. Sé reconocer las señales.

—¿Qué señales?

—Las mismas que sabes reconocer tú.

Ahí me ha dado, y lo nota. No sé escondérselo.

—Bueno, qué me dices. Cuándo nos vemos —insiste.

—Tendrás que dejar que me lo piense un poco, ¿no?

Su mirada me hace sentir ridícula. Pensar qué.

—Apunta mi número, anda.

—¿Ahora? ¿Y dónde?

—¿No tienes un teléfono?

En el verano de 2019, decir eso suena parecido a preguntar si te has traído la cabeza o la has dejado en casa. Por supuesto que tengo un teléfono, o a veces es más bien el teléfono el que me tiene a mí.

—Sácalo, discretamente —me pide—. ¿O lo saco yo?

—No es esa la cuestión —alego.

—¿Y cuál es la cuestión? —suspira, impaciente.

Pero antes de esperar mi respuesta ya está abriendo su bolso, mínimo, y extrayendo de él, sin que se le altere el gesto, un iPhone último modelo que desbloquea con su rostro y en el que busca la función supuestamente originaria del artilugio, cada vez más marginal: acceder a la red telefónica para hacer una llamada. Cuando tiene el teclado desplegado en la pantalla, me pide sin contemplaciones:

—Dime y te hago yo una perdida.

—¿No te lo mirará luego?

—No si no le ayudo yo poniendo mi careto delante. Y no pienso hacerlo. El día que me lo regaló perdió todos los derechos sobre él.

Me violenta, tontamente, que vaya a usar para engañarle el carísimo objeto que él mismo le obsequió. Cuando engañamos a alguien, nos servimos siempre de otra cosa, que es la más valiosa que otra persona puede entregarte: su confianza, que la expone a nuestra traición.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —pregunta, ante mi demora.

—Claro. Y tú deberías tenerlo también.

—¿Si no fuera tan joven, quieres decir?

—Si pensaras un poco.

—Pienso, pero no ahora. ¿Me lo vas a decir?

—Sabes que te lo voy a decir.

—Pues dilo.

Y se lo digo.

Yo he vivido esto antes. Como tantas otras cosas, lo que le imprime a mi vida, de un tiempo a esta parte, una penosa sensación de liturgia demasiado repetida para comparecer en ella con la suficiente energía, o lo que es lo mismo, fingiendo algún interés en su desarrollo. Y a pesar de ello me doy cuenta de que tengo que tomármelo en serio, de que es algo grave, de que habrá dolor y desastres y alguien, quizá yo misma, se verá necesitada de recibir del prójimo piedad y comprensión.

Preferiría, claro está, que nadie saliera perjudicado ni dolorido, pero a estas alturas no me hago ilusiones sobre cómo se zanjan los asuntos humanos. Por alguna razón nos cuesta hacerlo sin que la melancolía, el desaire o el rencor —incluso la cólera— se adueñen del argumento. Por eso miro a Elena, que aún no sabe y que lee despreocupada una revista de decoración —podría estar leyendo otra cosa que lo hiciera menos terrible, que me hiciera sentir menos culpable— y me pregunto cómo y cuándo lo aborda-

ré con ella. Sé que no va a ser ahora mismo, incluso quiero creer que después de hacer la prueba que he aceptado hacer cabría una remota posibilidad de que no hubiera necesidad de abordar con ella nada; pero me conozco y la conozco y en consecuencia ya voy preparando mi discurso y sobre todo me voy preparando el costado para encajar las estocadas rabiosas que me corresponderán en el lance.

Ha sido Milena, era de esperar, quien me ha llamado a mí. No ha querido aguardar a que yo me decidiese, a que mi deseo se impusiera a la frágil barrera que podían oponerle mi edad y mis conveniencias. Ella es joven y le conviene todo: quizá ha creído, no sin cierta generosidad, que era su obligación. Me ha exigido más que propuesto una cita a solas en la que podamos continuar, camino del abismo, que es nuestra única meta concebible, lo que empezó la otra noche entre nosotras. No tenía preparada una manera de desengañarla, y no por no haber intentado dar con una, sino porque todas las que ensayé fui yo misma quien las echó abajo a hachazos antes de que ella marcara mi número. Así las cosas, me he limitado a discutir sobre la hora y el lugar. Ella, comprensiva, o acaso velando también por su propia comodidad, que le aconseja alguna discreción, me ha dejado elegir en función de mis limitaciones. He preferido un día la-

borable, a media mañana, porque por suerte no estoy uncida a una mesa de oficina: mi trabajo me permite entrar y salir sin que las explicaciones sean pormenorizadas. Le he propuesto un lugar recóndito, poco conocido incluso para los madrileños: el jardín del Príncipe de Anglona, en La Latina, que a esas horas estará vacío, salvo por algún jubilado. Todo le ha venido bien, como si quisiera hacerme sentir que nada va a privarme de mi regalo, este regalo extraño y tan bien envuelto que la vida me pone en las manos para descomponerme. Antes de colgar ha creído necesario tener un detalle más. Con esa voz aterciopelada y serena que gasta me ha asegurado, toda zalamera:

—No puedo esperar a tenerte otra vez delante.

En ese momento, o quizá un minuto después, mirando su número en la memoria de mi teléfono, he pensado que debía desconfiar de ella y de lo que me invita a hacer; no porque ella pueda ser una embaucadora a sueldo con el encargo de destruir mi reputación o algo por el estilo, ni porque tenga alguna voluntad oscura de estafarme o servirse de mí, sino porque nuestra conversación se parecía demasiado a las que suelen tener las personas que en coyunturas diversas, a conciencia o sin ella, se conciertan para embaucarse, estafarse y destruirse a sí mismas.

Ha sido la última maniobra, tan abnegada como inútil, de mi razón contra el ardor que me arrastra hacia ella. Ha durado lo que dura un suspiro, y en seguida me he visto maquinando lo que ahora pienso, ante una Elena desprevenida que cree ya pasada la mínima tempestad que se produjo a nuestro regreso de la fiesta de su jefa, cuando me afeó mi poca sociabilidad con sus compañeros, incluidos el nuevo creativo y su novia tan mona, y yo traté de hacerle ver que sacaba las cosas de quicio y que no me había mostrado tan borde como puedo ser. Un error táctico que desembocó en algunas voces, reproches ya antiguos, argumentos que no aspiran a persuadir, y al final el cansancio y el silencio.

Lo que pienso es que no voy a negarle al animal que vive en mí que acuda a saciar el hambre que de pronto siente, o cuando menos a ver por qué esa chica menuda e insolente se lo provoca, y si se lo sigue provocando cuando vuelva a encontrarme a solas con ella. Lo que pienso, en coherencia con lo anterior, es que mi matrimonio con Elena está potencialmente muerto, porque ya he vivido y dejado de vivir en pareja antes, porque he sido infiel y lo han sido conmigo, y cuando acepté firmar un papel con ella, aunque era ella la que insistía y a mí no me hacía falta ni le otorgué más valor que a las ganas de vivir juntas, me

juré a mí misma que nunca, bajo ningún concepto, la engañaría.

Y no tiene que ser esta tarde, porque todo podría en fin ser un espejismo —siempre hay que dejar abierta esa posibilidad, en todos los órdenes de la vida— y la prudencia que también le debo me impone no sacar el dragón de la cueva antes de lo imprescindible; pero minuto a minuto, y más cuando la miro, tan absorta en esas páginas de muebles caros, pensando acaso en adquirir alguno para realzar el hogar que se está derrumbando bajo sus pies, me gana el convencimiento de que la historia se ha acabado, de que mi experimento conyugal, como el anterior en el que me embarqué, navega con rumbo firme hacia los arrecifes. La conciencia de nuestro fracaso, rotundo e inminente, se abre paso en mi interior con la fuerza de una galerna. Y lo peor es que al verla venir no siento miedo, como es el deber de un mortal dotado de algún raciocinio, quizá porque desde niña me fascinaron en exceso esos dos capitanes, Ahab y Nemo, que desde su ballenero el uno y desde su submarino el otro miraban cara a cara, deseando medirse con ella, la tormenta que a quienes navegaban a sus órdenes sólo infundía pánico. Sé lo que sigue luego, conozco bien la sal y la soledad y el espanto del naufragio, así que no es inconsciencia ni ignorancia, sino quizá

algo mucho peor. La necesidad oculta de desbaratarlo todo, de no llegar a estar nunca en casa, abrigada, a salvo de cualquier contrariedad.

Proceso todas estas ideas horrorosas y devastadoras mientras Elena cierra la revista y me pregunta qué me apetece para cenar. Las llevo conmigo mientras me levanto y me ofrezco a ser yo quien cocine esta noche, escucho sus preferencias, le hago alguna sugerencia que ella acepta complacida, y me voy luego a la cocina y voy amontonando sobre la mesa los ingredientes, encendiendo el fuego de la vitrocerámica, calculando como si fuera cualquier otra noche y cualquier otra cena las medidas de sal y de aceite y los tiempos de cocción, y me siento cada vez más canalla y más miserable, y a la vez más humana; porque la humanidad es este amasijo de contradicciones insolubles y a veces algo repulsivas, porque no es humano quien nunca ha traicionado ni se ha traicionado a sí mismo, porque algo en nuestro afán por ser rectos y decentes exige que seamos capaces de la doblez y la indecencia.

Así, mientras me pregunto una y otra vez si no sería más elegante, menos abyecto y a la postre menos amargo para mí misma decírselo ya, que no podemos seguir juntas porque deseo besar a otra mujer y ella también desea besarme a mí y nuestro pacto no

contemplaba ni puede contemplar estas licencias, le preparo a Elena, ya casi mi exesposa, la que viene a ser nuestra última cena, o la primera de la traidora en que estoy resuelta a convertirme; porque mi naturaleza me lo exige y yo no soy capaz de llevarle la contraria, porque soy más fuerte o más débil que ella, que mi naturaleza y que la propia Elena, o quién sabe por qué, ni si importa un comino saberlo o establecerlo con certeza, cuando el caso es que va a suceder, que vamos a morir, que ya nos estamos muriendo.

Me pregunto, no puedo evitarlo, por la razón profunda de lo mío con el matrimonio: cómo es posible que haya podido perpetrar por dos veces, sin una convicción firme en ningún caso, y con la memoria vívida del fracaso en la segunda ocasión, mi adhesión a una institución en la que no creo ni me parece posible que vaya a creer nunca. Hay una forma fácil de explicarlo: las dos veces quise contentar a la otra persona, a la que el enlace le hacía toda la ilusión que a mí me era imposible sentir. Sin embargo, esa explicación me remite al expediente ordinario del traspaso de culpas, que he visto proliferar de tal manera a mi alrededor, para alivio reiterado de los más insolventes de mis semejantes, que me avergüenza profundamente recurrir a él. El hecho cierto es que quise casarme y me casé, sin que nadie ejerciera coacción sobre mí.

La primera vez tenía quizá mejor excusa: era más joven, y en cierto modo casarme con Alejandro era terminar de redondear el paquete estándar que nos correspondía como joven pareja de profesionales con un

buen puesto de trabajo y prometedoras perspectivas. Alejandro era además abogado y no dejó de exponerme, de manera muy convincente, las ventajas legales de toda índole —comenzando por los quince días de vacaciones extra— que convertirnos en cónyuges nos proporcionaba, frente al estatus borroso y difuso de pareja de hecho. Por otra parte, el vínculo matrimonial, que ya entonces podía disolverse por voluntad de uno solo y sin necesidad de invocar justa causa, no suponía una traba difícil de remover, llegado el caso de que alguno de los dos lo viera necesario. Alejandro era pragmático y envolvente en su pragmatismo, nunca se me ocurrió oponerme a esa faceta suya y me fue bien, tanto cuando convivimos como cuando se hizo evidente que no podríamos seguir conviviendo. Por eso me dejé poner el anillo, previa la separación de bienes que se cuidó de establecer en las oportunas capitulaciones matrimoniales ante notario, y la verdad es que todo resultó tal y como él había dicho: práctico y conveniente mientras duró y no demasiado oneroso cuando hubo que disolverlo. El propio Alejandro no falló ni me falló como abogado; ni al concertar nuestro casamiento como lo hizo ni al llevar a buen puerto el divorcio, de mutuo acuerdo, después de una negociación razonada y razonable. Me falló

como marido, y yo a él como esposa, pero esa es otra historia para contarse en otra ocasión.

Más me cuesta entender —y ahora que lo veo hundirse, disculpar—mi decisión de contraer matrimonio con Elena. En mi descargo puedo alegar que casarme con una mujer me parecía un poco menos temerario de lo que considero que lo es casarse con un hombre, cuyo talante y cuyos cromosomas predestinan, salvo algunas contadas excepciones, al desapego y la ausencia del hogar. También puedo echar mano de algo que Elena, menos pragmática y elocuente que Alejandro, pero no exenta de un talento natural para llevar el agua a su molino, manejó en los meses previos a la ceremonia con innegable destreza: durante siglos, decía, a las mujeres que se amaban se las había condenado a esconderse y vivir su amor de manera vergonzante, so pena de verse apedreadas en todos los sentidos posibles, incluido el literal; ahora que las mujeres al fin habíamos conquistado el derecho a querernos a plena luz del día, y a fundar sobre ese amor una familia, era en cierto modo una obligación de aquellas que sentían que se querían lo suficiente como para aceptar compartir sus vidas, como ella y yo, ejercer ese derecho que se les había negado a tantas de nuestras hermanas y antecesoras. El argumento era en sí mismo poderoso, y aquella emoción con que

Elena lo planteaba, rigurosamente inapelable: empujaba a caer de hinojos llorando ante ella y ante la memoria de nuestras semejantes atropelladas; habría resultado casi inmundo atreverse a oponerle alguna objeción utilitaria, no se diga ya exteriorizar alguna reserva o reticencia de carácter egoísta.

Y así y todo, ahora lo veo claro, yo no debería haber accedido como accedí. Sé que fue un día muy feliz para ella —no sé si lo seguirá siendo, en el recuerdo, cuando pase lo que ha de pasar—, para mí no fue del todo desagradable, pero tampoco llegué a experimentar un entusiasmo que me desbordara, y ahora sé por qué. Porque, una vez más, no estaba tomando una decisión en función de mí misma, que es el criterio que debe prevalecer sobre cualquier otro, o cuando menos ser compatible con él, para tomar decisiones que afectan al propio rumbo vital. Al sentarme delante de aquella jueza con ella, las dos vestidas para la ocasión y con un ramo de flores entre las manos, estaba dejando de ser yo para ser otra persona cualquiera, una abstracción de persona para la que ese acto y ese compromiso habían sido concebidos y bien podían ser válidos y benéficos. Una abstracción en la que Elena encajaba sin dificultad, pero a la que yo no podía acogerme sin sentir que me estaba acostando en un lecho de Procusto, donde más tarde

o más temprano se descubre que no se puede estar y sólo se abriga el deseo de huir.

De nada me protegía que Elena, sólida y hogareña, y también mucho más inteligente en el fondo que Alejandro, no fuera a darme, con toda probabilidad, los mismos disgustos y sobresaltos que él. Mi matrimonio heterosexual no se había venido abajo sólo por culpa de los errores y las frivolidades de mi marido, sino también por mi intolerancia al fastidio y mi incontrolable condición de culo de mal asiento; una intolerancia y un culo que estaban sentados allí, delante de aquella jueza, dándole el sí quiero como dos perfectos insensatos. Pero sobre todo, era al dejarme arrastrar por el solemne arrobo militante de Elena cuando más me traicionaba a mí misma: a quien yo era y a quien había sido, desde la primera vez, muchos años atrás, en que había deseado un cuerpo femenino y había vadeado el río tenebroso que me separaba de él.

Quizá algo que introducía una diferencia grave e insalvable entre ambas era que Elena sólo había tenido relaciones sexuales con —y sólo había experimentado deseo sexual hacia— otras mujeres. Quizá era que yo no sentía el desinterés radical que ella sentía por los hombres, sino más bien una especie de cansancio amargo, que me hacía desistir de ellos sin

dejar de intuir que en la masculinidad pudiera haber algo digno de ser amado y deseado, sólo que yo había sido demasiado torpe para encontrarlo, o había tenido demasiada mala suerte, o quién sabía qué. En todo caso había llegado a un hartazgo que me movía a evitar todo trato íntimo con un varón, y que era lo que me inclinaba hacia aquella otra vertiente, que siempre había estado ahí, de mi sexualidad.

Por eso, aunque no me atrevía a decírselo, me desconectaba sin poder evitarlo cuando ella se ufanaba de la superioridad de las relaciones entre mujeres sobre las relaciones entre mujeres y hombres, y adoptaba el papel de sacerdotisa de una especie de lesbianismo ritual, un misterio para iniciadas que se situaba en regiones inaccesibles al tosco metisaca de las relaciones heterosexuales. Cuando la oía soltar esas sandeces, tenía que callarme que yo no disfrutaba más con ella que con los hombres que me habían sabido tratar en la cama, y que tampoco me sentí menos incomprendida por ellos de lo que ella era capaz de incomprenderme. Tendría que haber sabido desconfiar de la piadosa mentira que en cambio acepté sostener ante ella, porque la mentira, sea de la clase que sea, es la que lo corroe y al cabo lo derriba todo.

Lo que hice fue acompañarla, como una completa inconsciente, en su artificiosa, convencional y

acartonada ceremonia de desagravio, hacia ella misma y hacia sus congéneres, entre quienes yo no me encontraba. Una ceremonia que, ahora que la evoco —y como estoy sola ante mí misma y no respondo ante otro tribunal que el de mi conciencia y mi deseo soberanos lo diré sin tapujos— era para mí una forma de ofender y desnaturalizar el fuego primordial que había sentido arder en mí la primera vez que mis labios se posaron sobre unos labios de mujer. No sentía entonces estar ejerciendo un derecho que alguien tuviera que legislar para reconocerme: al revés, aquellos labios tenían el sabor delicioso de la infracción, de la vía solitaria y salvaje que no se sometía a las ordenanzas de los hombres ni de las mujeres, y menos aún a los mandamientos de un Dios empeñado en restringir los placeres de sus criaturas, porque nacía de la libertad y del orgullo, de la conexión con la fuerza bestial e ingobernable de la tierra; con la voluptuosidad sin tasa de esos dioses que los antiguos paganos inventaron no para embridar, sino para sublimar y desencadenar sin ningún reparo sus impulsos.

Cuando a mis dieciocho años, en aquella habitación diminuta de una residencia universitaria, mordí por primera vez los pezones de otra mujer, no lo hice porque creyera que era normal o algo que un código debía amparar y ayudarme a formalizar algún día,

sino porque me dio la real gana, porque sentí que la mujer que era podía desear a otra de su sexo y gozar de su carne; ante mí misma y bajo la ley elemental de la naturaleza lo sentí y sin más me di permiso y apreté los dientes.

Al recordarlo ahora, y sobre todo, al pensar en Milena, a quien voy a buscar, a quien no puedo dejar de ir a buscar, empujada por el mismo deseo, aunque suponga echar abajo mi matrimonio, me veo otra vez ante la jueza, suscribiendo aquel contrato inerte e impropio de mi ser, dejándome empapelar y registrar como una hipoteca, y me siento como la peor de las impostoras, como la culpable única del desastre que se nos viene encima a Elena y a mí, de todo lo que va a sufrir ella y de lo que me tocará sufrir a mí misma, de rebote de su dolor y por la oscura certeza de habérselo causado. Y me pregunto, mientras ella duerme a mi lado, cómo y dónde podré encontrar las palabras justas para pedirle perdón, para ayudarla a creer que no se equivoca en nada de lo que piensa sobre ella, sobre las mujeres y sobre su afán de amarlas, que tan sólo se equivocó conmigo, que su fallo único, el desliz que la sacó de la línea recta a la que tan limpiamente se acompasa su vida fui yo, que no soy la que creyó, que no soy como ella, que soy una calamidad.

Quiero creer que no soy sólo yo, que a partir de cierta edad, y la edad en cuestión llega pronto, mucho más pronto de lo que nos gustaría, todas las mujeres, pero también todos los hombres, se sienten atrapados en un ritual ridículo cuando se miran en el espejo. Un examen donde el ego que cada cual guarda en un estuche mugriento apremia para darse una aprobación indulgente e inmerecida, esa que jamás le daríamos a quien no lleva nuestro nombre ni nuestra osamenta, si se ofreciera en una desnudez tan miserable a nuestra malévola contemplación.

Una mañana más, aquí estoy, recién duchada y sin ropa, mirando lo que de mi persona resiste al tiempo antes de ponerme la primera prenda y empezar a encubrirlo ante mis semejantes. Lo que ocurre es que no es una mañana más, ni mi ojo mide mi derrumbe, moderado pero innegable —si lo sabré yo, que me recuerdo bien en el vestuario del instituto y en otros muchos lugares y momentos intermedios—, con la ventaja de poder negociarlo luego con esa au-

toestima que me las he arreglado para levantar frente a los revolcones de la vida. Mientras me miro, inevitablemente, lo que trato de representarme es qué verá en mí otra persona, que no tiene conmigo deuda alguna de gratitud o deferencia, al revés, que me saldrá al paso en un claro de la selva, con las garras y los dientes prevenidos, dispuesta a arrojarme a ese juego en el que se muere o se mata, o se mata y se muere, todo a la vez.

Me irrita darme cuenta de que una de las cosas que estoy mirando es si voy adecuadamente depilada, cuestión que sin remedio suscita otra: cuál es el grado de pilosidad admisible, no con arreglo a un canon genérico, sino a la luz de lo que la persona en la que estoy pensando pueda considerar que supone una gestión higiénica y estilosa de mi vello corporal. Cuándo nos volvimos tan imbéciles como para objetar lo que la naturaleza le adjudicó a cada cual, abriendo este melón odioso al que nos asomamos una y otra vez, atrapados en el dilema de dejarnos llevar por la moda, siempre banal y alienante, o apostar por un criterio personal que pueda fallarnos en la coyuntura más inoportuna.

Al final, claudico y me inflijo la humillación de arreglar un poco lo que veo, imaginando que así obtendrá más fácilmente el beneplácito del tribunal in-

cierto al que someto la cuestión; tan incierto como que en ningún momento se ha planteado la posibilidad de que el encuentro que hemos concertado vaya a desembocar en una situación en la que me toque desvelar semejantes intimidades. Y con ello me siento todavía más ridícula de lo que ya me hace sentir a diario este momento de autoescrutinio, porque me doy cuenta de que estoy poniendo en unas manos que no conozco la vara de medir qué y cómo soy, sin saber siquiera si van a usarla o lo harán con algún criterio. Esa es la rendición primera del lance amoroso: abdicar del yo propio, declararlo nulo y sin valor, para que sea la mirada de otro quien nos convierta, o no, en un tú que cotice en el mercado ajeno de su aprobación y de su deseo.

Más fácil me resulta el paso siguiente, el de ponerme las prendas que han de envolver el caramelo que necesito creer, pese a algún que otro estrago de la gravedad, que puedo ser aún para ella. He elegido mi ropa interior más nueva y favorecedora, eso no admitía debate. En cuanto al resto, mi capacidad de elección, y por tanto mis posibilidades de torturarme dudando, quedan limitadas por la indumentaria que resulta tolerable con arreglo a la etiqueta de mi entorno laboral, que no deja mucho margen a la audacia ni a la fantasía. Escojo una blusa de color vivo, que se-

gún Elena me ilumina la cara. Ya he cometido el error de recordarla, y en el espejo aparece de pronto ante mí una sabandija sin escrúpulos ni entrañas dispuesta a consumar su felonía; tiene mi rostro y me hace cargar con ella, durante todo el día y más allá.

Quizá por eso mismo, y para que la carga me sea más ligera, me permito la cobardía de no quedarme a desayunar. Alego que tengo una reunión a primera hora, lo que es verdad, y que necesito prepararla antes, lo que es más falso que el sentimentalismo navideño de un gran almacén, para dejarle caer a Elena un beso casi al paso sobre la mejilla, un beso que temo que me delate de manera aún más aparatosa como la farsante que soy. Ella me mira con aire extrañado, que mi miedo a ser descubierta antes de tiempo toma por recelo, pero que probablemente no sea más que lo que parece, asombro por algo que no se esperaba. Antes de que me vaya, me coge la mano, me sonríe con ternura y me propone:

—Esta noche hago cena especial, para compensar.

Así de crueles son las duplicidades de los seres humanos, así de ruines nos volvemos cuando un error de trayectoria —porque siempre hay que contemplarlo de ese modo, como una encrucijada en la que no tomamos la senda correcta, so pena de convertirnos en unos canallas irresponsables y destructivos— nos

lleva a sentirnos obligados a estar a la vez en dos lugares que resultan incompatibles entre sí. El tiempo debería ayudarnos a impedirlos, estos errores desdichados, pero sólo nos descubre nuevas e inesperadas maneras de cometerlos, sin más avance que el escarmiento que aconseja, al menos a quien conserva aún algún juicio y alguna consideración por el prójimo, procurar que esas situaciones, una vez que has caído en ellas y compruebas que no tienes manera de desandar lo andado, se prolonguen lo menos posible.

Cierro la puerta de casa con una sensación de infinita tristeza. Ya he vivido todo antes, ya sé lo que hay y lo que me toca, y en el reparto, porque no puede ser de otra manera, porque fue ella quien la buscó y la amuebló a conciencia, no puedo sino aceptar que sea para ella la casa que compartimos durante estos últimos cuatro años; al margen de cómo rehagamos luego escrituras e hipotecas y de si al final prefiere que la vendamos para buscar otro lugar que no la envenene con recuerdos. En cualquier caso, acabo de cerrar la puerta que ya ha empezado a no ser la mía, camino de la intemperie que es mi más vieja amiga y que sé que estará ahí una vez más, esperándome para darme su abrazo.

En el ascensor, pulso el botón de la planta correspondiente al garaje. Normalmente trato de evitar co-

ger el coche para ir al trabajo, aunque por mi categoría dispongo de una plaza de parking que es una poderosa tentación, no sólo por el estatus que implica —y que siempre complace exhibir ante quien carece de él, se reconozca o no— sino porque me permite volver a casa en un cuarto de hora cuando salgo tarde, que es algo más a menudo de lo que me gustaría. Por lo demás, no profeso un amor rendido al transporte público de Madrid, que ya sé que es mejor que el de otros sitios, pero en los últimos años ha ido perdiendo poco a poco calidad, frecuencia, fiabilidad, holgura, limpieza y todas esas otras notas que acreditan la excelencia de una red de comunicaciones. Si me obligo a dejar en casa el coche es porque he comprendido, quizá tarde, que estamos destruyendo o hemos destruido la ciudad, atufándola de gases y partículas letales que afectan a personas a las que conozco, y que alimentar esa destrucción conscientemente es un acto de barbarie indigno de una mente civilizada. Un acto de barbarie que sin embargo hoy voy a autorizarme, porque soy débil y pesa más en mí una pulsión de corto plazo: disponer de la mayor libertad de movimientos posible para una jornada en la que mis planes están abiertos, dependiendo de lo que resulte de la cita también abierta que ocupa todo el espacio y toda la energía de mi cerebro y relega a un segundo plano lo demás.

Cuando me instalo dentro del vehículo experimento una sensación de confort: es esa sensación cuidadosamente premeditada por los fabricantes de automóviles, no sólo afinando el diseño, la ergonomía y hasta los olores del habitáculo, sino troquelando antes nuestras mentes con avalanchas de publicidad destinada a hacernos creer que la posesión y conducción de un coche estilizado y potente debe ser la aspiración fundamental de quien quiera atestiguar ante los demás su éxito en la vida. Hay esta mañana sin embargo algo más, algo que es estrictamente personal, y también un poco triste: al sentarme al volante ocupo un lugar del que no voy a verme desahuciada, un espacio propio que no tendré que abandonar cuando consume mi deserción del proyecto que compartía con Elena. El coche, que está a mi nombre y sólo conduzco yo, se vendrá conmigo, será la nave acogedora que me proteja en mi viaje por la noche, hasta el fin de esa noche que vuelve a llamarme y que no tengo voluntad ni vocación de rehuir, como quizá debería.

Lo de la libertad de movimientos, compruebo según me incorporo al tráfico, y sobre todo una vez que afluyo a una de las vías principales que conducen al centro de la ciudad, es bastante más discutible. Algo raro sucede, algo que no cuadra con un lunes de julio. No es el mes en el que más baja la actividad de los

madrileños, privilegio reservado a agosto, pero debería notarse al menos una ligera reducción del tráfico, y lo que me encuentro es todo lo contrario. Un atasco descomunal y por momentos apocalíptico, que desquicia a los conductores y los vuelve aún más peligrosos de lo que ya son de por sí quienes se mueven por los vericuetos de la jungla asfáltica madrileña. Intrigada por semejante acumulación de coches, pongo la radio y no tarda ni diez minutos en darme la clave del misterio: es el primer día en el que surte efecto la moratoria en la imposición de multas a quienes violen las restricciones de tráfico en la almendra central, por decisión del nuevo alcalde. Llegó a la alcaldía con la propuesta de eliminar esas restricciones, proyecto estrella de la alcaldesa anterior, y le ha faltado tiempo para hacerlo por ese expediente hipócrita de no multar a quienes las contravengan. El resultado, a la vista está: todos los coches contaminantes que no podían entrar en el centro desde hace meses se han echado en tromba a la calle, y el centro colapsado ha colapsado también los alrededores. Dicen en la radio que el ayuntamiento ha dejado de dar información de tráfico. Lo que no se reconoce, ni se cuenta, ni existe ni hay que explicarlo.

Asisto perpleja al espectáculo, fruto de la inmadurez de quien tiene la vara de mando municipal pero

por extensión de la sociedad que, a fin de cuentas, lo ha elegido. Esa inmadurez, potencialmente criminal, que consiste en cerrar los ojos a lo que no se quiere ver, levantar pantallas para taparlo y acabar creyendo que esas pantallas son la realidad, sólo porque mirarlas apacigua o reconforta más que atreverse a escrutar cara a cara lo que tras ellas se oculta. Hay algo en ese viaje, emprendido por tantos de quienes me rodean que a veces me temo que sea la inmensa mayoría, que me niego a dejar que me ocurra a mí. Soy adulta, he vivido y he leído, y soy por ello suficientemente consciente de que el hombre y la mujer de mi tiempo han inventado herramientas de todo tipo —tecnológicas, ideológicas, morales, sentimentales— para tener siempre un consuelo y una posibilidad de sortear el reproche. Pero por respeto a mí misma, antes que a los demás, me niego a usarlas.

Prefiero saber que soy sucia, que soy egoísta, que soy torpe, que hago demasiadas veces lo que sé que no debo hacer, y echármelo a la cara y a la espalda, y arrastrarlo y pagar el precio, cuando corresponda, y tratar de perdonármelo o de hacérmelo perdonar, ante quienquiera que me juzgue, manteniendo la compostura, el coraje y la verdad.

Por eso no voy a ocultarle a Elena lo que voy a hacer, únicamente busco la forma de mostrárselo del

modo menos doloroso para ella, y sólo después de asegurarme de que he de hacerlo. Por eso me siento casi inmunda mientras piso el acelerador de mi coche de doscientos caballos y contribuyo a arrasar mi ciudad, en connivencia con los necios que la administran. Cargo la piedra en mi mochila: será una más que lleve cuando me presente ante ella, ante Milena, deseando que me desee, que desee este cuerpo que como una idiota he adecentado para ella.

Aquí me veo, una vez más. Estoy y no estoy, como también me pasa a menudo, solo que en esta ocasión mi expectativa viva e inminente de otra cosa muy distinta agudiza la sensación. La aprovecho para salirme del todo, para contemplarlos desde fuera, para colocar este teatrillo del que formo parte a la distancia suficiente para apreciar lo cómico, lo pobre, lo desangelado que en tantos aspectos puede llegar a ser.

Cuento las cabezas: catorce, incluida la mía. Luego las corbatas: once. *Business as usual*. Se nos dice una y otra vez, en las convenciones y otros festivales de autoengaño colectivo, que la cultura corporativa favorece la conciliación, la incorporación del talento femenino y su *puesta en valor*, expresión que en este caso, sutilmente, parece querer aludir a insuflarle lo que de por sí no tendría. Se nos insiste con todo lujo de argumentos, siempre alineados con los ejes del discurso más igualitarista y biempensante, en la importancia de crear las condiciones para que las oportunidades de desarrollo y proyección profesional

lleguen por igual a hombres y a mujeres, pero se ve que a la postre con eso basta, con que las oportunidades lleguen: no es necesario que las mujeres puedan llegar a aprovecharlas por igual. El resultado final sigue siendo este: estos conciliábulos masivamente masculinizados, en los que los primeros diez minutos se pierden hablando de fútbol —o golf, o barcos, o toros, si la edad promedio es elevada—, y en los que a cada paso acecha el giro rotundo, la inevitable entrada en escena de los cojones, incluso de la polla que alguien tiene que chuparle al sujeto de turno. Aludidos por su nombre o sobrentendidos, que ya todos nos conocemos y sabemos reconocer los sentidos implícitos en lo que se dice y no se dice según la intensidad y la presión de la coyuntura.

El juego posee una inercia tal que no sólo lo sostienen las corbatas: también su jerga inconfundible puede pasar por uno de esos pescuezos sin lazo alrededor, incluso me veo obligada a confesar que ha pasado alguna vez por el mío. Si no comes te comen, y a nadie, si puede evitarlo, le gusta servir para pienso del enemigo. Sí hay un extremo de ignominia en el que no me he permitido caer: arrugar la nariz ante la noticia de una subordinada embarazada, o calcularle a una candidata, como demérito, la posibilidad de estarlo tras su contratación. Miro a las otras dos muje-

res que se encuentran en esta sala. Diría que ninguna de las dos puede decir lo mismo. Qué demonios, me consta, en ambos casos. Y es oportuno anotarlo: las dos son madres. Así nos tuercen y nos agarrotan la humanidad las aguas heladas del cálculo egoísta.

La reunión es un clásico en su objetivo supuesto, su objetivo real y su dinámica. Me atrevo a vaticinar que también lo será en su desenlace. A grandes rasgos, en la mesa se sientan dos facciones enfrentadas y una masa intermedia de neutrales, a la que por fortuna pertenezco: si no, tendría que estar más alerta y no podría asistir con este relajo y este confortable distanciamiento a lo que pueda suceder. El cónclave se ha convocado a instancias de una de las dos facciones, que desea sabotear una iniciativa ya en curso de la contraria, para lo que pretende que quede desacreditada ante los demás. La facción puesta en cuestión acude con todo su arsenal, dispuesta a demostrar que sus atributos pesan lo suficiente como para continuar por la senda iniciada, de modo que los demás, los neutrales, nos abstengamos de secundar la objeción planteada por el adversario. Lo de menos es la responsabilidad nominal que dentro de la empresa tienen una y otra facción. Lo que se ventila es el mantenimiento y la eventual expansión de sus respectivas parcelas de poder, a través de una estrategia que unos

y otros entienden que sólo puede cosechar avances a costa del poder del rival. Sólo de modo muy secundario les importan, si es que les importan en alguna medida, los intereses de la compañía y sus accionistas, que invocan como supremo criterio rector de sus propuestas. Siempre me ha parecido un poco pobre, esa mística accionarial y de marca de las sociedades anónimas, pero es lo que hay y cada uno se motiva, o finge que se motiva ante sus detractores y potenciales sustitutos, como buenamente puede.

La facción convocante ha desgranado durante la primera media hora el planteamiento simulado con el que ha provocado la reunión. Su portavoz ha brillado en la exposición de sus añagazas, pero no lo bastante como para que todos los presentes dejáramos de ver a la legua lo que esconden. Le hemos escuchado no obstante educadamente, y también ha sido de guante blanco la reacción de los cuestionados. Nadie se gasta de más en el preámbulo, y menos cuando discurre por las regiones inofensivas de la mascarada y la elusión. En cierto momento, perfectamente medido y elegido, los atacantes han sacado las uñas. Ha habido unos segundos de silencio: tensos, diría, si no fuera porque la predisposición de cualquiera a dejarse impresionar por lo que ve venir desde el minuto uno es naturalmente escasa. Los neutrales nos hemos vuelto al líder

de los aludidos, que no puede no marcar posición, sin otra curiosidad que la manera concreta en que dirá lo que ya sabemos de antemano que va a decir. No se ha dado prisa, quizá para crear esa expectación que una situación mil veces vivida no suele suscitar.

—Aquí me he perdido —dice al fin.

Es ahora, cuarenta y tres minutos después de que arrancara la reunión, según mi reloj, cuando va a empezar de verdad. El portavoz y hasta ahora ponente mira a su inspirador, que sin mediar palabra le invita a proseguir y volver a explicar su postura, puedo suponer y supongo que de modo un poco más incisivo que antes. Para pasar a la confrontación directa con el macho dominante contrario no hay que precipitarse; lo primero es marcar bien los territorios y luego ya si eso tocará entrechocar las cornamentas. El ponente obedece y extiende ante el adversario sus consideraciones, como quien ofrece un castillo de naipes al niño malcriado que saborea ya su inevitable demolición.

—Sigo sin verlo —reitera el receptor del desafío.

—No es tan difícil de entender —salta entonces el otro líder.

Se miran, se miden, se odian. Es siempre lo mismo y no puede ser de otra manera: hay algo en sus cerebros, en sus tripas, en cada célula de su sangre que los condena a ser eso, una máquina ciega de prevale-

cer sobre sus competidores, aunque no tenga ningún sentido, aunque sea contraproducente para todos o para ellos mismos, aunque, como es el caso, lo hemos visto ya demasiadas veces, sea por definición inviable. Los dos deberían haber entendido lo que hace ya mucho entendimos los demás: que ambos están ahí, retándose y zancadilleándose y haciéndose la vida imposible el uno al otro porque quienes mandan sobre ellos, por encargo de los accionistas, o del núcleo que sabe lo que realmente se cuece en la empresa, ven bien conservar al uno y al otro, vigilándose y midiéndose en la berrea, pero sin capacidad real de embestirse y menos de aniquilar al otro. Ninguno de los dos, al menos mientras las cosas y los equilibrios en el capital sean como son, va a imponerse a su rival: la única recompensa a su tozuda guerra de desgaste será seguir donde están, si no llega a la dirección superior alguien que se canse de ellos y decida sustituirlos por otros cuyas reyertas le hagan más gracia.

O quizá no sean tan botarates como mi análisis los hace parecer: quizá tengan expectativas, o incluso alguna carta, para que un futuro cambio conduzca a su elevación a más altas responsabilidades, donde su talante conducirá al así agraciado a encontrar otro macho dominante con el que empezar a disputarse porciones de la tarta superior. Nada que en mi modes-

ta apreciación merezca especialmente la pena, pero quizá por eso ellos han llegado al nivel ejecutivo al que han llegado, mientras yo me sitúo un escalón por debajo y con mi edad y sin corbata es muy probable que no vaya a llegar nunca mucho más allá.

De pronto, todo me importa bien poco, o prácticamente nada. Si soy sincera conmigo misma, nada fuera del hecho sórdido de que necesito el sueldo que aquí me pagan para afrontar no sólo mis gastos, que quizá haya permitido que crezcan por encima de lo aconsejable, sino también, a partir de ahora, el quebranto extraordinario que va a provocarme el desmantelamiento de mi actual arreglo conyugal. Hace tanto tiempo que he dejado de creer en lo que hago, y por qué lo hago, que veo a estas personas también descreídas y desalojadas de sus ilusiones, si alguna vez las tuvieron, y me pregunto cómo hemos permitido que nos reduzcan a lo que nos han reducido. Cómo hay quien puede, incluso, mantener sus esfuerzos y su entusiasmo prendidos en alguna medida a la tarea, a cambio de ese sucedáneo de combustible vital que es el cumplimiento de una ambición empresarial o dineraria. Porque por debajo de todo esto, de sus corbatas y trajes caros, ellos, y de sus trajes y blusas igualmente costosos, ellas, son personas de carne y hueso, capaces de sentir el placer y el dolor que de-

terminan la existencia y que sólo de manera remota e indirecta llegan a conectarse con una cuenta de resultados, una cuenta corriente o una cuenta a cobrar o pagar. Todos, como yo, se miran desnudos en el espejo por la mañana y se ven por la noche, cansados y deslucidos por la faena y las renuncias del día. Todos, como yo, porque a esta mesa no se sienta cualquiera, y mucho menos un recién llegado, tienen un camino a las espaldas, con sus resbalones y sus triunfos reducidos por el tiempo, unos y otros, a sus justas y más bien pírricas proporciones. Todos, como yo, deben de preguntarse alguna vez cada día, o cada semana, o como mínimo cada mes, si esto era todo lo que había, todo cuanto aguardaba al otro lado del muro que parecía infranqueable y que atravesamos, de la montaña que parecía tan escarpada y que subimos, del día que parecía que iba a tardar una eternidad en llegar y que hace ya años que está a nuestra espalda.

Me fijo en ellos, en los dos líderes enfrentados, para empezar. Uno de ellos, en el tramo inferior de la cincuentena, se mantiene aún en forma y se las ha arreglado para que el pelo sólo le claree algo en la coronilla. Siempre va vestido como un pincel, siempre derecho y con aire de saber por dónde pisa. Sabe que conserva algún atractivo para las mujeres, al menos yo he oído cuchicheos de secretarias y hasta de becarias

y no descarto que hayan llegado a sus oídos, lo que le provoca, en cuanto se descuida, una presunción cada día un poco más patética. El otro, por el contrario, está ya más cerca de los sesenta y sus esfuerzos por mantener el tipo, que le han acarreado entre otros percances una fea lesión de rodilla no del todo resuelta por la cirugía, empiezan a fracasar de manera ostensible. Se le ha caído buena parte del pelo y la ropa de impecable corte y tejido siempre espléndido no basta para ocultar lo que en el fondo de su alma debe de saber: que su principal arma de seducción ha pasado a ser su tarjeta de crédito, y que cualquier otra que utilice no pasa de ser un acompañamiento irrelevante. Lo lleva mal, porque es también presumido y muy sensible a los atractivos del sexo opuesto, a los que sus ojos pecadores no pueden bajo ninguna circunstancia renunciar. Por miradas como la suya dejé hace años de traer a la oficina nada que se parezca a un escote, y procuro que los pantalones y conjuntos que componen mi uniformidad no subrayen nada que pueda someterme más de la cuenta a su atenta tasación.

Los dos debieron de ser en algún momento inteligentes, por eso están ahí y a veces les luce en el acero bien templado de sus ironías y, más de vez en cuando, en alguna alusión desprevenida y melancólica a asuntos que nada tienen que ver con el negocio: un paisa-

je juvenil, una canción, una cita filosófica o literaria. Pero ninguno de los dos conserva, ni siquiera en una porción infinitesimal, la verdadera y generosa inteligencia que puede despertar el amor de un corazón humano. Todo su ingenio está de tal modo traspasado y lastrado de codicia, aversión y cálculo, que ha perdido cualquier aptitud para conmover a alguien.

La disputa ya ha estallado entre ellos y en el violento intercambio de pullas, sarcasmos e insidias aflora todo el poderío de su razón táctica, comercial y financiera, las únicas dimensiones a las que han reducido sus respectivos cerebros. Es un espectáculo a la vez versallesco y bélico que por momentos fascina a sus respectivos acólitos y a los que asisten al duelo artillero en la tierra de nadie. Los recorro a todos con la mirada, intento entrar en sus cabezas, en lo que estarán pensando al ver lo que en este instante, irrepetible como todos y cada uno de los que se nos concede vivir, condensa y agota su existencia. Dos gallos dando la batalla por mandar en el corral: un ritual repetido millones de veces por tantos bípedos con y sin plumas, por las tres ancestrales razones que ya inventariaron los griegos —miedo, orgullo, interés— y de las que miles de años de historia no nos han enseñado todavía a prescindir.

Me detengo, no puedo evitarlo, en mis dos congéneres. Una es más o menos de mi edad, la otra me saca ya unos años. De la primera, como de mí misma, todavía hacen de vez en cuando los varones de la sala, y los que no están en ella, algún comentario rijoso. Siempre te llegan, todas tenemos nuestras fuentes, y a veces ni siquiera hace falta recurrir a ellas, porque el macho de la especie *homo sapiens officinalis* no brilla por su discreción a la hora de ponderar atributos femeninos. En cuanto a la segunda, diez años mayor, lo que predomina, entre los veteranos del lugar, es el recuerdo compadecido de lo que un día *fue*. También le habrá llegado algo, y si no, le basta con reparar en cómo la miran, o mejor dicho, no la miran, y acordarse, la memoria tiene esas aristas, de cómo en otro tiempo la miraban. Las dos son buenas profesionales —si no, no estarían ahí—, pero dudo que se hagan, como yo tampoco me las hago, ilusiones excesivas respecto de la valoración que merecen de sus compañeros por sus cualidades técnicas y por su desempeño. No les venimos mal, se nos pueden encargar cosas y tendemos a no meter la pata, cosa que no puede decirse de todos ellos, por lo que nos tienen una cierta estima y pueden mostrarnos una moderada gratitud, pero antes que eso somos las tres hembras de la manada; no muchas, ni especialmente potentes,

en comparación con lo que se puede pillar por ahí. Nadie cuenta demasiado con nosotras, lo que por otra parte es una bendición. No nos salpica en exceso la sangre, y por lo menos en los últimos tiempos tienden a no exteriorizar de manera demasiado grosera lo que les dictan sus instintos, por aquello de qué dirán de ellos.

No los censuro, son así y no pueden evitarlo, ni tampoco tienen el estímulo suficiente para ser y actuar de otra forma. También yo, con los años y el cinismo, tiendo a sopesarlos a ellos como el macho emergente, en apogeo o en declive que cada uno de ellos es; y aunque hace tiempo que ni me planteo interactuar de ellos de otra forma —ni se lo plantean ellos, una de las ventajas imprevistas del matrimonio homosexual— no dejo de valorar, al primer vistazo, con cuáles no haría ascos a abandonar la abstinencia. Todo ello prueba cuánto me aburro, de qué manera me he apartado de mi camino, y sirve para entender por qué mientras la partida se precipita a su consabido final, unas tablas que lo dejarán todo tal y como estaba y probarán lo innecesario que es pagarnos el sueldo a todos los que asistimos a ella, sólo pienso en el jardín en el que espero poder escabullirme de esta fealdad, este despropósito, esta catástrofe.

Traer el coche vuelve a revelarse como un error: llego diez minutos tarde. Aunque la pegatina de su parabrisas me permite guardarlo en un parking próximo al lugar de la cita, sin necesidad de beneficiarme de la abyecta moratoria en las multas, el atasco que el nuevo primer edil ha regalado a sus votantes y administrados perdura aún a media mañana y complica de forma deplorable mi trayecto. Me fastidia ser impuntual, porque es un vicio común a quienes con carácter general me parecen menos dignos de imitación, y porque siempre encierra un desvalor del tiempo del otro que distingue a las mentes rudimentarias y mezquinas. Pero mucho más me fastidia serlo en esta ocasión, porque no quiero causarle a quien me espera una impresión desfavorable y, sobre todo, porque cuando entro en el jardín, acalorada y medio descompuesta, ella ya está allí, sentada en un banco y escudriñando con aire absorto la nada ante sí. Es tan hermosa que me duele mirarla, porque mis ojos han perdido la costumbre de una belleza tal, porque su luz

ilumina del peor modo posible todas mis oscuridades y todas mis insuficiencias.

Al verme llegar, toda acelerada, y quizá para subrayar por contraste mi atropellamiento, se pone en pie con ceremoniosa lentitud. En sus labios se remansa una sonrisa acogedora, su cuerpo se yergue suave y elástico bajo el tejido leve de un vestido estampado que le cubre sólo los hombros y deja a la vista todos sus brazos y las piernas hasta la mitad del muslo, amén de una porción generosa de su pecho. Se ha vestido para la ocasión con la libertad que yo no tengo para decidir lo que me pongo, y esa diferencia, como tantas otras, la favorece netamente en el torneo de la seducción. Calza unas sandalias planas, que la hacen parecer aún más pequeña a mi lado, aunque mis tacones no pasan de la altura conveniente para no resultar ostentosos. Presiento que el efecto, de una fina perversidad, está perfectamente calculado. No le importa ser bajita, parece decirme y decirle al mundo, y me desafía a ser mayor que ella, en todos los sentidos, con el mismo desparpajo y naturalidad con que ella se expone a mi cada vez más rendida contemplación. Cubro por un sendero no demasiado bien cuidado —como todo el jardín, un poco abandonado a su suerte, y pese a todo no exento de un encanto antiguo e inusual— la distancia que me separa de ella. Voy

mirando por dónde piso, para no clavar el tacón en ninguna trampa, y me detengo a medio metro de donde me espera, pensando en cómo puedo disculparme.

—Lo siento —digo, sin encontrar más que añadir.

—Sólo son once minutos —dice ella, para hacerme advertir que los ha estado contando—. No importa, yo tengo tiempo de sobra.

—Dichosa tú.

—¿Tendrás que volver pronto al trabajo?

—Tendría que estar allí ahora. Pero puedo no volver, si hace falta.

—Me alegra oír eso.

Hasta ese momento no se ha producido ningún contacto entre nosotras. Tampoco lo hubo la otra noche, cuando nos separamos de la misma manera remota y cortés en que nos saludamos. Es entonces cuando ella se acerca, se pone de puntillas y me ofrece sus mejillas, al tiempo que busca las mías con sus labios. Huele a jabón y a azahar, y tengo que hacer esfuerzos para no emborracharme con su aroma, para no buscarle en ese mismo momento los labios, como una loca, en el jardín diminuto y abrasado por el sol en el que apenas hay a esa hora tres o cuatro ociosos, ninguno demasiado cerca de nosotras.

—También me alegra que hayas venido —dice.

—Y a mí —le confieso.

—Estaba sentada aquí porque es de los pocos lugares donde hay sombra. Pero si prefieres pasear…

—Poco paseo tiene el jardín este.

—¿Nos sentamos entonces?

Asiento y me acomodo en el espacio, holgado, que deja a su derecha en el banco. Incluso puedo colocar el bolso, un bolso de señora, apto para guardar toda la parafernalia correspondiente a esa condición, y tan diferente del zurrón mínimo que ella lleva en bandolera, capaz apenas de contener el DNI y el móvil. Me digo que tengo que dejar de anotar las diferencias entre nosotras de una manera tan concienzuda y tan masoquista, o acabaré sintiéndome demasiado fuera de lugar.

—¿Puedo decirte algo? —me pregunta, con aire travieso.

—Puedes decirme lo que quieras.

—No sabía si ibas a venir. Por un lado pensaba que sí, por cómo me mirabas la otra noche, por cómo me diste tu número o elegiste este sitio. Por otro, pensaba que a la hora de la verdad te rajarías.

—Pues ya ves, no me he rajado. No soy de rajarme, en general.

—¿Tú te preguntaste si yo vendría?

De pronto me doy cuenta de que no lo he hecho, de que daba por descontado que ella no faltaría a la

cita. Y me avergüenza la arrogancia estúpida que pueda verse detrás de esa certidumbre, y pienso por un milisegundo en mentir, pero no me apetece empezar así con ella.

—No, la verdad —le digo.

—¿Tan segura estás de tu magnetismo?

—No, en realidad la cosa va por otro lado —improviso—. Siempre acaba pasando lo que no me conviene. Me he hecho a esperarlo.

—¿No te convengo?

—Por supuesto que no. Ni yo a ti.

—Eso me gusta.

—Ya me lo temía.

—Es maja. Tu mujer —me suelta, sin piedad.

—Tu novio es un imbécil —se la devuelvo.

Pero no se ofende, sólo se echa a reír, mientras mira a lo lejos, a lo poco lejos que permite aquel jardín incrustado entre los edificios de un barrio sobreexplotado por la acumulación urbana de varios siglos.

—Te lo tomas con deportividad —le digo—. Podrías abofetearme.

Abre mucho los ojos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—En cierto modo, te he faltado al respeto.

Me mira con intención.

—No he venido aquí a que me respetes. Y no es mi novio.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es?

—Un pasatiempo.

—¿Eso lo sabe él?

—No sé. No me importa. Llevo con él dos meses, y te aseguro que no he soñado ni una sola noche con ser la madre de sus hijos.

—¿Por qué sigues con él, entonces?

—Estaba esperando el motivo para dejarlo. A ti.

Lo dice como si nada, pero a la vez con un convencimiento que hace ya décadas que yo he perdido la capacidad de ponerle a alguna de mis ideas o de mis palabras. Lo dice mirándome a los ojos, mientras en los suyos el agitarse de una rama deja que dé un rayo de sol para sacarles un destello dorado que me priva de mi entendimiento y mi voluntad.

—No le veo muy receptivo a la experiencia del fracaso —digo, por escapar a la intensidad y el deslumbramiento de esa mirada.

—Ese no es mi problema.

—Pero puede traerte alguno.

Su sonrisa adquiere entonces un aire de reprobación.

—Deja de hacer de mi madre, anda. Volé del nido hace ya seis años, he aprendido entre medias a cuidar

solita de mí misma.

—¿Seis años? ¿Qué edad tienes?

—Veinticinco.

—No los aparentas.

—¿Y eso te pone o te incomoda? ¿O quizá las dos cosas a la vez?

—Quizá las dos cosas a la vez, pero sé superar mis incomodidades.

—¿Cuántos años tienes tú?

—¿Cuántos me echas?

Se encoge de hombros.

—No sé, me da igual. ¿Cincuenta?

En ese preciso momento me gustaría ahogarla.

—Serás… —se me escapa.

—¿Zorra? —se burla.

—No me gusta usar ese lenguaje. Pero si sigues por ese camino bien podría acabar haciendo una excepción.

—No me importaría que los tuvieras. Que me doblaras.

—Siento decepcionarte, no te doblo, ni lo haré ya. Para eso tendrías que haberme conocido hace siete años, se te pasó la oportunidad.

—Mm, cuarenta y tres —dice, tras un breve cálculo.

—Menos un mes. Eres buena con las matemáticas. Y rápida.

—Soy buena y rápida en muchas cosas. Y mala y lenta cuando toca.

—Ya voy viendo.

—Era una broma. Estás muy bien, para tu edad.

—No lo arregles, anda.

—No tengo nada que arreglar.

Lo dice mientras se acerca, clava sus ojos en mis ojos y adelanta la mano para colocarla sobre mi rodilla, a medio cubrir por el filo de la falda, que echa hacia atrás con delicadeza. La maniobra me pilla desprevenida, siento un calor ascender desde mi vientre al contacto con sus dedos, finos y pequeños, como toda ella, y templados y endemoniadamente suaves. Ella parece notarlo, es lo que estaba buscando y lo que ha conseguido provocar con facilidad.

—¿Por qué? —escojo ese momento para preguntarle, y para que no se me escape le preciso—: ¿Por qué quisiste que nos viéramos?

Se encoge de hombros y recita, como si lo trajera aprendido:

—Porque todo está acabado y ya nada merece la pena, porque el montaje entero es mentira y ya no funciona, porque nos ha tocado comernos el fin del mundo y no puedes perder la oportunidad de vivir lo

que sientes que promete algo más que la estafa que nos venden.

No me dejo impresionar por su alegato.

—Por qué yo, quiero decir.

Asiente un par de veces, en silencio, resignada, como si en realidad no cifrara grandes expectativas en el poder de convicción de la proclama apocalíptica que acaba de largarme, y con la que por lo demás, y fuera de algún exceso melodramático juvenil, estoy bastante de acuerdo. No en balde, aunque eso ella no puede saberlo, vengo de una reunión que es todo un síntoma de la enfermedad que acaba de diagnosticar.

—Hay una razón simple y otra más complicada —dice.

—Empieza por la que quieras.

—La simple es que eres mi tipo de mujer. ¿Necesito desarrollarlo?

—Si quieres que me lo crea, tal vez.

—Me gustan esos hombros, tan firmes, me gusta que seas más alta que yo, me gusta que tus caderas se noten, que tus pechos pesen.

—Vaya. Vas a conseguir ruborizarme.

—No lo creo.

—No es fácil que me ruborice, pero has estado a punto.

—Lo importante es saber si me crees.

—Estoy en ello. ¿Y la razón complicada?

No ha quitado su mano de mi rodilla, lo que empieza a provocar en mi cuerpo efectos cada vez más difíciles de sobrellevar. Me obligo a resistirlos como una especie de faquir del placer, cuyos esfuerzos han de redoblarse cuando ella empieza a acariciarme, sin ninguna prisa.

—Te observé la otra noche. Primero me atrajo tu cuerpo, luego me intrigaste tú. Me pareció maravillosamente elegante tu forma de estar y no estar allí. De acompañar a tu mujer, como era tu obligación, me gusta la gente que cumple con su obligación, pero sin dejar que te rozara por un momento la nube de chorradas que flotaba en la fiesta. Me gusta la gente que no se deja atrapar, que sabe quedarse al margen, echarse a un lado y dejar que ardan otros en los fuegos fatuos.

—Eres una chica muy observadora.

—Tengo ojos en la cara, conectados a un cerebro que analiza.

—No osaría ponerlo en duda. Así y todo…

—Qué.

—No sé si me parece razón suficiente.

—No, es verdad. Quizá debo decirte lo que falta.

—¿Esto es?

—El efecto combinado de las dos cosas, que tie-

ne que ver con esa chispa que salta o no salta, y que esa noche, mirándote, saltó. De repente me sorprendí deseando morderte y sentí que me mojaba.

—Vaya.

—¿Te escandalizo?

—En absoluto. También yo vi al volver a casa que me había mojado pensando en ti. A lo mejor quieres tú ahora preguntarme por qué, o por qué me he permitido este acto tan poco sensato de venir aquí hoy.

Meneó la cabeza, complacida.

—No, no quiero preguntártelo. Aquí estás y me basta.

—En mi caso es más difícil de comprender, tengo casi cuarenta y tres años, un matrimonio que destruir, una posición en la vida.

—¿Insinúas que yo no tengo posición en la vida?

—No lo sé. ¿La tienes?

—¿Me estás preguntando de qué vivo?

—No exactamente, pero ya que estamos, me gustaría saberlo.

Adopta una expresión malévola y su mano avanza hacia mi muslo.

—Vendo mi cuerpo a señoras y señores adinerados. ¿Cuánto crees que les cobro, por irme haciendo una idea de lo que te gusto?

—No estás hablando en serio —la cazo al vuelo.

Pone de golpe cara de niña aplicada.

—Claro que no. Soy francamente buena en lo mío, tanto que me basta con trabajar diez o doce días al mes. El resto, intento vivir.

—¿Y qué es lo tuyo?

—Siempre creí que el cine. Por eso fui a una buena universidad y me molesté en cursar el máster más prestigioso en Barcelona, que es mi ciudad. He descubierto que me equivocaba. Cine no puede hacerse, en este país, ya casi en ninguno del mundo. Ahora realizo anuncios.

—Bueno, películas siguen poniendo, en los cines que quedan.

—Anuncios encubiertos de dos horas, la mayoría. Simples soportes para el *merchandising* que viene siempre después. Para hacer anuncios, prefiero hacerlos de frente. Es más digno promover la venta de alubias en lata que la de muñecos de hombres musculosos en mallas.

—¿Has hecho anuncios de alubias?

—Y de compresas, y de cruceros, y de coches con macizorras.

—Empiezo a entender ese cinismo tan prematuro.

—Vuelvo a decirte que hace ya mucho que salí de mi casa.

—¿Te pagaste tú el máster?

Asiente, orgullosa.

—Y mi manutención en la carrera, y la mudanza aquí. Al principio poniendo copas, haciendo de modelo, nunca de pasarela, no doy la talla, y luego, cuando ya tuve algún título que enseñar, de meritoria de cualquier cosa en el audiovisual. No me llevo con mis padres.

—Los que te pusieron ese nombre, Milena.

—Eso fue cosa de mi padre. Es catedrático de Derecho. Un plasta y un engreído, le di el disgusto de su vida por no ser abogada. Le fascina Kafka, que es la misma razón por la que yo lo he odiado con toda mi alma desde pequeña y me he negado a leerlo hasta hace bien poco.

—¿Y?

—No es mi escritor favorito. Pero odiarle fue un poco injusto.

—Milena es un nombre muy bonito.

—Los hay peores —le quita importancia.

—Y la original, la que se lió con Kafka y le inspiró tu nombre a tu padre, fue una mujer extraordinaria. Hay un libro muy recomendable que cuenta el final de su vida, en un campo de exterminio nazi.

—Suena de lo más alegre.

—No es triste. Supo mantener el ánimo, incluso

allí, o eso es lo que dice la autora, una compañera de cautiverio que sobrevivió.

Ha retirado la mano, que ahora retuerce contra la otra, como si la conversación hubiera tomado un derrotero desagradable para ella. Me siento responsable, y torpe, y me pregunto cómo lo puedo enmendar. No hace falta, ella se encarga de tomar de nuevo las riendas.

—Y ahora, ¿se supone que yo tengo que preguntarte también a qué te dedicas, cómo te mantienes o si te llevas bien con tus padres?

—Con mis padres, por desgracia, ya no puedo llevarme —le digo.

—Hostia —exclama—. Soy una cafre. Perdona. No imaginé que…

No quiero aprovecharme de la ventaja.

—Es normal. No soy tan mayor. Mi padre murió cuando yo era todavía adolescente, de un infarto fulminante. Mi madre le sobrevivió quince años, pero tan triste que se fue en el primer tren que pasó.

—Joder, lo siento —asegura, tomándome la mano.

—El duelo está hecho, de la forma en que se hace el duelo, vamos, desde hace ya tiempo. Tienes delante de ti a una huérfana que ya se ha acostumbrado a serlo. Con todo se acaba cargando, al final.

Asiente, con gesto grave.

—Yo también me siento huérfana a veces, pero no es lo mismo. Con los míos siempre me puedo reconciliar. Con el catedrático lo veo más chungo, pero mi madre no es mala gente, y lo mismo enviuda.

—No digas eso —le afeo, automáticamente—. No hay que bromear nunca con la muerte de nadie, porque la gente se muere de verdad.

—Supongo que tienes razón —me concede, dócil.

—Y en cuanto a mi trabajo —retomo el hilo— dudo que te interese, es menos entretenido que el tuyo, y mi fracaso más rotundo quizá.

—Sí me gustaría saber qué estudiaste.

—¿Para qué?

—Para conocerte mejor. Lo que uno estudia le retrata.

—Si es uno quien lo elige.

—Me huelo que tú lo elegiste.

—Al principio. Hice Sociología, y tres cursos de Filosofía. A veces pienso que la que tenía que haber terminado era Filosofía, en lugar de la otra, pero lo que me hice fue un máster en dirección de empresas.

—Vaya, esos suelen ser de los más caros.

—Y más donde lo estudié yo. Pero me lo pagaron.

—¿Tu madre?

—La empresa donde ya trabajaba entonces, para promocionarme.

—Eras de las buenas, entonces.

—De las útiles. O de las tontas, según lo mires.

—También me gusta eso de ti —dice, volviendo a poner su mano en la rodilla, y a apartar la falda que yo acabo de recolocarme.

—El qué.

—Que no te des importancia.

—Es que nadie tiene ninguna importancia.

—Pero la mayoría de la gente con la que trato no lo sabe.

Su sonrisa se ilumina al decirlo, como la de una niña a la que los Reyes acaban de dejar el juguete preferido de la lista. A continuación mira a su alrededor, como si quisiera apresar la imagen del instante.

—Se está bien aquí —dice de pronto.

—Es verdad, temí que hiciera más calor.

—No te molesta que te acaricie, ¿verdad?

—No, no es ese el verbo que elegiría para describirlo.

—¿Y no te gustaría acariciarme tú a mí?

Miro su rodilla, descubierta por entero, como la mitad larga de su muslo. Siento un estremecimiento de deseo, tan intenso que me parece innecesario y

hasta un poco grosero reconocerlo con palabras. Me limito a extender mi mano y ponerla sobre ella, que cierra los ojos.

—No hay nada como esto, cuando sucede —murmura.

—No, no lo hay —suscribo.

Abre los ojos y pasea la mirada por la reducida extensión del jardín. Veo que está comprobando dónde están los pocos que lo visitan en esta mañana laborable de julio; el mes en el que Madrid enloquece de calor y de cansancio, después del largo curso, bajo el peso de una historia en la que una y otra vez por estas fechas los madrileños se dieron a liarla.

—No mira nadie —dice—. Métela debajo.

—¿Debajo?

—Del vestido. ¿No quieres comprobar lo que hay?

—Claro que quiero.

—Pues adelante, compruébalo.

Dejo que mis dedos avancen bajo el vestido, recorriendo la pista sedosa de su muslo, que me invita como un tobogán a caer hasta el fondo, allí donde me aguarda un tejido tibio salpicado de encaje, una cinturilla elástica que rozo y con la que siento el impulso instantáneo de jugar, un vientre blando y relajado que me quema las yemas de los dedos y consigue que el

fuego que inunda ya el mío se desboque.

—Vamos, apártalo. Mira cómo me tienes.

Lo aparto y palpo con alivio un vello fino, de longitud mediana, que hace que me sienta de pronto a gusto con el mío propio, erizado de calambres, y continúo y llego así al canal al que se ve abocada mi navegación, y lo entreabro y me zambullo en su deseo copioso que es mi regalo, el norte de mi brújula, la condensación de mi destino, el todo en el que quiero ser nada, la gloria bendita y mi dulce condena.

—¿No crees que deberíamos buscar otro sitio? —sugiere.

Y entonces creo. Vaya si creo.

La habitación es perfecta para el fin al que ha sido destinada. No es una casualidad: soy una mujer con experiencia, y dentro de esa experiencia se cuenta, en particular, la de la clandestinidad y la búsqueda de lugares adecuados para los actos más inadecuados. No es la primera vez que me escondo o voy con alguien que se está escondiendo, y como el hecho en sí de encubrir mis pasos no me proporciona ningún placer, más bien me resulta ligeramente degradante, para mí misma y para quien de mi mano persigue el arreglo o el acomodo furtivo, he aprendido a resolver la papeleta de la manera más discreta, desembarazada y eficaz.

Tendré que añadir que no es la primera vez que vengo a este hotel, tranquilo, moderno y suficientemente confortable, y a la vez provisto de la ventaja añadida de no tener el ascensor expuesto a la mirada inquisitorial del recepcionista. También suele tener habitaciones libres, y me ha bastado decir que necesito una para trabajar tranquila durante todo el día para

que me faciliten justo lo que buscaba. No he recurrido a sus servicios tantas veces como para que me fichen como una habitual, de hecho no vengo aquí desde hace años, así que la transacción la he cerrado con una completa desconocida, que ha tomado nota de mi petición con esa indiferencia y esa pulcritud que caracterizan a la hostelería bien gestionada. He recogido la tarjeta, he subido a la habitación y le he enviado un wasap a Milena con el número de la puerta a la que debe llamar. No ha tardado ni cinco minutos.

Le abro con el corazón bombeándome de tal manera que siento su martilleo en las sienes. Ella se me tira literalmente encima, y antes de que pueda darme cuenta tengo sus manos explorándome por todas partes. Con una fuerza que cuesta entender que quepa en un cuerpo tan liviano, me empuja hasta la cama y me echa sobre ella. A continuación, casi sin darme tiempo, se sienta a horcajadas sobre mí y se saca el vestido con una sola maniobra. Esta vez lleva sujetador, pero apenas lo veo durante una fracción de segundo. Cuando quiero darme cuenta, ya se lo ha quitado y lo ha arrojado a la otra punta de la habitación.

A la luz que dejan entrar las cortinas, anaranjada y cálida, su piel tiene la textura de una piedra exquisita, labrada y pulida por el más meticuloso de los escultores. Intento en vano buscar ejemplos en mi

memoria: lo que a mis ojos se ofrece es inédito, irrepetible y único, entre otras cosas porque la estatua se mueve, cambia a cada instante, sin dejar de ser, en ningún escorzo, desvergonzada y sublime.

—Dime que te gusto —pide.

Tengo serias dificultades para responder. Estoy hipnotizada por el vuelo portentoso de sus pezones, que me hace preguntarme qué clase de malentendido ha propiciado que se me ofrezcan de este modo.

—Sería decir muy poco —murmuro al fin.

—Dilo todo. No te calles. Nos pasamos la vida callando lo que nos pasa por la mente, escuchando a gente que se lo calla también, o peor aún, dejando que lo sustituya por una cháchara de circunstancias.

—Eres terrible. Un verdadero monstruo.

—Soy como quieres que sea, no te engañes, ni intentes engañarme.

—Terrible, en todo caso.

—Suéltate. Porque yo voy a soltarme.

Ese es el momento en el que empieza a desabrocharme la blusa, desde las más bien recatadas alturas a las que me preocupo de que lleguen sus botones, hasta abrirla del todo y quedarse mirando mi ropa interior con expresión ávida. Luego me baja la falda y, sin darse ni darme un respiro, lo que se encuentra debajo. No me deja preguntarme si el arreglo que me

he practicado para ella le resulta satisfactorio: antes de que me asalte la duda, entierra su cara entre mis piernas, y la batalla empieza con una furia desconocida, o que yo tenía ya olvidada.

Desde que los humanos anotan lo que les ocurre, es una poderosa tentación contar con todo lujo de detalles los avatares del combate. Vale para los que se desarrollan a espada, a tiro limpio o incluso con misiles lanzados desde drones alevosos e invisibles para sus víctimas. De ese yacimiento han sacado sus relatos cientos de historiadores, novelistas y cineastas, hasta el punto de que todo, incluida la existencia humana, puede contarse como una lucha: con sus maniobras y sus emboscadas, sus vencedores y sus vencidos, su honor y su cobardía. Vale también para la refriega entre los cuerpos que se arrojan el uno sobre el otro siguiendo el dictado feroz del sexo, que tanto recuerda, por inapelable y por salvaje, a la acometividad de los soldados contra el enemigo, con el que también acaban alcanzando en el choque una intimidad sin igual. La tentación está ahí, sí, y sin embargo nadie sale airoso de ella.

Hay algo que se resiste a ser comunicado, algo que se queda sin remedio entre los contendientes y entre los amantes; sensaciones que sólo quien hiere o quien resulta herido, quien sacia su sed en el otro

o siente que la sacian en su cuerpo puede apreciar y hacer suyas, o si acaso compartir, como un secreto sagrado e indestructible, con quien se revolcó con uno en el barro del placer o del campo de batalla. Hay en mi caso, también, una especie de pudor, una resistencia íntima y profunda a compartir lo que me está pasando con quien no sea ella, Milena, que lo justifica y lo alimenta, lo sostiene y lo culmina, lo hace ineludible y hermoso y aceptable. No necesito que nadie más que ella me acompañe en esta convicción; no creo, tampoco, que nadie más que ella me pueda llegar a acompañar. Por eso apuro las sensaciones de nuestro febril encuentro sin aspirar a reproducirlas luego para nadie, sin querer siquiera traducirlas a palabras en mi pensamiento mientras suceden, aunque ella me invite una y otra vez a hacerlo, entre dos lametones o dos mordiscos, cuando no deja de pedirme, curiosa y depravada:

—Dímelo, dime qué te parezco.

Es lo único en lo que la desobedezco; en todo lo demás me dejo llevar a donde me conduce, que es como lo había imaginado, mejor que como lo había imaginado. Y luego ella se deja llevar a donde yo quiero tenerla, tratando de adivinarlo por adelantado para estar ya allí antes de que yo se lo pida, poniéndose a ello con una entrega y un olvido de sí que

hace muchos años y unos cuantos amantes que yo no conocía.

Hay un momento que me enternece y me perturba por encima de todos los demás: cuando de pronto ella empieza a agitarse y a temblar como en espasmos, completamente enajenada, dejando escapar unos gemidos guturales primero y quebrados después, hasta que da tres o cuatro sacudidas violentas y se queda como muerta, y al cabo de unos segundos se estira, se arquea, me mira y veo que está llorando, y a sus labios asoma una sonrisa que es a la vez de derrota y de éxtasis.

No sé qué decir, no se me ocurre nada más que acariciarle las mejillas para enjugarle las lágrimas, mientras la contemplo y no me creo lo que acaba de suceder, el tejido inaudito de este momento, su belleza sin márgenes, mi naufragio sin botes ni asideros ni costa a la vista.

—No creas que esto se va a quedar así —amenaza.

Y se rehace y se arroja sobre mí, y mientras siento cómo me invade, cómo me maneja, pienso por un momento que está loca, que estamos locas las dos y que esto no va a llevar a nada bueno, que las dos vamos a acabar ardiendo en lo alto de una pira como dos brujas, y que todos los ciudadanos honestos y

juiciosos y sensatos a cuyos oídos llegue nuestro caso lo comentarán con la compasión leve que suelen inspirar los desnortados; sintiendo la confirmación de su ponderado caminar por la vida que las gentes ordenadas experimentan al asistir a los descalabros de quienes no saben atenerse a los límites estipulados por la razón. Y es en ese momento cuando el animal se me suelta ya del todo, como si tuviera la necesidad de deflagrar ante ese tribunal invisible e hipotético, de precipitarse, presa de un impulso demente, a la catarsis más absoluta y radical, y romper para siempre con ellos, conmigo, con mi historia dudosa, como las de todos, y mi porvenir más dudoso todavía: con lo que he dejado que me hagan y todo lo que puedan aún prometerme. No lo sabe Milena, no creo que pueda intuirlo siquiera, pero hundiéndome en ella me libero de todos mis logros, que son mi extravío; de todas mis capitulaciones, que son los hierros de mi prisión; de mis descoloridas esperanzas, que son el señuelo de la trampa en la que vivo cayendo. No creo que lo perciba, pero en ella me atrevo a todo lo que la nada que tengo me empuja a atreverme. En ella soy, y a la vez dejo de ser.

O quizá me equivoco, pienso minutos después, cuando desmadejada sobre la cama abro los ojos y la veo subida sobre mí, observándome con expresión

interesada y divertida. Trato de devolverle la sonrisa, aunque no sé lo que me sale, ni tampoco parece que importe. Milena dice:

—A ti esto te hacía mucha falta.

—No sabes cuánta.

—Me hago una idea.

—¿Y a ti?

—A mí esto siempre me hace falta. Todos los días, a todas horas.

—Ten cuidado, podría matarte.

Se ríe. Su risa lo alumbra todo. Lo barre todo. Lo convalida todo.

—No te preocupes, no lo encuentro con frecuencia.

—Y si lo repetimos se le pasará el sabor —advierto.

—Yo estoy decidida a repetirlo. Mañana. Ahora mismo.

—Esto es una locura, Milena.

—¿Tú crees, Rosa?

Es la primera vez que dice mi nombre, el que mi mujer le dio la otra noche, cuando me presentó. Me estremece que ella lo diga.

—¿Te das cuenta de lo que acabamos de hacer? —le pregunto.

—Deshacernos —responde—. Las dos lo necesitábamos.

—¿Y ahora?

No duda, no teme, no se tolera ni una pizca de precaución.

—A seguirnos deshaciendo.

La acerco en el coche a su barrio. Vive en el centro, como todos los *hipsters*. Supongo que en un cuchitril diminuto por el que pagará un pastizal infame que le doblarán en la próxima renovación del alquiler, obligándola a buscarse otro todavía más caro y más pequeño. Tendrá que deshacerse de la mitad de sus cosas, pero pasará por las horcas de los especuladores inmobiliarios, porque le parece inconcebible vivir en Aluche, o en Móstoles o en Alcorcón. Me avergüenza de pronto estar pensando tan maliciosamente de la persona que acaba de hacerme sentir tan bien como hacía años que no me sentía. No lo puedo evitar: el tiempo hace de una esta máquina de sacarle a todo las faltas.

Me dice que me fije en el número y en el portal.

—Por si un día tienes que venir a recogerme.

La miro a los ojos. Quiero que sienta que este es uno de esos pocos momentos, que cada vez son menos, y por eso cada vez pesan más y deciden más cosas. Uno de esos escasos momentos de la verdad.

—¿Vas a querer que venga a recogerte?

—Te lo estoy diciendo.

—Milena —le digo, haciendo un esfuerzo sobrehumano—. Si tú quieres, esto puede perfectamente acabarse aquí. Ha estado bien, muy bien, y nos ahorraremos lo que viene después, para nosotras y para otros. O por lo menos una parte, eso en cada caso se verá. No tienes ningún compromiso conmigo, no me debes nada, al contrario. Y lo que yo te debo no tengo por qué convertirlo en un compromiso tampoco.

—Lo sé.

—¿Y?

—Yo no estoy cansada, ni saciada. ¿Tú?

—Tampoco, pero no es obligatorio cansarnos ni saciarnos.

—Desde luego. Cansémonos y saciémonos libremente.

—He vivido muchas historias —le digo—. Veo cosas que sucederán y que no nos gustarán, que serán amargas y difíciles. Estoy dispuesta a librarte de ellas sin más, basta con que simplemente me lo pidas.

—¿Con que te pida que no volvamos a vernos?

—Eso es.

—¿No quieres que volvamos a vernos? Pídemelo tú, entonces.

—Claro que quiero volver a verte. Y no quiero ni

por asomo pedirte tal cosa. Aunque es lo que debería hacer, seguramente.

Arruga la frente. Termina por encogerse de hombros.

—Es tu decisión. Deseo o deber. Si sientes que son cosas distintas. Yo no hago esa distinción. También he vivido algunas historias. A lo mejor no tantas como tú, pero quizá más de las que te crees. Conozco el dolor, no le tengo ningún miedo. Le tengo bastante más miedo a acabar creyendo que tengo que dejar de hacer lo que necesito hacer.

—¿Estás segura?

—¿Lo estás tú? ¿Quieres pensarlo?

De repente me parece más adulta que yo. La sensación me desarma.

—Sé lo que va a salir si lo pienso.

—¿Lo puedo saber yo?

—Que quiero buscar contigo el borde del precipicio.

Su cara se ilumina.

—Me alegra, porque es exactamente lo mismo que quiero yo.

—No tenemos futuro, ni esperanza.

—Tampoco los tenía Hernán Cortés cuando decidió hundir sus barcos, hace justo ahora quinientos

años, frente a la bahía de Villa Rica. Y acabó dándole a su emperador un imperio suplementario.

—¿No los quemó? —dudo.

—No, eso es un mito posterior.

—¿Seguro?

Asiente, convencida.

—Cien por cien. Lo leí el otro día en Internet.

—¿En Internet?

—Pillé una noticia de periódico y luego contrasté con varias fuentes fiables. Estudié una asignatura de técnicas de búsqueda de información.

—¿Existe eso?

—Por supuesto. Vital, en los tiempos que corren.

—Esa es otra, Milena. Somos de dos mundos diferentes.

—Quizá por eso me atraes tanto. Es lo que tienen las parejas mixtas. Y a veces dan resultados extraordinarios. Hablando de Cortés, mira hasta dónde le llevó arrejuntarse con la india Malinche.

—Tú y yo no vamos a conquistar ningún imperio.

—Ni falta que hace. Me basta con conquistar este verano.

—Eso parece un plan.

—Si tú quieres sumarte.

—Hay algunos inconvenientes. No los habrás olvidado.

—Qué inconvenientes.

—Tienes un novio, o un pasatiempo, pero él te cree su chica.

—Eso tiene fácil solución.

—¿Tú crees?

—Tiene su casa y yo la mía. No he firmado nada con él, no le he prometido nada, ni siquiera le he dicho que sí a los viajes que me ha propuesto para estas vacaciones. Le he dicho que lo mismo curro.

—¿Tu idea es engañarle?

—No, más bien irle desengañando. Empezará a no venirme bien quedar con él, supongo que al final acabará pillando la idea.

—O no.

—Entonces se le pone blanco y en botella. Es un donjuán, y tiene buena planta, no tardará mucho en encontrar un recambio. En realidad lo que él necesita es ir con alguien que le luzca a las fiestas.

—¿Y si no se lo toma bien?

Por primera vez, se me muestra algo contrariada.

—Rosa, he plantado a más de dos y más de tres. Sé gestionarlo.

—Lo mío es peor.

—¿Lo tuyo?

—Yo sí he firmado papeles, y comparto casa.

—No tienes por qué dejarla. Puedo ser una tumba. Lo he sido.

Me enternece la expresión con que me lo ofrece. Vivir en la sombra lo que nos depare esta pasión que nos arrastra, siendo un fantasma, contentándose con los resquicios que le deje el mantenimiento de una apariencia conyugal por mi parte. Lo he vivido, desde los dos lados. Y es más miserable y tétrico aún siendo el que aparenta y se beneficia.

—No puedo no dejarla.

—¿Por qué?

Miro hacia atrás y al frente. Estoy parada donde no puedo estarlo y tengo que andar pendiente de que no aparezca la Policía Municipal. Ya me las he visto alguna vez con ellos y no me apetece ninguna de las dos opciones: ni plantarme ante su chulería y comerme la multa, ni ponerles ojitos y hacerme la pánfila y conseguir que me perdonen la vida.

—Es largo de explicar, pero el caso es que no puedo.

—Explícamelo, me interesa.

—Estamos paradas en un mal sitio.

—Muévete a otro mejor, no tengo prisa. O si quieres vamos a donde puedas aparcar y ya me vengo yo luego caminando. No me importa.

—Yo empiezo a ir algo apurada —miento.

—Dame el titular, entonces.

—Estoy harta de ver cómo la gente sale adelante dando el pego a los demás —le digo—. Es una habilidad que crea adicción, primero, en quien la tiene, y que después acaba reemplazando y aniquilando la vida, que es la verdad, ni más ni menos. Soy buena fingiendo, buena de cojones. Por eso mismo no puedo fingir con ella. No con alguien a quien he querido, a quien sigo queriendo, después de todo.

—Si sigues queriéndola, quizá no debas dejarla. A lo mejor yo sólo soy un picor que se te pasa pronto. Y no le contaré esto a nadie, jamás, si a ti no te interesa que nadie lo sepa. Puedes estar segura.

—No me des más ventajas, porque me lo pones peor para no dejarla. A lo mejor no me estoy explicando. No es porque vaya a salirme mal el engaño. Sé que puedo sacarlo adelante, y más con tu ayuda.

—¿Entonces?

—Es que no quiero, es que he vivido demasiadas cosas, y sé que estar aquí, contigo, teniendo la posibilidad de engañarla, quiere decir que lo que había con ella está roto. No era una unión de conveniencia. Las uniones de conveniencia tienen muy mala fama pero si las analizas con detenimiento son las más inteligentes, por eso son las que desde siempre conciertan las monarquías, que son gente que tiene el gen

de prevalecer sobre los demás, hasta tal punto que algunas llevan mil años haciéndolo. Las uniones de conveniencia pueden resistir el desamor, la traición, el engaño, las vejaciones, lo que sea. Acaban siendo una especie de compañerismo o de alianza empresarial. Las que nacen del puro sentimiento, de la maldita ilusión, se deshacen como azucarillos si les cae un chorro de agua caliente. Y mantenerlas así es un error.

—¿Vas a dejarla, entonces?

—Esta misma noche.

Levanta las cejas y abre mucho los ojos.

—Rosa, de verdad que por mí no tienes que…

—Esto no lo voy a hacer por ti. Lo hago por mí. Por ella.

—Hay personas que prefieren un buen engaño, bien mantenido.

—Yo no.

—¿Y ella tampoco?

—Es una buena pregunta. Voy a elegir creer que no.

—¿Y si te equivocas?

—Pagaré el precio. Nos pasamos la vida pagando el precio, así que más vale aprender y aceptarlo. Yo he aprendido y lo acepto.

—No sé si tienes la cabeza fría, ahora mismo.

—Helada —le aseguro.

—No sé, quizá me sentiría mejor si te lo pensaras un poco.

—¿Por qué?

—La conozco, me cayó bien.

—En ese caso, no deberías haberme dado tu número. Ni haberme llamado, ni haberme esperado en el parque, ni haber entrado en la habitación del hotel, ni haber hecho todo lo que hicimos.

Se azora un poco.

—Lo sé, soy una incoherente.

—No, eres humana. Vas buscando el camino a tientas, como todos. Disculpa, no pretendía echarte la culpa. La culpa es mía, nada más.

—No sé, me está entrando miedo.

—De qué.

—Por ti.

—Ya me he divorciado con papeles y jueces antes. Y también sin ellos, pero con el mismo follón. Me sé perfectamente los pasos. Lo que abruma es la novedad: cuando a un quinqui le han metido diez veces en el calabozo siente la décima parte de miedo que la primera vez.

—Si te sientes mal, llámame, por favor.

—¿Y qué harás?

—Correr a tu lado.

Entonces lo veo. Es apenas una niña. Una niña que no me merezco. Y eso, en lugar de enfriarla, vuelve indestructible mi decisión.

Yo también fui una niña, lo recuerdo. En estas mismas calles, a las que no es la primera vez que regreso. Para mí, a diferencia de lo que le ocurre a Milena, no es inconcebible vivir en Aluche. Crecí aquí. No llegué a nacer, porque ya se nacía en un hospital, y aquí no los había, o no del tamaño necesario. Pero aquí aprendí a caminar, a tomar las distancias de las cosas y de las personas, a soñar y a ver desmoronarse los sueños. Durante veintidós años y medio, ahí es nada. Es verdad que salí en cuanto pude, es verdad que también cedí al ensueño del centro, sus incomodidades ciertas y su glamur siempre discutible. Luego se me pasó, pero ahí estuve, como Milena y como mis amigos de entonces y como tantos otros. Sin embargo, jamás me olvidé de Aluche. Aquí seguí viniendo a ver a mi madre cada semana, mientras vivió. Aquí he seguido viniendo a verla, a la sombra que de ella queda —y también a la de mi padre, más desdibujada y lejana— desde que dejó de estar viva.

Sobre todo, aquí he querido venir, como una especie de ritual laico y posiblemente masoquista, aunque yo no lo siento así, cada vez que ha sucedido o he decidido algo que refractaba mi vida. Me gusta esa palabra, refracción, sacada de las ciencias naturales, y que una vez leí en una entrevista que un psiquiatra famoso empleaba para referirse a su propia biografía. Cambio de dirección del rayo de luz al pasar a otro medio, más o menos denso. Cambio de rumbo del alma cuando los días entran en una región donde el aire tiene diferente espesor. Sucede por decisión propia o ajena, a veces por simple accidente. El caso es que sucede, y uno de los aprendizajes mayores del ser humano es saber acomodarse a sus efectos. Para eso vengo aquí, a donde está el suelo de mi existencia, a las calles donde mis ojos empezaron a mirar, testigos de tantos de los momentos que me construyeron tal y como soy.

Ha cambiado, con los años. Ahora viven muchos inmigrantes. Entonces no había ninguno, salvo que se quisiera contar como tales a extremeños, andaluces o manchegos, pero eso, en Madrid, equivale, hoy como ayer, a un pecado de lesa madrileñidad. Han mejorado los viales y algunos de los servicios. Los edificios, que no eran de calidad superior, se han ido deteriorando, salvo aquellos que gracias a la inicia-

tiva de la comunidad —o un arrendador rumboso, o alguna subvención pública— se han beneficiado de una rehabilitación o un mínimo enlucido.

Me da igual. Como si se hubieran derrumbado todos. Yo sigo viendo las calles y la luz de mi infancia, que vibran e irradian en mi añoranza con mucha más energía que la materia inerte de la que están hechas estas que me salen al paso hoy. Sigo viéndolo todo como esa niña que aquí comprendió que estaba sola, que siempre estaría sola, y que con los demás sólo podían negociarse arreglos más o menos fugaces, más o menos inseguros, amenazados de ruina por todas partes, empezando por mí misma, término ineludible de la ecuación y factor primero de su fragilidad y de su predisposición al colapso. La niña que aquí encontró la primera amiga, el primer amor. Y algunas otras amigas, que todavía siguen ahí e incluso puedo llamarlas, y algún otro amor, esos sí perdidos para siempre en la noche de la memoria, de donde no es conveniente que vuelvan, como no apetece que los muertos se alcen de sus tumbas y vayan detrás de ti convertidos en zombis. Recuerdo al último que me localizó en la única red social que alimento, esa que algún mamarracho estipuló una noche de borrachera que tenemos que mantener todos los profesionales que estamos *en el mercado*, y que por tanto no dispon-

go de la opción de cerrar. La foto era disuasoria, pero mucho más lo eran las tonterías que le dio tiempo a escribir antes de que le hiciera ver, amablemente, que lo nuestro no podía volver porque me había hecho lesbiana y me había entrado asco hacia los hombres. Ninguna de las dos cosas era cierta, pero hay personas que no se hacen en nuestra vida el sitio suficiente para que les debamos la verdad.

Sobre todo, me veo paseando por aquí de muy pequeña, de la mano de mi padre. Era un hombre alto —o así lo evoco yo, luego mi madre me dijo que sólo superaba en un par de centímetros la estatura que yo he alcanzado—, siempre derecho y bien compuesto. Nunca tuvo para comprarse ropa cara o elegante, pero nadie le daba como él empaque a la ropa barata y del montón. Era conductor de la EMT, de los autobuses municipales, esos que ahora son modernos, híbridos o de gas natural, y que entonces lanzaban unas vaharadas negras de gasoil que temblaban los pilares de los puentes. Un trabajador decente y escrupuloso, de esos para los que la empresa y su trabajo eran su vida, hasta tal punto que cuando hubo escasez de gente para cubrir los turnos nocturnos se presentó voluntario, porque el servicio había que darlo y también porque con los pluses de nocturnidad podía pagar un poco más deprisa la hipoteca, o pagarla igual de lento

pero invitar a su mujer a comer en un restaurante o comprarle un capricho a su hija de vez en cuando. Recuerdo cuando me tocaba uno de esos regalos, con el primer pretexto que lo justificara, por ejemplo las buenas notas que le traía evaluación sí y evaluación también. La cara con que me veía disfrutar de mi premio, la tranquilidad y la convicción con que sacaba los billetes de su cartera para pagar al dependiente. Nunca nadie me ha dado un amor como el que expresaban esos ojos, esas manos. Nunca nadie me lo dará: ya aprendí hace mucho tiempo que me toca ir por la vida sin él.

Se murió en el 89, antes de que yo cumpliera los trece años, de un ataque al corazón que lo dejó clavado en el sitio, en casa, una mañana cualquiera, mientras yo estaba en el colegio y mi madre haciendo la compra. Se quedó solo demasiado tiempo: cuando llegó mi madre y lo vio allí tirado y pudo llamar a una ambulancia ya era tarde. No llegó vivo al hospital. Años después conocí a varios médicos y todos me confirmaron que en las enfermedades coronarias influyen algunos hábitos que tenía mi padre, como el tabaco, otros que no tenía, como el comer de más, factores genéticos y sobre todo, que los infartos tienen una propensión brutal a cebarse con los trabajadores de turnos de noche, que al final nunca duermen

lo suficiente y llevan hecho unos zorros el indispensable ciclo circadiano. Fue el sentido del deber y el pundonor de mi padre, su deseo de atender mejor a su familia, lo que le empujó a la tumba prematuramente, y a mí a vivir su ausencia.

Pudo ser tres o cuatro años después cuando vi una película que hizo Robert de Niro, como director y también como actor: *A Bronx Tale,* se llamaba, pero yo la vi doblada como *Una historia del Bronx*. En ella De Niro interpretaba justamente a un conductor de autobús, un hombre honrado y cumplidor que trata de transmitir esos valores a su hijo, cuando este empieza a coquetear con la mafia local, deslumbrado por la opulencia y la desenvoltura de su cabecilla. En contraste, al chaval su padre le parece un pobre hombre, un empleado gris y fracasado. Yo veía la película y a cada minuto que pasaba me iba indignando con el imbécil del niño, porque era evidente para mí que el conductor de autobús era un hombre de una pieza, uno de esos que se cuentan con los dedos de una mano, y el gánster un mierda sin cabeza y sin entrañas, un puro oportunista de los que pueden recogerse a paladas, aunque no todos tengan el valor o la suerte, siempre transitoria, que el tipo en cuestión demostraba tener en la película. Ya lo resumió en su día Wittgenstein, con ese talento suyo para la síntesis

extrema: *Una vida deshonesta es una vida irracional*. Al final, al mierda oportunista tenían que meterle un tiro en la cabeza, nada raro en los mierdas que medran de más, para que el chaval se diera cuenta de lo que tenía en casa. Después de ver la película me tiré una semana llorando. Porque yo también había tenido en mi casa a Robert de Niro, pero mi película era de las malas, de las de verdad chungas, y en ella el que se iba para el cementerio era él, Robert de Niro, el hombre entero, mientras los mierdas sobrevivían.

Yo lo llevé como pude, dejando que en el pecho se me hiciera este pedernal con el que trato de ir tirando, pero mi madre no lo llevó de ninguna manera. Una de las cosas que siento es que casi no me acuerdo de ella cuando era feliz, cuando tenía a su lado a un hombre que la honraba, la adoraba, estaba siempre pendiente de ella y nunca tuvo con ella —soy testigo, o se escondían muy bien de mí— un mal gesto ni una mala palabra. Cuando vivió algo tan extraordinario que si lo pienso me despierta, desde mi ignorancia de una dádiva tal, una envidia malsana, hasta que me doy cuenta de que tener algo así te expone, a la postre, a una sima tan profunda como la que se la tragó a ella, y en la que no estoy segura de que yo tuviera lo que hay que tener para subsistir.

Para mi mal, sobre todo en momentos como este, la veo siempre triste, vencida, vaciada, llevándome de la mano o no, dependiendo del año y la circunstancia, siempre con la mirada perdida al otro lado de la vida, sin permitirse dejar de atenderme, de hacer su parte para que la niña en la que aquel hombre había puesto sus expectativas las pudiera cumplir. Así lo hizo: se buscó un trabajo para completar la mísera pensión de viuda de empleado municipal, me cuidó, me sostuvo, me dio una carrera, y cuando yo empecé a salir adelante por mí misma, ella empezó a consumirse, a no esperar ya nada, a aguardar sin resistirse la llegada del cáncer que iba a llevársela; una enfermedad que los mismos médicos me dijeron que a veces se ve favorecida por la melancolía extrema, por el no esperar ya nada, por haber sufrido un revés tan grande que la persona no puede abarcarlo. Es la figura más triste de las fotos de mi primera boda, quizá porque su sexto sentido, afinado por la desgracia, le hizo sentir que lo mío con aquel hombre no llegaría a ninguna parte y que no iba a darle los nietos que habrían traído una justificación subsidiaria a su vida: la de esperar que alguno de ellos tuviera las facciones, el aire, la voz del marido al que perdió. El hecho cierto es que murió poco antes de que se viniera abajo mi matrimonio. Me recuerdo ahora con ella en el hospital, pidiéndole

que luchara, ensayando a la desesperada, incluso, la extorsión sentimental: cómo me iba a dejar así, rota y sola.

Me miró con una paz sobrecogedora y dijo, sonriente:

—No estoy preocupada por eso. Tú siempre saldrás adelante. Nunca vas a hundirte como me he hundido yo. Ese fue el don que él te regaló, marchándose tan pronto y tan de golpe de nuestras vidas.

Quisiera recordar más sonrisas de ella, quisiera verte más al mirar atrás, mamá, como la mujer tan contenta y consciente de su suerte que tuviste que ser, cuando me engendraste y me diste a luz, cuando me amamantaste, cuando me enseñaste a comer, a beber, a caminar, a hablar, a abrocharme los zapatos, a hacerme la coleta, a colocarme la falda. Me gustaría recordar mejor tus cuentos, tus bromas, tus manías, tus muletillas. Me gustaría apartar a manotazos esa imagen afligida y apagada que tengo de ti, alimentada de tantas horas en que yo estaba ya más atenta a lo que pasaba, a lo que te pasaba; pero es lo que me viene y tampoco te lo recrimino, porque quién soy yo para eso: quién es nadie para recriminar a su padre o a su madre, eso que ya sabían los antiguos y que los hebreos pusieron en sus mandamientos para que ahora unos imberbes idiotizados por las tabletas se

permitan exigirles rendición de cuentas a quienes se desvelaron por ellos y les dieron el ser. A fin de cuentas, hiciste lo que pudiste y supiste, y no me hiciste tan mal: hasta aquí he llegado, aquí estoy y no he rodado por tierra todavía.

Quisiera recordar muchos más momentos con él, más lugares y más situaciones contigo, papá, tus palabras, que apenas si recuerdo algunas, y tu voz, que no sé si era tan grave como la oigo o si soy yo que he construido con la voz de Robert de Niro —o mejor dicho, del doblador español de Robert de Niro— la voz que en mi corazón te correspondía. Pero tampoco te reprocho que te murieras, porque la estampa que me devuelve la memoria, la misma que veo en las fotos que guardo de ti, es la de un hombre del que merece la pena ser hija, del que es un orgullo, a lo mejor el único que me cabe, llevar la sangre y el apellido. Sin estar, siempre has estado ahí, y nunca pude ver en ti, como al final le toca a casi todo el mundo con sus progenitores, la más mínima fisura. A ti no te ha pasado nunca como a Robert de Niro, el actor, que hizo esa película estupenda pero también acabó poniendo la jeta en comedias abominables, para que le pusieran en la mano un cheque con varios ceros que lo bajaba del pedestal del mito para hacerle como cualquier otro. Tú eres mi Robert de Niro eterno, conduciendo

tu autobús por las calles del Bronx que está en los cielos, siempre de noche, siempre pensando en tu mujer a la que luchas por hacer feliz, en tu hija que quieres que siga sacando buenas notas y llegue a tener los títulos y las oportunidades que tú no pudiste tener, a salvo ya para siempre de los cortocircuitos de las arterias traicioneras, invulnerable y magnífico, marcándome con la luz de tu ejemplo el único camino, el que no seguirán jamás los oportunistas condenados a recibir su disparo en la cabeza, si no son ellos mismos quienes se lo acaban metiendo.

Yo no soy como tú, soy como el Robert de Niro de carne y hueso, y me he rebajado a hacer malas comedias para salir adelante; pero no seré jamás una oportunista. Por amor a ti, para honrar tu memoria, sé lo que tengo que hacer. Me llevo la respuesta que vine a buscar: voy a seguir conduciendo mi autobús nocturno, a dondequiera que me lleve.

La expresión de Elena es de absoluta incredulidad. A lo mejor la exagera un poco, no ha nacido ayer ni carece de intuición, y recuerda, como yo, las veces, demasiadas, en las que nuestras diferencias han acabado en discusiones y reproches —alguno afilado y buscando las vísceras— a lo largo del último año. En algún momento especialmente acalorado lo ha planteado antes ella, o lo he hecho yo: deshacer el trato, romper los papeles, seguir cada una por su lado, para impedir que la incomprensión se convierta en encono, en suplicio, en sustancia putrefacta.

Pero esto le suena diferente, porque lo es. No ha surgido al final de un cruce de recriminaciones, en la fase oscura y terminal del ajuste de cuentas de pareja, fruto comprensible del cansancio o la exasperación. Le he pedido con cordialidad que se sentara, la he mirado a los ojos y le he dicho, fría y serenamente, que esta noche me voy de casa. Y esto, a diferencia de lo que se me escapó otras veces, no lo comprende.

—¿Cómo? —musita al fin.

—Lo que te he dicho, Elena. Lo siento, perdóname.

—No sé —duda—, ¿qué quieres, separarnos un tiempo?

—Me gustaría que sólo fuera eso. Me parece que es definitivo. No esta noche, no ahora, pero tendremos que hablar de todo.

Sacude la cabeza, estupefacta.

—¿Por qué? ¿Por la discusión de la otra noche?

Niego en silencio.

—No sé, lo recondujimos —recuerda—. Estábamos bien. ¿O no?

—No, hace tiempo que esto no está bien.

Cruza por su mirada la primera ráfaga de ira.

—¿Cómo puedes decirlo así, tan tranquila?

—Intento evitar el drama —explico—. Que nos hagamos daño.

—¿El drama? ¿Y qué es esto para ti? ¿Como cambiar de móvil?

Presiento que la situación se nos va a escapar de las manos de un momento a otro. Me gustaría poder acercarme, tomarla de los hombros, abrazarla, decirle que le estoy agradecida, que no la odio, que le he fallado pero que no me odie ella a mí, que tratemos de llevarlo lo mejor posible. Sigue inspirándome ternura y afecto, sigue gustándome cómo es, y de pronto,

algo avergonzada, reparo en que se da un aire a Milena, o se lo da Milena a ella: en la arquitectura de sus facciones, en el tipo, sólo que con diez centímetros menos de estatura. No lo hago, no la abrazo, aunque me gustaría, porque sé que no es así como funcionan las cosas, que ahora mismo ella y yo tenemos carga eléctrica opuesta y si lo hiciera sólo saltaría un chispazo doloroso y aturdidor. Hago lo único que puedo, confiar en la más inservible de las herramientas para casos como este, que coincide que es la única que se me permite usar.

—No quiero soltar un tópico demasiado lamentable, pero soy yo quien poco a poco se ha ido bajando de este tren. Sé que no está bien, que te decepciono, y te pido disculpas por ello. El caso es que no quiero mentirme ni mentirte, no es así como acordamos que sería.

Ahora la ira es ostensible. Su gesto se convierte de pronto en el de alguien hostil, deseoso de devolver el golpe que yo no quiero dar.

—¿Hay otra persona?

La peor pregunta, la que no quiero recibir, la que no quiero contestar. He acudido a mi cita con el infierno mentalizada, consciente de que tendrá todas las espinas y tendré que sufrirlas una por una y aguantar que su pinchazo me atraviese hasta el tuétano de los

huesos, pero por un momento vacilo y sopeso la posibilidad de mentir.

—Esto es entre tú y yo —gano tiempo a duras penas.

—Ya, hasta ahí llego —la ironía ácida, preludio de la puñalada—. Lo que me gustaría saber, si crees que después de cinco años juntas tengo algún derecho a que me lo cuentes, es si hay alguien que te esté empujando a esto que está sucediendo ahora mismo entre tú y yo.

—No hay nadie que me esté empujando —respondo, firme, sin necesidad de mentirle, y recordando el ofrecimiento de Milena.

—No le des vueltas a las palabras —me intercepta—. Sé de sobra lo buena que eres con las palabras. Te empuje o no, ¿hay alguien?

—No es de eso de lo que tendremos que hablar tú y yo.

No puede más. He abusado de su paciencia. Estalla.

—Joder, que si hay alguien o no, ¿me vas a responder?

La pregunta se queda vibrando en el aire, durante un instante largo y quieto en el que sopeso si debo reconocerle ese derecho que reclama, el de recibir explicaciones de mi vida que ha dejado de ser la suya.

En mi ánimo se revuelve el orgullo, que me mueve a negarle ese título de propietaria —o expropietaria, tanto da—, con otro orgullo, el que me empuja a no avergonzarme ante ella de desear a otra persona.

Como tantas veces, elijo mal.

—He conocido a alguien. Pero no viene de ahí. Más bien es al revés.

Contiene la respiración mientras asiente, furiosa.

—Para no querer caer en tópicos lamentables, acabas de sacarte de la manga el más deplorable de todos —sentencia.

—No es fácil evitarlos —me disculpo.

—¿Quién es? ¿Un tío?

En los momentos señalados, lo primero que afloran son nuestros miedos más profundos: asoma aquí uno que siempre ha marcado mi relación con ella, su conocimiento de que en mi biografía había habido no una, sino varias parejas heterosexuales. Elena ha bajado de golpe a la mina de esa aprensión y no tarda en salir cargada de mineral.

—¿Qué pasa, dejó de bastarte estar con una mujer?

Callo. No ofrece ganancia alguna tratar de sacarla de su error.

—Joder, Rosa —retoma, con lágrimas en los ojos—, te lo podías haber pensado antes de hacerme

vestir de novia, como una idiota.

—Nadie te hizo vestir de novia —la vuelvo a cagar.

—Eso es verdad. Fui yo solita quien se metió en la trampa. Quien se creyó que iba a ese juzgado con alguien con las ideas claras.

—Tengo las ideas claras. No ha salido bien. Es un riesgo que está ahí siempre, con dos novias, dos novios o lo de siempre. No es por…

—¿Es una tía? —salta de pronto.

—Elena, no es esta la conversación. La causa es otra, pero tampoco hay que buscarla, se acabó el tiempo en el que un divorcio necesitaba un culpable, una razón o algo por el estilo. Esto iba de nuestra libertad como personas. Sigue yendo de nuestra libertad como personas.

—De tu libertad, querrás decir. Yo me comprometí con esto.

—Y yo, Elena, y yo.

—Permíteme que lo dude.

No respondo a eso. No hay que responder jamás a quien nos desacredita: puede suceder que tenga motivos para ello, o que no. En el segundo caso, responder es perder el tiempo. En el primero, es hacer que lo pierda otro. Ninguna de esas dos acciones resulta elegante.

—¿No me vas a decir quién es? ¿Lo conozco? ¿La conozco?

Tomo aire y pienso si es mejor que lo descubra ahora mismo, por mí, o que lo descubra más tarde, por quien irá a contárselo a la peor luz posible y con la más aviesa de las intenciones. Calculo que existe una posibilidad intermedia, que yo misma se lo haga saber antes de que otra persona disponga de alguna noticia de lo ocurrido entre Milena y yo, pero no esta noche en la que ya bastante tiene con lo que tiene.

—Elena, voy a ir a hacerme una maleta pequeña —le digo, con toda la contención de la que soy capaz—. Me llevaré lo indispensable, y ya hablaremos de cuándo vengo a por el resto y de todo lo demás de lo que tendremos que ir hablando. Sé que no es nada fácil, sé que a lo mejor tampoco me lo merezco, pero te voy a rogar que me dejes hacerlo en paz, esto que voy a hacer ahora y lo que tenga que hacer luego. Me llevo la llave, pero te prometo que no vendré nunca sin avisarte antes.

Ahora sí que no da crédito

—¿Y ya? ¿Así sin más?

Me levanto y voy a buscar la maleta. La saco del armario temiendo que ella me venga por detrás hecha una fiera. Con el mismo temor abro los cajones y voy sacando mi ropa, la que necesito para poder aguantar

al menos la primera semana. Aunque la situación no es la más propicia, calculo con eficacia qué tengo que llevarme y qué no: tengo costumbre de hacer maletas y hacerlas rápido, por lo menos para un tiempo como el que necesito solventar. Pienso por un momento en otra clase de pertenencias, más personales y de más valor para mí. Trato de dirimir si Elena puede ser, en esta nueva y espinosa fase de nuestra relación, una de esas personas que ponen en cajas las cosas del otro y las bajan al contenedor de la basura. Quiero creer que no, que si fuera una de esas personas no habría podido estar con ella, y menos la habría aguantado durante un lustro, pero siempre queda un margen para la duda y echo a la maleta, quitándole espacio a otras cosas, la caja con las viejas fotos de mis padres y de mi infancia. No son muchas, y son quizá lo único de veras irremplazable de cuanto poseo. No me siento bien conmigo misma teniéndole a Elena esa desconfianza, pero hay coyunturas de la vida en las que uno debe anteponer lo suyo a lo de los demás.

Cuando regreso con la maleta a la sala de estar, Elena sigue sentada en el mismo sillón y en la misma postura en la que la dejé, mirando ante sí con rostro desencajado. Al verme aparecer, me espeta:

—Estaba esperando a ver si ibas a tener el cuajo de hacerlo.

No digo nada. Por un lado me cuesta: no se me dan mal las palabras, como ella acaba de recordar, y gracias a ellas he salido muchas veces adelante. Por otro, me alivia no tener que buscarlas, tener claro que esta es una de esas ocasiones en las que todo lo que digas va a ser utilizado con ferocidad contra ti, en las que nada que digas puede hacer menor el roto y en las que por tanto, ya lo dijo el filósofo, hay que callar.

—Te llamaré, Elena. Lo siento de verdad.

Sigue ahí quieta, como si estuviera atornillada al sillón, o al estupor que mi comportamiento le produce. Con voz compungida, dice:

—No lo sientes. Si lo sintieras no te irías. Acuérdate de esto.

Casi se me escapa preguntarle de qué quiere que me acuerde, pero antes de hacerlo vuelvo en mí y a la circunstancia en la que me veo y espero a que ella me diga lo que va a decirme de todas maneras.

—Acuérdate de que yo seguía aquí, mientras tú te marchabas. De que habría seguido siempre aquí, si no te hubieras ido tú.

Le concedo el derecho a infligirme ese último daño, el de querer hacerme cargar con todas las responsabilidades. He aprendido a hacer ese indeseable papel, mejor que ella, quizá porque soy más proclive que ella a defraudar lo que se espera de mí y por tanto

a causar destrozos. Me voy hacia la puerta, saco la maleta al descansillo. Salgo, cierro la puerta y ya está hecho: mi segundo matrimonio es ya historia.

Elena intenta evitarlo diez minutos después. Me llama al móvil mientras conduzco hacia el apartotel. Busco donde pararme y se lo cojo. Su voz entrecortada por los sollozos me dice que no me creía capaz, que vuelva, que intentemos arreglarlo, que no podemos acabar así. Le pido que llame a alguien: alguien que no sea yo. Puede parecer cruel, pero yo sé que nunca más voy a volver con Elena, y por eso sé, también, que ella necesita pedir ayuda a otro. A quien no sea lo que yo soy a partir de ahora, incluso aunque no tenga la voluntad de serlo: el enemigo.

La vista desde la ventana es todo lo desolada que podía esperar. Una calle vacía de Madrid, en mitad de la noche. No es un barrio del todo malo, ni centro ni periferia, y el apartotel es funcional pero bastante habitable. No es la primera vez que recurro a sus servicios, y en el tiempo transcurrido desde la última diría que incluso han introducido mejoras. El mobiliario es menos espartano, las colchas y los puntos de luz tienen más gusto. Hay una televisión grande y moderna, una mesa bastante amplia para trabajar, un sillón de orejas con lámpara de pie para leer y todo. Alguien ha gastado unos minutos de su vida pensando cómo puede hacérsele más llevadero el trago a un náufrago.

Por la calle, a esta hora, no pasa nadie. Tampoco entra ni un soplo de brisa por la ventana abierta. El calor sigue siendo sofocante, y existe siempre la tentación de achacarle nuestros desvaríos, pero yo sé bien que aunque la temperatura fuera inferior me vería donde me veo: otra vez en el corazón de mi orfandad, mi soledad y mi intemperie, tratando de no

fustigarme con demasiada saña por los yerros, los excesos o los despistes que me han acabado devolviendo aquí. Apoyada en el alféizar, con medio cuerpo fuera, examino los mensajes que se amontonan en mi teléfono. Los de Elena estuvieron entrando torrencialmente hasta eso de la una, luego cesaron. No los he leído mientras iban entrando, y no lo hago ahora. Tampoco los borro: los miro por encima, en diagonal, sabiendo que le debo leerlos con más calma, aunque duelan, aunque no tenga nada que decirle ni ella tenga nada de lo que pueda persuadirme. No va a ser en esta hora ni en este lugar. También tengo varios de la oficina, que he ignorado durante todo el día, salvo los de mi jefe directo, a quien le he ofrecido una excusa no del todo insincera —asuntos personales de los que tengo que ocuparme— y a quien ahora medito si enviar un mensaje más concreto. Es tarde pero no demasiado tarde, ni entre nosotros ni para los habitantes de esta ciudad recocida que esta noche tendrán, tendremos, muy difícil conciliar el sueño antes de las tres o las cuatro de la mañana. Finalmente me decido y le escribo: que quiero ir a verle a primera hora, para comentarle una cosa. Personal, especifico. Con él hay confianza. No sólo para mandarle de madrugada el mensaje, sino para contarle una buena porción de lo que ocurre.

Por último, miro los mensajes de Milena. Ha enviado una docena, el último hace apenas quince minutos. Todos en el mismo sentido. Que si estoy bien. Los últimos, un poco más apremiantes, con algún tinte de nerviosismo, de culpa, incluso de desesperación. No quiero llamarla, porque conozco el agujero en el que he caído. Puedo sobrellevarlo, me sé perfectamente las reglas y sería una debilidad agarrarme ahora a ella. He visto antes la faz bella y terrible de esta noche que me rodea y he apurado antes el sabor de la derrota que me otorga. Sé por ello que es una penitencia pero también es un don: una posesión vital que debo adquirir a conciencia y aprender a valorar y conservar en mi memoria. Como lo fue la pérdida temprana de mi padre, la mayor y más espantosa de mis desgracias —cien veces mayor que esta—, según la teoría que me expuso mi madre y a la que los años han ido dando la razón.

Mi corazón se escinde en dos mitades perfectas: una siente tanto el fracaso de Elena como el mío, y los llora como corresponde; la otra se acopla sin oposición a la indigencia sobrevenida, incluso a esta cápsula provisional, sin encanto y sin mucho futuro, que durante unos días, aún no sé cuántos, tendré que considerar mi casa. Es posible que la mitad dolida finja, o que lo haga la otra, o que lo hagan las dos. Es

posible, como dijo el poeta, que para sentir el dolor —y su contrario— haya que aprender a fingirlo. También es posible, me digo, que para llegar a ser quienes somos necesitemos perder nuestro hogar un número de veces que depende de cada uno, y que en mi caso es superior a la media.

En todo caso, quizá sea innecesariamente cruel mantenerme en silencio frente a los mensajes que Milena me envía. Aunque no quiero darle pie a que me ofrezca ni su hombro ni su compasión, que no necesito, o necesito pero no quiero necesitar, no tengo por qué dejarla sumida en la zozobra. El texto del último wasap me hace sentir que está preocupada de veras. Tecleo rápido: *Estoy bien. Hablamos mañana.*

Me responde al cabo de menos de un minuto. Me pregunta si estoy bien de verdad, que dónde estoy, que si viene, que si quiero ir a su casa. Le aseguro que estoy bien, y bien instalada, y que esta noche es mejor que esté sola, que no sufra, que la llamaré por la mañana, y no tardaré. Aún me manda un mensaje más. Me ratifico, le mando un beso. No voy a responder ningún mensaje más. Parece adivinarlo. No lo envía.

Y ahora sí, al fin, estoy sola frente a mi nueva situación. En tiempos antiguos, pienso —y me hace sonreír, lo que nunca sobra—, uno se quedaba solo de

golpe, no llevaba en el bolsillo un miniordenador con las puertas abiertas al mundo. Ahora que he arrojado mi móvil sobre la colcha de la cama puedo afrontar sin que nada más estorbe en mi cabeza este nuevo escenario —nuevo sólo hasta cierto punto— en el que va a transcurrir mi comedia vital. Sobre todo, tengo claro lo que no voy a hacer. En los años que han pasado desde mi primer divorcio he venido observando con atención no sólo mis propias reacciones, sino las del prójimo en estas coyunturas, y el resultado, salvo alguna honrosa excepción, no puede ser más decepcionante. Vale para los hombres y para las mujeres, vale para heteros, homos y toda la fauna intermedia, en la que supongo que a estas alturas de mi vida debo incluirme.

Empezando por las mías, mis pobres hermanas, esas con las que según Elena tengo el deber prioritario de experimentar solidaridad. Lo que he visto ha superado todos los límites, o al menos todos los que yo considero admisibles. Mujeres borrachas de odio hacia su expareja, que en más de un caso, si era heterosexual, expanden hasta forjar un rencor visceral y militante hacia todo el género masculino, sentimiento este que en los supuestos más graves evoluciona hacia un lesbianismo de reacción que no puede resultar más gélido e inhóspito y, por lo que a mí respecta,

más ayuno de cualquier forma de *sex appeal*. Exmujeres que imponen al exmarido un régimen penitenciario, en algunas ocasiones en el sentido más literal, previa denuncia que alguna abogada —o algún abogado, aquí no hay distingos— les aconseja interponer —o amenazar con interponer— para tunear a su favor las condiciones del convenio, la pensión y el régimen de visitas. Otra modalidad punitiva es la de imponerle al réprobo la indigencia, procurando sangrarle de manera que tenga que volver a dormir en la cama de cadete del dormitorio juvenil de la casa paterna. En otras ocasiones, la cosa queda sólo en imbuirle al desgraciado de turno la idea de que tiene toda la culpa de la debacle conyugal, por la razón que sea —infidelidades, desatención, insolvencia profesional o económica—, y de paso imbuírsela a los hijos, para que lo sometan de por vida a una moción de censura que deje debidamente abolido el ascendiente de su paternidad. No lo he soñado, no me lo han contado: lo he visto una y otra vez, en la peluquería, en comidas con amigas, ante la máquina de café. Al principio intentaba moderar el aborrecimiento turbio de esas personas, por bien de sus víctimas mayores y menores de edad y también de ellas mismas. Finalmente, vi que era inútil, y aprendí a mirar al techo y pensar en mis cosas.

Hay otra reacción femenina que no me resulta más admirable: el abandono, la rendición, el hundimiento de la autoestima, como si el capullo que acaba de salir por la puerta —o la capulla, igualemos una vez más— tuviera por encargo de la especie el metro patrón de la valía de la hembra abandonada. En los casos más graves, el trastorno acaba en el psicólogo, las pastillas y una aversión sorda hacia los hijos que se llevaron por el sumidero de sus atenciones y crianza la lozanía y la frescura que en su día sedujeron al huido. Con estas mujeres es todavía más difícil intentar una terapia: en cuanto te descuidas, te ves diciendo gilipolleces de libro de autoayuda o de taza de Míster Wonderful, que de todos modos no les sirven de nada. Como no sirve decirles la cruda verdad: que la vida es jodida y está llena de mierdas y hay que aprender a incluirlas en la dieta sin perder nunca del todo la sonrisa.

Y qué decir de ellos. He servido de paño de lágrimas de más de uno. Amigos, compañeros, subordinados, incluso algún jefe que me doblaba el salario, que ya tiene sarcasmo la situación. La variante más leve es el lloriqueo, generalmente relacionado con la cuenta corriente y la pérdida de la casa y el contacto diario con la prole. En este último punto es donde se producen las situaciones más cómicas, cuando se te

quejan de no tener custodia compartida padres que antes de la ruptura ni miraban a sus hijos al cruzárselos en el pasillo de casa, como si fueran criaturas radiactivas. Acepto sólo la enmienda que me hizo una vez uno: que su mujer tampoco los atendía y que sólo por ser la madre sí mantenía la relación mientras seguía exenta de cualquier esfuerzo gracias a la interna que pagaba él, y que igual podía venir quince días al mes a su casa a cuidar de sus hijos. Es este de los hijos el aspecto más delicado, porque es verdad que ellos suelen perder más el contacto y que salvo en casos contados todos los padres divorciados tienen una mella verdadera en el corazón por tal motivo. En lo del dinero y la casa, sin embargo, me he visto a menudo obligada a hacerles ver que en la economía, ya lo dijo Marx, mandan el interés y la fuerza, que a veces se gana y a veces se pierde, y cuando se pierde, si uno es un hombre y tiene lo que hay que tener, e insisto en lo último, no va por ahí gimoteando: asume el quebranto y mira hacia delante. Contar las perras, y dolerse en exceso de que otro se lleve más, es una actitud tan equivocada como dejarse llevar por los remordimientos, que también les sucede, y pasarse de generoso en el reparto o la mensualidad. Mi franqueza en este punto me ha valido algún agradecimiento perdurable, pero también, es de justicia que lo anote,

más de uno me ha retirado para siempre la palabra.

Esto define más o menos los parámetros de la normalidad. Y luego, en fin, están los otros: los tipos desamueblados o desequilibrados, o desamueblados y desequilibrados a la vez, que caen como basiliscos en la misoginia exasperada, un material explosivo difícil de gestionar, en la medida en que a casi todos, por no decir a todos, siguen atrayéndoles sexualmente las mujeres y son pocos, si hay alguno, los que se hacen gais en coherencia con sus descubrimientos acerca de la perfidia y la inferioridad moral del sexo débil. De ahí salen los que no son capaces de tuitear sin escribir la palabra 'feminazi' veinte veces al día, los que en sí hacen carne el verbo del patriarcado ofendido y justifican con sus dislates el activismo más furibundo contra la causa masculina. En los casos límite, aquí se reclutan los que amenazan, zanjan la discusión con un mamporro, tirando a la ex por la ventana o convirtiéndola en un acerico a puñaladas, para luego despenarse ellos mismos, o no, según la tolerancia del individuo en cuestión a la vergüenza y la cárcel.

En la base de todo, me digo —yo, que en salidas de la vía anteriores he cometido de una u otra forma casi todos los errores que acabo de enumerar, excluyendo sólo los que resultan incompatibles con mi sexo y mis vicisitudes—, se encuentra la falta cla-

morosa de una educación para la asimilación de los reveses de la vida y, lo que es más importante, para la asunción como propios de sus efectos y sus causas. Siempre queremos achacarlos a los demás; siempre queremos que los demás los paguen. Nadie reclama para sí la autoría, nadie pide el cáliz para largarle un sorbo. Y eso, justamente eso, es lo que se necesita cuando todo va mal y pintan bastos. Quizá, he pensado alguna vez, el problema esté en que la mayoría de nosotros, por lo menos de quienes tenemos una edad, hemos sido educados para un mundo y un sistema de valores que ya no existen; que existieron en muy escasa medida, y siempre apoyándose en una hipocresía esencial. Los valores de antaño han rodado por tierra y la hipocresía se ve desplazada, en este ámbito de las relaciones entre personas, próximas y menos próximas, por esa afición grosera a plantarle a quien sea en cada momento lo que a uno se le pone en las narices, ya venga a cuento o no, ya construya algo o lo destruya todo. Una tendencia que algunos incluso enaltecen como sinceridad, y que los hombres y mujeres de los que venimos, seguramente más sabios, más conscientes y apegados a la naturaleza de las cosas, juzgaban que era sólo una de las máscaras más perezosas del egoísmo infantil.

Ante este panorama, y huérfanos de guía, no nos queda otra que elaborar un recetario personal para encajar estos golpes. Yo tengo claro el mío. No le voy a pasar a Elena ninguna factura, moral o afectiva. Voy a afrontar el reparto aceptando la parte mayoritaria del marrón, o lo que es lo mismo, dejándole a ella la parte mayoritaria del caudal. Por suerte no hay niños —aunque ella los quiso, y de ahí surgieron algunas de nuestras desavenencias—, así que nos podemos ahorrar sin esfuerzo alguna que otra infamia. En resumen: voy a saber estar sola, voy a saber perder, voy a pagar las consecuencias de no haber sabido hacerlo.

La miro, de frente. A ella, a la tormenta, que viene a por mí otra vez. Es más grande que yo, me revolcará y me hará crujir, pero estamos en paz, porque yo, como Ahab y como Nemo, no le tengo miedo. La asumo y asumo, incluso, que alguna noche será demasiado recia y me hundirá. No va a ser esta vez. No todavía. Aún me quedan cosas por vivir.

Mientras lo veo ante mí, vuelvo a pensar de Diego, mi jefe, lo mismo que he pensado tantas veces antes: es un hombre digno en mitad de un tinglado indigno. Ni los sociólogos, ni los filósofos, ni los eruditos de ninguna disciplina han hecho el suficiente hincapié en el valor de esta clase de hombres, no sólo para el progreso de la humanidad, en general, sino también para que a tantos seres humanos particulares les resulten medianamente soportables los días. Porque casi todos los tinglados humanos, antes o después, acaban siendo indignos y promoviendo la indignidad. Y porque son ellos, los hombres dignos que aceptan estar ahí, en mitad del tinglado, en lugar de retirarse confortablemente a despotricar desde los márgenes, los que consiguen que el mal no lo invada todo y quede algún resquicio para el bien en el mundo.

Puedo dar fe en primera persona, como beneficiaria. Comprendo ahora, como he comprendido en muchas otras ocasiones, que he podido aguantar tantos años donde estoy, y mirarme cada día en el espejo

con cierta incomodidad y creciente decepción, eso es verdad, pero sin llegar a inspirarme asco, porque he tenido el paraguas de este hombre digno que me ha permitido defender mi propia dignidad. A sus órdenes no he tenido que hacer nunca nada que me repugnara, aunque no amara mi trabajo sin interrupción. Y cuando otros me han querido acorralar para que lo hiciera, he contado siempre con su amparo y con su respaldo para reforzar mi criterio y repeler con firmeza el requerimiento.

Nunca lo he visto rebajarse a urdir, alentar o ser cómplice de esas intrigas que son el pan diario, en mayor o menor medida, de todos los que se encuentran a su nivel en la escala jerárquica de la empresa. Lo he visto, en cambio, plantarse con valor, a veces casi suicida, ante ideas deficientes de quienes están por encima de él, en lugar de prestarles el asentimiento de lacayos que otros gallos exhiben ante el amo del corral. En alguna de esas ocasiones he temido verlo salir por la ventana, y con él mi apego a mi puesto de trabajo o el puesto de trabajo mismo. No ha sucedido nunca porque quien habría tenido que despedirlo sabe bien que le costaría encontrar a alguien tan bueno en lo suyo, y sobre todo, alguien tan cuajado como para avisarle cuando va hacia el despeñadero y evitar así que se rompa la crisma contra las piedras del fondo.

No sé muy bien por qué acepta ese papel en la vida. No es uno de esos hombres enteros de antaño, como mi padre, que contaban con la ventaja de la ingenuidad, de la poca formación y de la poca información, o de lo que fuera, para no ver jamás los intereses, no todos limpios ni nobles, porque eso no es ni ha sido nunca del mundo real, que había tras la empresa a la que entregaban su fe y sus sudores —dicho sea esto sin la menor sombra de condescendencia hacia alguien a quien sé que jamás le llegaré a la suela de los zapatos—. Diego es un tipo formado e informado como pocos, sobre todo de los entresijos más oscuros de la compañía que nos paga el sueldo, y que yo he podido conocer de su mano. No diría que trabaja por hacer más grande la marca o por retribuir a los accionistas —bancos, fondos de pensiones, especuladores grandes o pequeños que sólo miran la TIR de su inversión—, aunque nunca le he preguntado por sus motivos porque la confianza que nos tenemos quizá no alcanza hasta ahí. Intuyo que se sabe capaz y cree que es mejor que su sitio lo ocupe él y no un incompetente; que eso evita desastres a terceros y de paso le trae a él la recompensa de saber que el mundo, incluso este trozo un poco sucio y maloliente del mundo en el que trabajamos él y yo, es un poco mejor gracias a su talento. Y luego está el sueldo, claro, que no es malo,

y que siempre lo podría mejorar dejándose querer por la competencia o montando algo por su cuenta, pero, y quizá aquí esté su único punto débil, o el único que le conozco, no tiene el arrojo ni la inclinación por el riesgo que serían necesarios para consumar por esa vía la evasión de la jaula en la que vivimos.

Su mirada inquisitiva me saca de estas cavilaciones.

—Tienes cara de no haber dormido mucho —me dice.

Me doy cuenta en este momento de que mi aspecto debe de ser ligeramente lamentable. Dejé atrás hace años la edad en la que una mala noche no pasa factura, y es verdad que anoche tardé en dormirme, aunque lo acabé consiguiendo. A Diego, en cambio, y aunque me saca casi diez años, se le ve, como cada mañana, en perfecto estado de revista. Sus trajes son sobrios, pero de buen corte, sus corbatas y camisas igual, y siempre lleva la ropa limpia y bien planchada. También él es limpio y huele bien, a jabón y desodorante de los razonables, no a esas fragancias preñadas de presuntas feromonas que se ponen los horteras. Además tiene Diego buena planta, es alto y está en forma, y como la carne es débil, y yo una pecadora, alguna vez he tenido, lo admito, mis fantasías inapropiadas con él. Que nunca he dejado que salieran de

ese terreno de lo imaginario: es demasiado buen jefe, y yo sería una imbécil de campeonato si cambiara a un jefe así por un amante de incierto o pésimo pronóstico, como son todos los que te echas pescando en el puchero en el que se cuecen tus habichuelas.

—He dormido más alguna otra noche —le reconozco.

—Tú me dirás. Qué pasa. Hasta donde quieras decirme.

Pienso en que no hay muchos hombres a los que pudiera decirles lo que me pasa, como creo que puedo decírselo a él. Quizá no haya ninguno más, lo que no sé si habla demasiado bien de mi capacidad de relación con el sexo opuesto. De los hombres que fueron mis parejas, no quiero ni saber. De los que fueron o son en alguna medida mis amigos, tampoco espero ni reclamo gran cosa, ni es gran cosa, me doy cuenta, lo que les proporciona mi amistad. No me enorgullece que así sea, pero aquí me ha traído la vida y por lo menos lo tengo a él.

—Anoche me fui de casa —le digo sin más.

Diego alza las cejas y se echa hacia atrás en su sillón. Tras él se ve una bonita panorámica de la ciudad, a la que se vuelve cuando medita sobre los pros y los contras de sus decisiones. Es justa contraprestación a su capacidad probada de hacer ganar dinero a

la empresa, o de impedir que lo pierda cuando algún patán tiene una ocurrencia perniciosa.

—Vaya —murmura.

—Pues sí.

—¿Estás bien? —me pregunta, ofreciéndome su mirada franca y cálida; tiene unos ojos pequeños, de color de almendra, y desprenden un destello que he podido ver en los ojos de muy pocos hombres.

—No estoy demasiado mal. Ya me sé la lección.

—¿Te apetece hablar de lo que ha pasado? Si es así, aquí estoy. Si no, fin del asunto y no tienes que darme más explicaciones.

Me apetece y no me apetece hablar. Me gustaría que alguien me comprendiera, siempre le gusta a una en estas situaciones, pero quizá hay detalles que no tengo la soltura necesaria para compartir con él. Quizá es que me avergüenzan algunas de las cosas que siento.

—No es que hayan dejado de gustarme las mujeres —bromeo.

—Bueno, me dejas más tranquilo —bromea a su vez—. Así no tengo que dar garantías ni explicaciones suplementarias a mi mujer, ni tengo que andar temiendo que te tires a un becario y nos lo malogres.

—Tampoco es que no me inspiren nada los varones. Simplemente me retiré de esa liga, pero no te-

mas, tampoco pienso en volver.

—¿Entonces? Insisto, si quieres contar algo.

—Si te digo la verdad, lo que creo que ha acabado saliendo es que me dejé llevar por el plan de otra persona. Que no era el mío.

—Ese es un error común. Lo cometemos todos, en algún momento.

—Supongo.

—¿En qué sentido no era tu plan?

—Puedo darte la respuesta simple.

—Adelante.

—Después de dos fracasos, veo que quizá no nací para casarme.

—Nadie nace para casarse —constata, con rotundidad.

—Pero hay quienes saben soportarlo. Todo lo que el matrimonio trae consigo: la lealtad a una palabra pasada y cada vez más lejana, el marchitarse de la pasión, la mochila cada vez más cargada de reproches callados o expresados, tuyos hacia el otro o del otro hacia ti. A mí me pasa que llega un momento en que no quiero tirar más de ella.

—A ti y al lucero del alba.

—Ponle entonces que no soy lo bastante sufrida —sugiero—. Que soy una veleta asquerosa. Una mala perra, una desleal de mierda.

—No sé si eres una mala perra —dice, con una sonrisa—, no hemos alcanzado nunca el grado de intimidad necesario, ni falta que hace, pero doy fe de que una desleal no eres. Y tampoco diría una veleta.

—Es fácil ser leal a las cosas que se mantienen firmes. No es por echarte flores, pero tú, como jefe, eres una de esas pocas cosas. No es lo mismo una relación de pareja, que se agrieta desde el primer día.

—Por lo que me dices, deduzco que la has dejado tú.

—Sí, soy yo la que huye. Por eso he desalojado la casa.

—Lo siento por Elena. Es maja. La aprecio, lo sabes.

—Todos la apreciáis. También yo. Lo que se me ha puesto cuesta arriba, o no he sabido llevar, ponlo como te parezca, es ir por ahí con un collar que diga que soy suya. Y no la estoy culpando. Como pareja, no tengo nada grave que reprocharle. El error, de cálculo, es sólo mío.

—Te veo flagelándote un poco de más —aprecia.

—No, sólo quiero dejarte claro que no me ha hecho nada, que no está pagando por nada, que no pienso hablar nunca mal de ella.

—Me alegra. Lo contrario me resultaría incómodo. Ya he cubierto mi cuota de gente a la que he teni-

do junta a cenar en casa y que ahora se saca los hígados a la primera de cambio. Es un poco desalentador.

—Tranquilo, y que esté tranquila también Patricia. No os haré pasar por ahí, ni a ti ni a ella. A mí también me cae bien tu mujer.

—¿Quieres que la llame? A Elena. O que la llame Patricia.

—Si os parece, si os sale, si os va bien. Lo que no voy a pediros es que toméis partido, le hagáis el vacío en adelante ni nada por el estilo.

—Mejor así. Lo hablaré con Patricia, si puedo decírselo. Sólo a ella; en cuanto al resto de la gente por aquí, ya marcarás tú los tiempos.

—Claro, díselo. Sin problema.

—Y que ella decida. Tiene más mano para estas cosas que yo.

—Me parece muy bien.

—¿Te hago la pregunta del millón o es una grosería?

—Tú no sabrías ser grosero ni queriendo, jefe.

—¿Te has liado con alguien?

La pregunta, su expresión traviesa, me arrancan una sonrisa.

—Vaya, ha estado cerca.

—Lo siento —se repliega—. Pasa de la pregunta.

—Pero no, no es una grosería, preguntándolo tú.

Depende de lo que entiendas por liarse. No hay nadie con quien me vea a escondidas desde hace meses, pero tampoco me he abstenido de ver a alguien.

—Bien, no es asunto mío. Ya me dirás de quién se trata cuando creas que lo es, si es que llega a serlo. Y disfrútalo, o por lo menos no te hagas demasiado daño, ya sabes que también a ti te aprecio.

—Lo sé. Muchas gracias.

Diego adelanta el tronco y se apoya sobre su mesa.

—Con esto, me doy por informado de sobra de las razones de tu espantada de ayer y las considero plenamente justificadas. Si alguien quiere buscarte las vueltas por no atenderle, que hable conmigo. ¿Hay alguna otra cuestión que quieras plantearme? Si no la hay, me gustaría comentar contigo tres o cuatro flecos que resultaron, a lo largo del día, de la batalla campal entre nuestros dos inefables machos alfa.

Su comprensión, su generosidad, me ponen difícil la petición.

—Lo siento mucho, jefe, y llegados a este punto me avergüenza un poco —trato de disculparme—, pero también quería pedirte que me dejes adelantar las vacaciones, respecto de lo que habíamos pactado.

—¿Adelantarlas? ¿A cuándo?

—A hoy mismo, si puede ser.

Se queda un momento pensativo. Eso quiere decir casi dos semanas de adelanto y cuadrar los turnos con el resto del departamento; a lo peor, tener que cubrir él mismo algún hueco en las fechas. Tarda medio minuto en procesarlo, pero acaba por resignarse a mi deserción.

—Si de verdad lo necesitas…

—Tengo que organizar un montón de cuestiones —le explico—. Buscar un abogado y un lugar donde plantar la tienda. Ahora estoy en un apartotel, que me puede valer para el verano, pero si es posible quisiera empezar en septiembre ya instalada, y en estas fechas todo el mundo está buscando y todos los arrendadores inflando los precios. Y no sólo es eso: estoy bien, dentro de lo que cabe, pero también necesito poner un poco de orden en mi cabeza y volver a encajar algunas piezas. Me temo que voy a ser una gestora bastante mejorable, mientras tenga esa tarea pendiente. Sabes que si no lo necesitara no te lo pediría.

Diego resopla, pero no opone resistencia.

—Lo sé. Y tú sabes que en este departamento, al menos mientras yo esté al frente y no me echen, las personas van primero. Así que me toca ser coherente, aunque me venga mal. Lo único que te pido es que no me salgas de estampida sin pasarles los trastos a Ernesto y a Eva. Los repartes entre ellos como te pa-

rezca, pero que quede todo cubierto y que ellos sepan lo que tienen y no tienen que hacer en tu ausencia.

—Por descontado —asiento—. Y no temas, que no voy a perderme ni a apagar el teléfono. Me quedo a tiro de los dos, por si acaso.

Menea la cabeza.

—Piérdete lo que necesites perderte. Apaga el teléfono, si te hace falta. Yo no voy a marcar tu número hasta que no me digas que estás de nuevo a punto. Aprovecha el tiempo y ponlo todo en orden.

—Me quedo a tiro, de todos modos.

—Tú verás. Te espero de vuelta. Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

—Visto entonces. Vete. Yo me ocupo de arreglarlo con recursos humanos.

—Gracias, jefe, no te merezco.

—Ya harás otro día por merecerme. Suerte.

Rodeo la mesa, le abrazo y le planto un beso en cada mejilla. No es quizá una buena idea, ni por mi parte tomar la iniciativa ni por la suya dejarse hacer, pero hay una razón poderosa que nos empuja a ambos a permitírnoslo. Y es que los humanos necesitan intercambiar calor, con los pocos de entre los restantes humanos en los que logran confiar.

Ernesto y Eva me miran con cara de circunstancias. Es comprensible. Les acabo de explicar que de acuerdo con el jefe adelanto las vacaciones por motivos personales. Los dos se han quedado como esperando que les diera más información. A Ernesto lo conozco desde hace seis años, a Eva desde hace sólo tres. Pero la variable en estos casos, o mejor dicho en esta particular y personal circunstancia mía, no es el tiempo, sino la profundidad y la calidad del conocimiento recíproco. Los aprecio a los dos, y con ambos, más con Eva que con Ernesto, he construido una relación no exenta de algún recoveco afectivo, más allá de la pura y simple vinculación laboral. Ni con uno ni con otra, sin embargo, he ido más allá de una camaradería somera, que difícilmente superaría la prueba de calar en mayores honduras. Antes o después tendré que decirles que me divorcio, o que me he divorciado. No tengo por qué enseñarles ahora la herida palpitante de estar divorciándome.

Les traspaso los expedientes, las citas, las responsabilidades varias en las que tendrán que reemplazarme. Diría que a Ernesto le fastidia un poco, y no puedo dejar de comprenderlo: nuestra categoría profesional es similar, y lo que le entrego no hace más que complicarle el mes de julio, sin traerle el menor beneficio. Eva se hace cargo de todo de mejor gana: está por debajo de ambos en el escalafón y para ella es una oportunidad; como cuando la primera actriz cae enferma o afónica y su lugar lo ocupa la suplente, siempre con el secreto deseo de desplazarla de forma duradera sobre las tablas. No siento estar corriendo ese riesgo, aunque nunca se sabe, en el espacio líquido e incierto de la empresa del siglo XXI, donde todo, desde el nombre o el logo hasta el equipo directivo o el control del capital, está siempre expuesto al cambio y resulta por ello esencialmente transitorio. Tampoco voy a perder el sueño temiendo que la buena de Eva se gane a Diego hasta el punto de hacerle concebir la posibilidad de apartarme en todo o en parte de mis actuales atribuciones. Creo conocerlos a ambos lo bastante como para calcular que eso no va a ocurrir; y si ocurriera, ya me buscaría la forma de recolocarme. Pertenezco a una generación que, fuera del estamento funcionarial, ya no puede contar con el viejo empleo fijo: todos, en mayor o menor medida,

estamos condenados a ser recursos humanos de desecho en cuanto nos caigan encima los cincuenta. Hasta ese día, siendo un poco espabilada y no relajándote de más, es más o menos factible resistir. A partir de ahí, será de todos modos lo que Dios quiera, por lo que no tiene ningún sentido obsesionarse con estar a salvo.

—Si os surge cualquier problema, tenéis mi número —les digo—. Marcadlo sin reparo. Y si no os lo cojo, dejadme un mensaje.

A Ernesto no le sienta bien.

—¿No te fías de nosotros? —me pregunta.

—Claro que me fío. Es sólo por si una llamada puede acelerar la solución. No voy a estar ilocalizable, por eso me ofrezco. Para que no os lleve una hora lo que con una llamada os pueda llevar un minuto.

—Yo así lo he entendido —tercia Eva, conciliadora.

—Siento de verdad aumentaros la carga de trabajo —le digo.

—No pasa nada. Que lo que sea se arregle pronto.

—Eso es, vete tranquila y tampoco sufras demasiado por nosotros —dice Ernesto—. Ya te tocará a ti en agosto comerte lo nuestro.

No lo recalca con maldad: me aprecia, más allá de la contrariedad que le pueda producir ahora tener

que asumir una parte de mis tareas. Ahora recuerdo, no sé por qué, cuando le hice con Diego la entrevista para contratarlo. Era, a mi juicio, el más despierto de la media docena de candidatos a los que examinamos, pero no fue eso lo que inclinó la elección en su favor. Me viene a la memoria lo que comentó Diego, cuando nos quedamos solos, una vez terminada la entrevista.

—Es un tipo diáfano. Se le ve lo que piensa.

En aquel momento me permití dudar que eso fuera siempre bueno.

—Puede causarle y también causarnos algún contratiempo, en eso te doy la razón —dijo mi jefe—, pero mucho peor es no ver venir a quien trabaja contigo. Esos son los que en un mal apuro te hunden.

Por eso encajo sin enfadarme las palabras de Ernesto.

—Así es —le digo—. En agosto me tocará todo a mí, para expiar esto que os hago ahora. Incluidas esas crisis estupendas que estallan cuando ninguno de los que necesitas está para coger el teléfono.

—Por ejemplo —asiente, con mirada perversa.

—Ya me acordaré de ti cuando venga alguna —bromeo.

—Mi teléfono siempre estará disponible para ti.

—Gracias. De verdad.

Por un momento temo haber sonado irónica. Por si acaso, le pongo un poco más de énfasis, para que le llegue bien, y no sólo a él.

—Por todo. A los dos.

Eva deja caer los ojos y me pasa la mano por el hombro.

—Que salga todo bien.

—Todo sale bien siempre, al final. Salvo cuando no hay salida.

—Y entonces no hay que preocuparse —apostilla Ernesto.

—Exactamente. Voy a recoger. Sed buenos.

Y me vuelvo a mi despacho, que no es muy grande pero tiene una puerta que estoy autorizada a cerrar en caso de necesidad. Lo necesito para echar una última ojeada al correo electrónico, redirigir un par de mensajes y activar el buzón automático que avise a futuros remitentes de mi ausencia y les sugiera contactar con Eva y con Ernesto si es urgente. Pero sobre todo, para responder, sin extenderme de más pero también sin dejar ningún cabo suelto, al mensaje que por ese medio me ha enviado Elena. Leerlo, a primera hora de la mañana, me ha causado a la vez tristeza y alivio. Tristeza porque mientras lo leía me he acordado de cómo y cuándo nos conocimos, de los días en que ella era para mí una promesa inex-

plorada, en vez de una obligación onerosa, y yo para ella un estímulo positivo y vivificante, en lugar de un descalabro y una pila de escombros emocionales que ahora le toca recoger. Alivio porque su mensaje, frío, meticuloso y sólo ligeramente hostil, me sirve para ver que ha entendido dónde estamos y para abrigar alguna esperanza de poder liquidar nuestra sociedad sin dañarnos más de lo inevitable.

Entre otras cosas, plantea que sea yo quien me presente un día en la casa, cuando me venga mejor, y me lleve todo lo que considere mío. Asegura que no va a disputarme ni discutirme nada, y que ante la duda me sienta libre para retirar lo que sea. Pero que no me eternice en el proceso, y que lo haga si puede ser de una vez, para que ella se sienta libre de limpiar después lo que ya no necesite. Para poner cuanto antes otra vez el contador de su vida a cero, aclara. También me pregunta si quiero que pongamos inmediatamente a la venta la casa, y que ella se busque también un sitio donde vivir para facilitar el proceso. Tengo que pensar cómo le digo que no tiene que precipitarse, que puede quedarse mientras quiera, que ya asumo yo el quebranto de mudarme, entre otras cosas, para que eso no sea un apremio para ella. Elena tiene su orgullo, y no quiero que tome por piedad lo que para mí es sólo justicia.

Escribo y reescribo el mensaje de respuesta veinte veces. Consigo dejarlo en quince líneas. No son cálidas, pero creo que tampoco son ásperas, amargas o insensibles. Intento hacerle llegar mi respeto, algo de gratitud y, lo que es más difícil, mi solidaridad por un dolor que le causa mi sola decisión y que quiero esforzarme por no acrecentar, así como por hacer más llevaderos todos los tragos desagradables que ahora aguardan. Le propongo que busquemos a un abogado de común acuerdo para que haga de mediador en el divorcio, pero lo hago con exquisita prudencia y dando por hecho que necesitará asesorarse por su cuenta, para saber si es lo que más le conviene. Es penoso, incluso un poco sórdido, que el amor, la vida y las ilusiones compartidas se zanjen en estos términos, burocráticos y patrimoniales. Que todo lo que quede de la pasión, cuando la pasión ya no está, sean papeles de notarios y de jueces que sólo resuelven el destino de las cosas, muebles e inmuebles, mientras nadie se ocupa de encauzar la zozobra de las personas. Y es aún más penoso cuando eres tú quien lo ha desencadenado todo.

Al final lo envío, y es lo último que hago con mi ordenador antes de cerrar todas las aplicaciones y apagarlo. A continuación, me quedo un rato mirando por mi única ventana. No ofrece una vista tan privi-

legiada ni tan amplia como las tres que tiene el despacho de Diego, pero no está nada mal; todos los que trabajan en la pradera interior del edificio me la envidian y estarían encantados de disfrutarla por mí. Veo los tejados de Madrid que se recortan en mi recuadro acristalado, los coches y los autobuses que circulan por calles y avenidas, y tengo de pronto una extraña sensación, la de estar despidiéndome de esa vista, de esta vida y de la mujer que he venido siendo, un poco al descuido y a trompicones, en los últimos años y hasta el día de hoy. Es una sensación inquietante, que va más allá de lo que sé y de lo que creo sentir, y que se impone, con una contundencia irracional, a los planes que todavía no he hecho. Es como si las cosas se me estuvieran yendo poco a poco de las manos, y lo desconcertante del caso es que no siento la necesidad de sujetarlas, de tener una estrategia, de reclamar mis derechos sobre ellas.

Es en ese momento cuando recupero mi teléfono móvil y releo el único wasap que Milena me ha enviado esta mañana, a muy primera hora. Las 6:59 a.m., según indica el registro de la aplicación. *Estoy aquí. Esperando. Lo que haga falta*. No ha insistido, aunque ya son las once y he incumplido, casi bajo cualquier criterio, mi compromiso de ponerme en contacto con ella sin demasiada tardanza. Tengo que

reconocerme, y me reconozco, que me resulta algo violento llamarla o escribirle. Que me da incluso vergüenza adjudicarle un papel en este día de abandono y renuncia y en el desmoronamiento de mi último arreglo vital, del que su presencia y lo que me inspira no es sino uno de tantos síntomas. Quizá la vergüenza no sea sólo ante mí, también ante ella. No puedo darle la sensación de que he dejado a mi mujer para irme con una chica a la que acabo de conocer y con la que me he acostado una vez. Necesito hacerle ver que he dejado a mi mujer porque de pronto se ha vuelto posible lo que antes no podía ser ni ocurrir, lo que con su imposibilidad y su improcedencia justificaba mi compromiso. No quiero generarle una falsa impresión. Dudo mucho que esté enamorada de Milena, dudo que esté en condiciones de enamorarme de nadie, en realidad. Sencillamente comprendo que necesito estar con ella, y eso provoca que ya no pueda seguir con alguien para quien eso es inadmisible. Y explicarle esto a otra persona, dárselo sólo a entender, es una tarea demasiado farragosa que en este instante no tengo la mejor disposición para afrontar.

En todo caso, le dije que me pondría en contacto con ella y que no me demoraría más de la cuenta. He dado mi palabra, y la palabra dada es el mejor asidero para quienes tenemos más facilidad para saber

lo que no queremos que lo que queremos. Escribirle un mensaje, después de tanta espera, me parece poco elegante. Así que marco su número, arriesgándome a que no lo pueda coger. Lo hace al momento.

—Por fin —responde.

—Lo siento, tenía que encajar varias cosas en el trabajo.

—¿Estás en el trabajo?

—Saliendo. He adelantado mis vacaciones.

—Estupendo. ¿Dónde nos vemos?

Entonces entiendo que no voy a tener que explicarle nada. Que lo único que tengo que hacer es pensar dónde me encuentro con ella.

Miro a Milena, desnuda, agotada y sudorosa sobre la cama revuelta en la que acabamos de compartir una sesión de sexo urgente y salvaje. No puedo evitar fijarme en su rostro aún contraído por los espasmos del placer, en sus pechos pequeños que me apuntan, me incitan, me dan pie a seguir cayendo por esta ladera sin fin en la que ahora vivo. Estamos en el apartotel en el que me he procurado mi refugio, al que ha insistido que viniéramos desde el momento en que la he recogido, en la plaza de Neptuno, y donde, aprovechando mi debilidad, ha empezado a quitarse y a quitarme la ropa antes de darme tiempo a cerrar la puerta.

—Me estás convirtiendo en una cerda —le digo.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos posibles.

—Concreta.

—Cómo puede ser que te vea ahí y tenga ganas de más.

Sonríe de oreja a oreja.

—Me encanta que seas así de cerda conmigo,

porque yo me siento igual contigo. Es bonito poder ser así de cerda con alguien.

—Supongo que habría diversidad de opiniones, a ese respecto.

—¿Y en qué otros sentidos hago de ti una cerda?

—No es muy difícil de deducir.

—Anda, no me hagas trabajar ahora.

—Abandoné anoche a mi mujer. No hace ni dos horas le estaba escribiendo para ir arreglando los pormenores del divorcio.

—¿Y?

—No sé, quizá debería respetar alguna clase de duelo.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—La vida no hace duelo, eso es una obligación tonta que nos pone la mala conciencia, pero la vida no tiene conciencia. La vida es y estalla y no puede parar de ser ni de estallar, porque si se para te vas al reino de los minerales, donde ya no hay ni duelo ni alegría ni nada.

—Es que me doy cuenta de que ni siquiera he tratado de consolarla.

—No eres tú quien puede hacerlo ahora —sentencia.

—Ya lo sé —admito—. Pero eso no significa

necesariamente que no deba intentarlo de ninguna forma.

—Anda, deja de preocuparte tanto por lo que debes o no debes hacer, estás de vacaciones. Date una tregua en tus compromisos.

—Y sin embargo, aquí estoy, comprometiéndome.

—¿Conmigo?

—En cierto modo.

Sacude la cabeza, aprieta y adelanta un poco los labios.

—Conmigo no tienes más compromiso que el que quieras tener.

—Si dejas que otra persona se vaya haciendo un hueco en tus días, el compromiso, de una manera u otra, acaba apareciendo.

—No conmigo. Yo no obligo a nadie a nada que no quiera.

—No sé si alguien que nos viera desde fuera lo vería así. Creo que le parecería que esto que estamos haciendo nos compromete. A ambas.

—¿Por los dieciocho años de diferencia? —aventura.

—En parte —asiento—, aunque yo no creo que eso me coloque en una situación de superioridad sobre ti. Si lo miras, es más bien al revés, salvo que la persona más joven sea inmadura o no tenga cabeza,

que no parece tu caso y que muy bien puede predicarse de alguien de mi edad. Tú vas a poder acordarte de mí dentro de muchos años y tenerme, en la distancia de tu madurez, la lástima que yo nunca podré tenerte a ti.

—¿Por qué piensas esas cosas tan raras?

—No son tan raras. Hace unas semanas leí un libro sobre filósofos, por retomar el contacto con el pensamiento, supongo. Entre otros, hablaba de Heidegger, y recogía el comentario que sobre él hizo a la vuelta de los años Hannah Arendt, que había sido su discípula y su amante de joven. Decía que Heidegger no tenía ni mal ni buen carácter, sencillamente no tenía ninguno. Por eso pudo seguir de catedrático con los nazis, y después, cuando los nazis perdieron la guerra. No sé a ti, pero a mí eso me parece el colmo de la lástima por otro. Heidegger podía ser el campeón de la metafísica y del nadar y guardar la ropa, pero en el recuerdo de su amante queda sólo como un pobre hombre.

Milena frunce el ceño.

—¿Crees que yo te veré así, como una pobre mujer?

—Es muy probable, si no se me ocurre algo para impedirlo.

—Y si así fuera, ¿qué importaría? ¿Qué importa

lo que yo o lo que cualquier otro piense de ti dentro de veinte o treinta años?

—También es verdad.

—Ahora comprendo por qué te hiciste filósofa. Piensas demasiado.

—No me atreví a hacerme filósofa del todo. Me quedé a medias.

—Por lo que se ve, hiciste buena parte del camino.

—No es tan malo, pararse a pensar de vez en cuando. Con tu edad, o mejor dicho cuando era todavía más joven, lo hacía todo el tiempo. Y quizá buena parte de mis problemas posteriores vengan de haber dejado de hacerlo. Pensar no sólo te atormenta. También te ilumina.

—No digo que no.

—Me acabo de acordar de algo. Me lo has traído a la cabeza cuando has dicho eso de la conciencia que la vida no tiene y nosotros sí.

—Cuéntame.

—¿Has leído a Dostoievski?

—No. Fui a ver un montaje de *Los hermanos Karamázov* en el Centro Dramático Nacional. Una amiga curraba en él y me pasó entradas.

—¿Y qué te pareció?

—Un plomo. Demasiado tremebundo. Demasiado largo.

—Te recomiendo otro libro, mucho más corto. *Apuntes del subsuelo*.

—Suena de lo más optimista.

—Te reirás, pero cuando yo tenía veinte años no paraba de releerlo y subrayarlo. Tiene una frase demoledora sobre la conciencia.

—Vamos, suéltala, anda.

—En realidad es una pregunta: *¿Acaso puede sentir algún respeto por sí mismo un hombre consciente?* Diría que vale igual para una mujer.

—Con semejantes lecturas, no me extraña que te tortures con el deber, la culpa, el compromiso, la lástima y todo lo demás.

—No me torturo. Sólo me parece que tiene sentido y que es un pensamiento liberador, a fin de cuentas. Si sólo pueden respetarse a sí mismos los inconscientes, se puede vivir con el propio descontento.

—Es una forma algo retorcida de sentirse a gusto. Otra posibilidad es probar a estar un poco más contenta con lo que eres.

Al oírla decir eso, no puedo evitar que se me escape un suspiro.

—Aquí sí que la edad, para mi mal, me da una perspectiva que tú no tienes. Cada día que pasa es

más difícil contentarse con lo que eres. Con lo que has hecho y, sobre todo, con lo que no has hecho. Quizá por eso el propio Dostoievski, en ese mismo libro, escribió una frase aún más terrible: *Vivir más de cuarenta años es indecente, vulgar e inmoral*.

Milena menea lentamente la cabeza. Sigue desnuda, impúdica, sin cubrirse y sin alterarse por nada de lo que le digo. Yo he necesitado ponerme la sábana por encima, una precaución que en comparación con su total desparpajo me hace sentir envarada, fuera de sitio, mayor.

—Está claro que la alegría de la huerta no era —opina.

—Ni lo pretendía.

—¿Lo crees de verdad?

—El qué.

—Que vivir más de cuarenta es una vulgaridad.

—En cierto modo, sí. El arte, la literatura y cualquier expresión que lo sea, funciona por acercamiento al límite. Formula de manera extrema y condensada nuestra verdad más profunda, aunque fuera del arte nos busquemos soluciones para moderarla y hacerla más soportable.

—¿Debo entender entonces que me atrae lo vulgar?

—Si caes a menudo en situaciones como esta, tal vez.

—No es la primera vez que estoy con alguien de más de cuarenta. Ni siquiera eres la persona de más edad con la que me he acostado.

—Te voy a pedir un favor —la interrumpo.

—Dime.

—No hablemos nunca de los que estuvieron antes, ni para ti ni para mí. No quiero saberlo, no busco entrometerme en tus recuerdos de otras personas ni quiero compartir los míos. Estemos tú y yo solas, el tiempo que estemos, sin ecos de lo que tuvimos o no tuvimos antes.

Me sonríe con aire dócil.

—Claro, como prefieras. Tampoco tengo necesidad de recordar a nadie. Lo que sí tengo es una curiosidad, hablando de tu Dostoievski.

—No es mío, tan sólo acabo de citarlo.

—¿Vivió más de cuarenta años, por un casual?

—Veinte años más, nada menos.

—No parece un ejemplo de coherencia, entonces.

—En el libro su personaje no dice que él no vaya a vivirlos, al revés: dice que ya los tiene y que espera incluso llegar a los setenta u ochenta, porque como todo el que pasa de cuarenta años es un tonto y un

ruin, y por eso se las puede arreglar para seguir durando sin pena ni gloria.

—¿Así es como te ves tú?

—A veces. Y así es como creo, con Dostoievski, que tiene que verse, si tiene un cierto camino a las espaldas, cualquiera que haya hecho un mínimo esfuerzo por conocer la vida y por conocerse a sí mismo.

—Yo no me veo así.

—Te falta el camino a las espaldas.

—Tampoco te veo así a ti.

—No me conoces lo suficiente.

—Te conozco en dimensiones en las que no creo que te conozca mucha gente, en las que a lo mejor ni siquiera tú misma te conoces.

—¿Eso es lo que crees? —pongo a prueba su seguridad.

—Lo sé. Esto que acabamos de hacer cuenta mucho de alguien.

—No te digo que no, pero también hay teatro, aquí y en todos los órdenes de la vida, y con el tiempo se perfecciona la interpretación.

—¿Acaso has interpretado un papel conmigo?

—Adrede no, pero nunca se puede evitar del todo.

—Ni lo creo ni lo siento así.

—Las creencias y los sentimientos se equivocan, a veces.

—Y el pensamiento. Y Dostoievski seguro que también.

—Seguro. No tuvo lo que se dice una buena vida.

—A lo mejor sólo acierta la gente sin carácter, como ese…

—Heidegger. Eso también lo sospechó Dostoievski. Lo escribió casi con esas mismas palabras. Apuesto que Heidegger, que duró noventa años, no se sintió nunca tonto ni ruin, ni mucho menos vulgar.

—No me irás a decir que le envidias.

—No. Ni siquiera sus ideas, aunque fueran brillantes.

—Me parece que ni tú ni yo vamos a vivir noventa años —augura.

—Nunca se sabe.

—Por si acaso, no me quiero quedar con las ganas.

—De qué.

—De volver a comerte.

Va a volver a hacerlo. Y yo voy a volver a dejarme. Porque soy una indecente y una inmoral y mi vulgaridad, ahora mismo, no tiene límite.

No hay nada como el cielo del anochecer en Madrid. Los que hemos nacido aquí, que corremos el riesgo de darlo por hecho y hasta de dejar de percibirlo, tenemos que recordárnoslo de vez en cuando. Es quizá por eso, aun sin premeditarlo, por lo que le he propuesto a Milena venir a cenar aquí, al cielo de mi ciudad, que desde que decidió mudarse a ella es también la suya. No es una opción de singular excelencia culinaria, pero tiene la ventaja de ser un lugar tranquilo y apartado. Otras terrazas de Madrid están arruinadas por la aglomeración de gente, la música mucho más alta de lo soportable y los ligones desesperados. En cambio, en esta del hotel Urban, en la carrera de San Jerónimo, apenas tenemos esta noche a la vista media docena de personas, y las mesas proporcionan una grata sensación de intimidad y aislamiento del resto. La música suena a un volumen discreto y se percibe al fondo el ruido de la noche y de la ciudad, una música que aventaja a todos los éxitos del momento.

Milena, que no tiene la costumbre, no deja de apreciar la belleza del escenario, que se convierte por contagio en la belleza del instante.

—Cómo me gusta esta ciudad —exclama.

—¿No echas de menos la tuya? —le pregunto.

—Claro, a veces, sobre todo el mar, pero tampoco tantas.

—Siempre pensé que a los que os habéis criado con el mar al lado la meseta tiene que resultaros dura. Una especie de encierro.

—En algún momento sí, pero a todo te acostumbras. Y Madrid no tiene mar, pero tiene este cielo, y todo lo que cabe debajo, que además está vivo a cualquier hora. En mi ciudad bajan las persianas cuando cae la luz y lo que queda por las calles no siempre es recomendable.

—Tampoco aquí.

—Pero veo más vida normal por la noche.

—Eso va por rachas. Antes había más, y también ha habido menos. Hubo una época tremenda, tras el atentado del 2004. Un cementerio. Ibas a las diez a tomar algo por ahí y ya casi no quedaba nadie.

—Lo ha superado, en todo caso. A Barcelona le tocó hace dos años, con el atropello de las Ramblas, pero no cambió nada. La principal vida nocturna siguen siendo los guiris borrachos de los pisos turísticos.

—¿Vas mucho por allí?

—Lo menos posible. A veces tengo la sensación de que la ciudad en la que crecí ya no existe, que la han vaciado desde dentro y desde fuera. Desde fuera las bandas de turistas que la arrasan, y desde dentro los que la han convertido en un colgador para sus lazos amarillos.

—No quería sacar el tema —comento, prudente.

—¿Y eso?

—Nunca se sabe.

—Puedes saberlo sin problemas. Creo que muchos de mis paisanos se han vuelto locos, y como la locura se pega se la han pasado a muchos de los tuyos. Desde que empezó esta movida independentista de los que siempre han mangoneado en mi tierra el volumen de tonterías por metro cuadrado se ha disparado allí y aquí hasta extremos increíbles. Lo que oigo cuando voy allí y pongo la tele me parece flipante, pero lo que oigo aquí a veces en los bares no se queda atrás. No sé quién está más pirado, si quien quiere montarse una república en Disneylandia o el que pretende marcarse una Reconquista en la era de la globalización.

Aunque lo intento, creo que no logro encubrir mi alivio.

—No hacía falta, pero me alegra que estemos de acuerdo.

—Como bien dices, no es importante. La vida es eso que sucede mientras los bobos prestan atención al teatro de los listos que, da igual la bandera en la que se envuelvan, sólo tienen en mente cómo meterles mano en el bolsillo y en la cabeza a los bobos que los engordan.

—Bueno —objeto— quizá lo que haya que hacer con el teatro ese es no creérselo, pero dejar de prestar atención a los listos es darles vía libre para que sigan viviendo a costa de todos, bobos o no tanto.

—Puede ser —admite—. Yo intento votar. No siempre lo consigo.

—¿Y eso? ¿Sigues empadronada allí?

—No, allí pagas más impuestos, para *fer país*. Prefiero beneficiarme del paraíso fiscal madrileño, gracias a su gobierno neoliberal. Mira que si ahora no consiguen renovarlo y se me acaba el chollo…

—Lo conseguirán —la tranquilizo—. Les ayudarán los que suspiran por viajar en un coche oficial y esos de la Reconquista, por mucho que ahora se hagan los malotes. El bolsillo une más que el corazón.

—En fin, que no es por tener que votar por correo. Ha habido alguna vez que no lo he visto claro y me he quedado en casa. Yo salí a la plaza de Cataluña el 15-M, sin saber muy bien por qué, tenía diecisiete años y sobre todo lo que me apetecía era tocarle las

pelotas a mi padre; pero fuera lo que fuera aquello, no veo su legado por ningún sitio. Tampoco me tira votar por los de siempre, que ya sé de qué van.

—Yo también me acerqué a Sol un par de noches cuando el 15-M, por curiosidad o por algo más, tampoco lo tengo muy claro —evoco y le confieso—. No todo lo que vi allí me convencía, otras cosas me parecían de cajón, pero tampoco veo en nadie su legado hoy. Veo a políticos de aparato conspirando contra sus compañeros, soñando con ministerios o comprándose chalés de rico con piscina que piensan pagar con el sueldo vitalicio de diputado que parece que ya cuentan con haber conseguido. Como dice la canción aquella de Raimon, yo no soy de ese mundo.

—Yo sí, mi madre es medio rica por su casa y mi padre, que era más pobre, se lo ha montado al final, pero la deriva tampoco me mola.

—A lo mejor un día cambias de idea. Los orígenes tiran mucho.

—A lo mejor. Por el momento soy una autónoma en el alero, y mis padres son jóvenes y tienen buena salud y una mutua médica bien cara. La herencia tardará en llegarme, si no me desheredan antes.

—En España es muy difícil desheredar. Lo sé por un marido que tuve, que era abogado. Tendrías que intentar matarlos o algo.

—Tampoco llegaré a ese extremo, así que algo me caerá al final.

Milena levanta su copa y se queda mirando el paisaje. A un lado de la terraza, los tejados, muchos de ellos centenarios, del barrio de las Letras; al otro, los edificios singulares que marcan el perfil de la ciudad, como el palacio de Comunicaciones reconvertido en ayuntamiento o las torres de los Jerónimos. Toma un sorbo del vino blanco que las dos hemos pedido y al ver cómo lo bebe me siento transportada a un espacio de paz y equilibrio que se compadece poco con mi verdadera situación, la de una mujer de mediana edad en medio de una crisis vital y personal de tres pares de narices. Estar con ella es como una droga, y sé bien que del colocón de las drogas se despierta y lo que viene en ese momento suele ser peor que lo que empujó a tomarlas. Y sin embargo, decido seguir chutándome, para ver hasta dónde puedo llegar.

—Cuéntame de esa ciudad —le digo.

—Qué ciudad.

—Esa Barcelona en la que creciste, que decías antes. De la niña que eras allí. ¿Dónde naciste, en la propia capital?

—En pleno Eixample, donde he vivido siempre y donde siguen viviendo mis padres. En la calle Balmes, en la clínica del Pilar. Voy allí de vez en cuando,

me gusta mirar el edificio donde me dieron a luz. Sé que no tiene mayor importancia, que si mis padres no hubieran sido burgueses barceloneses con mutua privada habría nacido, qué sé yo, en el Vall d'Hebron, es decir, que no pasa de ser un accidente, pero me da una buena vibración volver al lugar donde sucedió ese primer golpe de azar de mi vida. ¿Conoces Barcelona? ¿Sabes dónde te digo?

—Conozco Barcelona, pero esa clínica no.

—Pues un día te llevo, también me gusta enseñarlo.

—¿Y luego?

—Lo previsible. Un buen colegio privado, a salvo de la inmersión lingüística, donde me enseñaron buen inglés y buen castellano, por eso no digo que *habían* unas cosas ni *explico* los cuentos o los chistes. Un ambiente pijo de Barcelona, que es más pijo que el de Madrid, o por lo menos me da que está más cerrado, aquí sois más promiscuos.

Asiento a su observación. Llevo casi media vida tratando con pijos madrileños sin serlo y nunca me han hecho sentir fuera de lugar. Tal vez finjan que te aceptan, pero han aprendido a hacerlo muy bien.

—No parece que estuvieras muy integrada.

—Eso dependía, de si quería parecerlo o no. En el colegio daba el pego de maravilla, todo el tiempo

notazas y felicitaciones a mis padres. Alguna amiga tuve, pero nunca me entendí mucho con ninguna, ni sigo ahora en contacto. Lo que más me gustaba era pasear sola por la ciudad, cuando empezaron a dejarme, aprenderme las calles y quedarme un buen rato en una de esas plazas con chaflanes, a observar a la gente que allí se cruza o se para. También solía ir al parque, el que tenía más cerca de casa, el Turó Parc, nada que ver con los de aquí, es diminuto y está acogotado entre los edificios, pero cuando yo era pequeña me parecía enorme, casi un mundo. Lo que me salvaron fueron los libros, aunque como solía ir a mi bola me leí muchas chorradas y me faltan algunas lecturas indispensables, lo reconozco. No sólo Dostoievski.

—No hay lecturas indispensables. O más bien todo lo indispensable, lo que de verdad lo es para ti, te acaba llegando, antes o después.

—Y luego, las películas —prosigue—. Cuando descubrí las películas supe por dónde iba a huir de allí, de mi entorno pijo, del pelmazo de mi padre y de su plan infalible para apresarme en su bufete. Me costó, no creas, me dijo que él no estaba dispuesto a financiar un capricho y aunque al final con el máster algo sí acabó ayudándome, presionado por mi madre, me tuve que buscar la vida yo sola desde muy pronto.

Y no me arrepiento. Tener que empezar a mantenerme antes de los veinte me quitó buena parte de la tontería de niña pija que traía de fábrica.

—¿Sólo una parte? —bromeo

—Algo quedará por ahí, pero intento tenerlo a raya.

—¿Y por qué las películas?

—Me da que tú prefieres los libros —apuesta.

—Sí, la verdad.

—A mí también me gustan los libros, y escribir. Las películas se escriben, antes de filmarlas, y esa parte es una de las más bonitas. Pero el cine tiene otra cosa, algo que está ahí, en una buena película, y que en un libro, incluso bueno, no está si no se lo pone el lector.

—¿Qué cosa es esa?

—Lo definió Tarkovski, el director ruso, ¿has visto alguna peli suya?

—Alguna, pero no es mi favorito, te confieso.

—Bueno, es una idea muy peculiar del cine la suya. Hay que entrar, si no, entiendo que te parezca un coñazo. Lo que él decía es que hacer cine es esculpir en el tiempo. Es ese tiempo que queda esculpido en la película lo que los libros no tienen. Sí la lectura, no los libros.

—Es una idea preciosa —le digo, mientras echo de menos que una cámara apuntada por un buen ojo estuviera esculpiendo en el tiempo, para el tiempo futuro, este instante que se me va entre los dedos.

—Desde luego. Y eso es lo que yo intento, cuando me dejan una cámara, aunque sea para hacer un anuncio de líquido desatascador. Levantar una escultura en el tiempo que a alguien le remueva, más allá incluso de lo que le estoy contando, que puede ser una poca mierda, la poca mierda que a veces tengo que contar para pagar el alquiler.

—¿Y consigues eso con el desatascador?

Se echa a reír.

—No voy a engañarte, conseguirlo con el desatascador es bastante jodido, la narrativa está demasiado predefinida, el tiempo es muy poco y el lenguaje visual que acepta el anunciante es más bien limitado.

—En todo caso, eres todavía muy joven. Debes de ser bastante buena, para que te dejen ya hacer de realizadora de publicidad.

Milena no trata de afectar modestia.

—La primera del máster, y antes premio extraordinario en el grado. Y currando por las noches, no como la mayoría de mis compañeros, que ahí estaban viviendo la vida a costa de la asignación de papá.

—Vaya, un cerebrín.

—¿Qué te creías, que era sólo un cuerpazo?

—Ni por un momento. De hecho, me gusta que no lo seas.

—Oye, ¿me estás llamando enana?

—Alta no eres, ni falta que hace. La altura está muy sobrevalorada.

—Y sin embargo, nos hemos venido aquí, a lo alto.

—Esto es distinto. Hemos venido a lo alto para sentirnos pequeñas. Para ver mejor que la ciudad es mucho más que nosotras.

—Me gusta esa idea.

—Y a mí. Ahora que todo el mundo tiene aires de grandeza, que quiere ser visto por cuanta más gente mejor, y que hemos inventado esa nueva medida del tamaño humano que son los *followers*, nada me parece más placentero y sublime que sentirte invisible, mínima, nadie.

—Estoy de acuerdo. Yo quiero hacer películas, quiero mirar y filmar lo que veo, pero no quiero ponerme en el escaparate. Ni alfombra roja ni premios ni récord de taquilla. A veces pienso que hay que hacer un cine que fracase, que no recaude, que no guste a nadie, para encontrar lo que de verdad busco. Lo malo es que ese cine no puede hacerse.

—Me estás dando envidia, de la mala.

—¿Por?

—Por atreverte a ser artista. Por pensar eso. Por sentirlo.

—No tiene mérito —argumenta—, tengo la red de la herencia del catedrático abogado, y la de mi madre, que es más tupida todavía.

—En serio. Así y todo. Yo renuncié. Pacté con los malos, con los que no ensanchan el mundo, sólo se limitan a sacarle réditos. No tenía tus facilidades ni tus salvaguardas para rebelarme, pero no creo, con la perspectiva de lo vivido, que eso sea una excusa suficiente.

—Puedes retomar ahora lo que dejaste.

—¿Volver a estudiar Filosofía, dices?

—¿Por qué no? Has ganado dinero, tendrás ahorros.

Echo cuentas.

—Si descuento la hipoteca a medias con mi ya exmujer, no tantos; si finalmente vendemos el piso y le saco un buen precio y me libro de ella, me daría para tirar unos cuantos años, podría planteármelo, sí.

—Pues hazlo.

—No sé si a estas alturas es ya una solución. He desperdiciado los mejores años. Años que se llevan trozos de ti y que no vuelven.

—Tu mejor año es este. Tus mejores trozos son los que quedan.

—No estoy yo muy segura.

—Cuéntame ahora tú, anda.

—Qué.

—De la ciudad en la que tú creciste. De la niña que fuiste aquí.

No puedo evitar reírme, con más amargura que ironía.

—Mi ciudad de niña no es esta que ahora ves, o lo es muy poco. Mi ciudad casi no se ve, porque nadie la mira, ni la ha mirado nunca.

—¿Y eso?

—Yo no vivía en el centro, aquí venía de tarde en tarde, en Navidad para ver las luces, o alguna vez de compras. Nací y vivía más allá del río, ahí donde Madrid pierde una buena parte de todo este hechizo.

—¿Dónde naciste, exactamente?

La pregunta me sacude de forma inesperada, porque sin quererlo Milena acaba de mover una de las paredes maestras de mi personalidad. Sin darse cuenta, lo que acaba de pedirme, con esa sonrisa de niña traviesa y despreocupada, es que le cuente toda mi vida y todo lo que soy, en su dimensión más profunda y a veces incomprensible para mí. No he nacido una sola vez, sino tres, que son las mismas que he esta-

do cerca de morir, y me parece que no puedo entrar en ese terreno esta noche, so pena de arruinarla, pero tampoco quiero escondérselo.

—¿Cuál de las veces? —termino por espetarle.

Se muestra sorprendida, como cabía imaginar.

—¿Acaso has nacido más de una vez?

—Tres. Que yo sepa.

—¿De verdad?

—Ya te lo contaré, otro día. La primera, la corriente, fue en un hospital, el Doce de Octubre, aunque entonces no se llamaba así.

—No he estado nunca, sólo lo he visto de lejos. Podrías llevarme.

—¿Para qué?

—Me gustaría ver dónde naciste.

—No es ninguna atracción turística, te advierto.

—Mejor.

—Si insistes…

—De hecho, aunque no quieras contármelo ahora, me gustaría ver también dónde naciste esas otras dos veces. ¿Fue en Madrid?

Recuerdo, sin querer recordarlo.

—Sí, en Madrid también, las dos. Tampoco son lugares que tengan una belleza particular. Es una idea un poco extraña, ¿no?

—Bueno, tú me has dado el pie.

—No sé, quizá sea dejarte entrar demasiado dentro de mi jardín.

—Mejor. Quiero entrar hasta el fondo de tu jardín.

—¿Y no crees que deberías pensártelo un poco?

—No.

—A lo mejor soy yo la que debería pensármelo.

—Tú y tu manía de pensar.

La veo ahí, recortada sobre el cielo de Madrid, y por momentos me parece que me marca el camino con un ímpetu excesivo, que no estoy resistiéndome lo que debería a este viaje a mis zonas escondidas que ella me propone y que no dejo de sentir la tentación de continuar.

—Esto se nos está empezando a ir de las manos —le digo.

—Me parece muy bien. Aprovechémoslo.

Admiro cómo lo hace. Cómo consigue no tener miedo del dolor que nos acecha, siempre y en cada momento, tras la dulzura de la vida.

Suena el despertador en la habitación que todavía tardo un tiempo en recordar que ya no es donde solía despertarme hasta hace nada. No estoy en mi casa de los últimos años ni Elena ha dormido a mi lado; una noche más, he dormido sola y el espacio que me saluda no lo ha decorado ella con todo su amor, sino un mercenario al que los dueños del apartotel pagaron por su cometido. Hace ya tres días que no veo a Milena, en parte por su trabajo —se ha pasado dos de ellos rodando anuncios— y en parte porque yo misma he querido aprovechar para poner un poco de distancia entre ambas, para tratar de detener o al menos ralentizar un poco la bola de nieve en la que se había convertido nuestra relación. Me han venido bien para pensar, para ir arreglando algunos asuntos, incluso he aprovechado para adelantar el indeseado pero ineludible trámite de sacar mis cosas de mi antiguo domicilio conyugal. Avisé a Elena la víspera y aproveché el tiempo que ella está en la oficina. En otra época, me habría agobiado la perspectiva de tener que reti-

rar más cosas de las que tengo fuerzas para embalar y acarrear y espacio para guardar y recoger, en mi guarida provisional y mi nueva existencia nómada. La experiencia es un grado y lo solventé con dos llamadas telefónicas: a una empresa de mudanzas y a un guardamuebles donde he metido todo lo que no puedo tener ahora conmigo.

Vuelvo la mirada hacia la mesa y veo apilado sobre ella el resto: los libros que considero más o menos imprescindibles, las cuatro o cinco carpetas con los documentos importantes, mi ordenador portátil y muy poco más. Todo puedo llevarlo en una maleta, que sumada a las dos en las que me cabe mi ropa veraniega completará mi impedimenta en el próximo traslado. Cuando llegue el frío, si no he encontrado todavía donde instalarme de manera permanente, me iré al guardamuebles a recoger la de invierno, y lo mismo haré si me acuerdo de pronto de algún libro que necesito leer, o mejor releer, para poder recordar lo que en su día me dio por subrayar. Las cajas donde guardo las películas y los cedés no necesitaré abrirlas hasta que vuelva a tener una casa, si vuelvo a tenerla. Ahora todo el cine y toda la música es accesible a través de Internet. Es mucho más fácil ser una desahuciada, ya puedo celebrarlo, en esta segunda década del siglo XXI en la que me toca esa suerte.

Hoy es sábado y estoy de vacaciones, en rigor no tengo ninguna razón para madrugar. Me he impuesto sin embargo no quedarme en la cama ningún día más allá de las ocho, ocupar la mañana en hacer todas las gestiones que pueda y cuando no haya o no tenga posibilidad de hacerlas, como hoy, cualquier cosa postergada y constructiva que se me ocurra. He ido a la peluquería, al dentista y a la ginecóloga, que me ha echado la bronca correspondiente, encajada con la mansedumbre que me toca por mi negligencia contraria a mi propia salud. He ido al cine a ver un par de películas que no me han gustado, pero me han distraído, incluso me he acercado al Thyssen y al Prado y he recordado lo buenos que son Ribera y Caravaggio, he visto montones increíbles de pinturas de Fra Angélico y de propina un minúsculo y exquisito Vermeer.

Hoy había pensado pasear por la mañana por los lugares de Madrid que más me gustan, refugiarme a mediodía del calor en algún centro comercial de las afueras —lugares impersonales, bien climatizados, donde siempre se encuentra un sitio para comer a precio asequible una comida igualmente impersonal y en absoluto memorable— y por la tarde buscar en la cartelera otra película que me defraudará, para terminar dándome por la noche una vuelta en el coche

por las calles de la ciudad. Me gusta hacerlo en verano, con las ventanillas bajadas, con alguna música que me guste de fondo, teniendo siempre cuidado de no ponerla tan alta como para exhibirla y molestar con ella al prójimo. Es mejor en agosto, cuando hay todavía menos coches en las calles y me pesa menos la conciencia de estar contaminando el aire de mis vecinos, pero en julio también me resulta placentero y me pone de buen humor, o cuando menos me proporciona una paz gratificante. Hay algo en ese ejercicio de conducir de noche por una ciudad, aunque no sea solidario ni sostenible, que conecta a quien vive en ella, o a quien sólo la visita, con sus calles y su alma de una manera especialmente intensa. Quizá sea porque vivimos en ciudades diseñadas y hechas para los coches —al menos en sus espacios más modernos y señoriales, no es desde luego el caso del viejo Madrid de los Austrias— que sólo en ellos, y desde ellos, alcanzan el apogeo de su carácter y su más completa expresión.

Me desperezo con la noticia en la radio de que un juez ha revertido la moratoria en las multas en la zona de tráfico restringido, decretada por el nuevo alcalde, y que desde el lunes volverán a sancionar a los que circulen por la almendra central sin el distintivo autorizado. Si quiero recorrerme la Gran Vía tendré

que aprovechar esta noche, pienso, mientras celebro que por una vez el oportunismo y la insensatez de un político reciban respuesta inmediata, en lugar del reproche tardío e inútil de una sentencia que le cae cuando el daño ya lleva años causado. Noticias como esta, lo admito, ponen a prueba mi convicción de que nada tiene remedio, pero no lo hacen con la frecuencia necesaria como para que esa convicción termine de abandonarme. Tiendo a pensar que el correctivo sólo es posible en casos demasiado obvios, como el de esta decisión gratuita y atolondrada, y que a la postre sólo actúa, cuando se produce, fuera del núcleo de los intereses realmente protegidos.

Me lavo y me visto y sólo cuando voy a salir echo por primera vez un vistazo al teléfono que dejé anoche silenciado y cargando sobre la mesita al lado de la cama. Es entonces cuando me doy cuenta de que tengo varios mensajes y diez llamadas perdidas de Milena. Antes de irme a dormir nos cruzamos varios mensajes por WhatsApp. Había salido de cena y de fiesta con la gente del equipo y quedamos en hablar a lo largo del día de hoy, sin prisa; pensando, tanto ella como yo, que se acostaría tarde y no se levantaría pronto. Por un momento me alarmo, pero cuando leo los mensajes, enviados entre las dos y las tres y a partir de las ocho, deduzco que no ha pasado nada

malo, que sólo se fue a dormir antes de lo previsto y ha amanecido antes y quiere hablar.

Por primera vez, siento su presencia como una imposición, cuando me veo sopesando si llamarla y exponerme a tener que deshacer el plan solitario que acabo de trazarme y que, sin ser espectacular, me resulta grato y prometedor, además de que me parece el más adecuado a mi situación de mujer recién separada y en trance de reconstruirse. No es que no me apetezca verla, o hacer otras cosas con ella, pero me había hecho a la idea de pasar el sábado sola y me temo que llamarla me conduzca a verme en el dilema de desairarla o tener que aceptar una alternativa que no es la que me dicta hoy mi voluntad. Bajo a la cafetería cercana al apartotel que se ha convertido en escenario de mis desayunos y sólo cuando me he tomado el primer café y enviado algo de alimento a mi estómago tomo el teléfono y marco sin apresurarme demasiado su número, que me he aprendido de memoria y por alguna extraña razón —o prevención— no he añadido todavía a mi lista de contactos.

—¿Dónde estabas? —pregunta, a modo de saludo.

—Duchándome. Vistiéndome. Desayunando. Y el teléfono, desde anoche cuando nos despedimos y hasta hace un minuto, en el bolso, silenciado —mien-

to—. Perdona, creí que estarías dormida todavía.

—Ah, perdona tú.

—Qué pasó, ¿se os rompió la noche? —bromeo.

—Bueno, no estuvo muy armada en ningún momento.

—Creí que te caía bien la gente del equipo.

—Sí, son majos, en general. Pero lo que me apetecía anoche no era el plan de coleguitas enrollados que suele haber en estas cenas.

—¿Ah, no?

—Te echaba de menos, todo el tiempo.

—Bueno, eso es halagador.

—¿Te parece raro? Hace días que no nos vemos.

—Tres —recuerdo.

—Tres y medio, casi.

—Tienes razón.

—No sé, me da la sensación de que me evitas.

—No, ya te dije, sólo necesitaba…

—No hace falta que me evites —me interrumpe—. Si no te apetece que nos veamos, por lo que sea, puedes decírmelo claramente. Esperaré a que te apetezca, y si no te apetece más, está bien, lo asumiré.

—Claro que me apetece volver a verte.

—¿De verdad?

—De verdad. Si no, no te lo diría.

—¿No piensas a veces que te has metido en

un lío? Enredándote conmigo, quiero decir. Con una puta cría, un poco chiflada.

Me gusta cuando es así: cruda, valiente. No puedo fallarle, tirando de evasivas o echando balones fuera como una vil cobarde.

—A veces, claro que sí. Pero luego se me pasa. Por ahora.

—Dime la verdad, te llamo porque tengo muchas ganas de verte, porque iría ahora mismo ahí y ya sabes lo que haría, o si no lo sabes no tengo ningún inconveniente en contártelo con todo detalle…

—No, no hace falta.

—Pues eso, que me he despertado fatal, pero lo que quiero es que me digas la verdad, si quieres que vaya o prefieres que espere.

—¿La verdad?

—La verdad.

Comprendo que no tengo alternativa.

—No te lo tomes a mal, pero había pensado en hacer unas cuantas cosas que necesito hacer sola. Creo que me hace falta el día de hoy para acabar de poner algunas emociones y algunas ideas en su sitio.

—Está bien, no te preocupes.

Suena sorprendentemente tranquila y templada.

—¿Seguro?

—Seguro. No te preocupes por mí, me arregla-

ré. Lo importante es que tu te sientas bien, la próxima vez que estés conmigo. No quiero forzar nada, cuando fuerzas algo con alguien todo sale como el culo.

—Gracias por la comprensión.

—No es comprensión, es lo que hay. Quiero que esto no se joda.

—Si te parece, te llamo esta noche. Y mañana ya vemos.

—No, esta noche mejor no —aquí viene, afilada, la represalia—. Ya te pongo yo un mensaje. Saldré por ahí, para no pensar mucho.

No puedo evitar una sospecha. No sé callármela.

—¿Con quien me imagino? ¿Por eso no quieres que llame?

—Con quien esté a tiro. Llevo varios días dándole largas. Lo mismo dejo que me entretenga un poco. Por suerte, habla todo el tiempo.

—De sí mismo, principalmente.

—Es un tema muy gracioso. Aunque él no lo sepa.

—Ten cuidado, Milena. Esa clase de juegos…

—Estoy emancipada, mamá. Que pases un buen sábado. Espero tu llamada. Yo te sigo esperando, no lo olvides. Tú decides cuándo.

Cuelga y una sombra atraviesa por mi mente. Preveo que mi plan de sábado, que por orgullo, se-

guramente necio, porfío en mantener, no va a ser tan plácido y reparador como esperaba. La imagino esta noche, en la peor compañía, y no sólo me parece un error. Admítelo, Rosa, grandísima idiota: lo que te pasa es que te reconcomen los celos.

Al final, me salto el recorrido nocturno con el coche, aunque pierda la ocasión de rodar por última vez con él por la Gran Vía y no sepa cuándo podré recuperar la experiencia, porque mis finanzas no me permitirán cambiar mi coche por uno más limpio, calculo, en unos cuantos años. Me salto incluso la cena, porque el bodrio de película que he visto me ha quitado no sólo el hambre, sino casi las ganas de vivir, y me vuelvo a casa, a este arreglo transitorio al que ahora le doy ese nombre, donde echo un par de horas mirando ofertas de alquiler, a cual más desorbitada y más desalentadora. Me atrevo a ojear el teléfono a eso de las doce, para comprobar que no tengo ningún mensaje de Milena. Me ha llegado uno de mi única prima, que vive a diez mil kilómetros: una foto de un sobrino segundo —o primo segundo, o lo que sea— que tiene ya tres años y al que todavía no conozco. Le respondo que está muy guapo, porque es verdad y porque la quiero, aunque haga ya el tiempo que tiene el niño y un año más que no nos vemos. No le digo que Elena le man-

da recuerdos, como suelo hacer, porque me parece una bajeza, pero tampoco le cuento que nos estamos divorciando, porque es una historia triste que no me siento con derecho a echarle encima de su legítima alegría maternal ni me apetece airear más allá de las cuatro paredes de este refugio.

Me resisto a enviarle a Milena el mensaje que dije que le enviaría. De pronto me entran todo tipo de aprensiones. Que se le ilumine la pantalla del móvil sobre la mesa para que lo vea quien no quiero ni conviene que se entere. Que cuando lo lea lo interprete como una capitulación por mi parte, si le escribo algo demasiado desvalido o me paso de tierna. Que le parezca arrogante, si opto por algo más neutro y menos comprometido, opción por otra parte aconsejable de cara al riesgo de que lo lean, así sea de refilón, los ojos de un tercero. Que si al final, por no provocar ni lo uno ni lo otro, decido no escribirle, el resultado sea todavía peor: hacerle sentir que estoy faltando a la palabra dada.

Me torturo como sólo yo soy capaz de hacerlo, cuando me doy cuenta de que he metido la pata y en una de esas bifurcaciones que la vida te pone delante me he dejado llevar por el impulso que no debía, para dar lugar a lo que peor iba a poder soportar. Cuando era más joven siempre tenía el recurso de quejarme

de la vida por arrojarnos a esas disyuntivas en las que los dos caminos te repelen, de un modo u otro, poniéndote así en disposición de acabar decidiendo mal. Ahora el tiempo me ha enseñado a no pedirle cuentas a quien no va a darlas, y a lamentar, como toca, no haber aprendido todavía a dejar de hacerme daño.

Salgo de mi indecisión con una idea que se me antoja de pronto providencial y que parece ofrecer la solución a todos mis males. Busco en Google y lo encuentro rápido: un vídeo con una grabación en directo de la canción. Es un Roger Hodgson ya mayor, con algo menos de voz, acompañado por un conjunto de intérpretes con menos garra que el original; pero conserva el espíritu, y sobre todo se entiende bien la letra, al menos lo suficiente para que una chica que ha recibido la educación reservada a la élite barcelonesa, como Milena, pueda descifrarla sin la menor dificultad. Es la canción más hermosa y completa de Supertramp, en mi opinión, y cuento con que a Milena le llegará el mensaje, de una forma que por otra parte no resultará demasiado peligrosa si no le pasa inadvertida a quien temo que esté con ella. Siempre puede decir que soy una compañera de trabajo, que le envía la música para un anuncio o algo por el estilo. Que lo haga a la una de la mañana es un poco raro,

pero los nativos digitales no entienden de horarios, bien puede colar.

Marco el enlace, lo copio, lo pego y lo envío. Me avergüenza darme cuenta de que se me ha acelerado el corazón, como a una adolescente. Mientras espero alguna respuesta, vuelvo a escuchar la canción, la letra que recorre todos los laberintos de la duda y el desaire del amor. Se dirige a alguien que decide esconderse en su concha para evitarlos, como en cierto modo yo acabo de hacer. Le invita a aferrarse a aquello por lo que sienta que aún puede luchar, a dejar que entre en su reducto quien quiere tocarle, conocerle, entenderle, socorrerle. Y termina pidiéndole a gritos que le ayude, que se ayude, y preguntándose, en fin, por qué tenemos que ser tan fríos, por qué llegamos a ser tan estúpidos.

Pasa una hora, pierdo la esperanza. A las dos y cuarto me entra un mensaje. *Me he venido al baño a oírla. Es una preciosidad. Mañana te llamo.*

Y así es como esta noche, aunque tardo, me puedo dormir.

Aparco en el espacio extenso y casi vacío, en esta tarde de domingo, del área de estacionamiento al aire libre que hay ahora al lado del hospital y que no existía cuando yo nací. Tiene, supongo, capacidad suficiente para acoger a quienes vienen a consulta los días laborables: demasiada para los pocos que hoy y a esta hora se acercan aquí, porque tienen a alguien hospitalizado o por culpa de alguna urgencia. Milena, en el asiento del copiloto, contempla el paisaje de la ciudad sanitaria, no especialmente vistoso, tampoco exageradamente horrible —se le notan las inversiones hechas en las últimas décadas—, con una especie de fascinación.

—Así que aquí fue.

—Bueno, aquí no, en la maternidad. Está por ahí —le indico.

—¿Esto qué distrito es?

—Villaverde, si no me equivoco.

—Uno de los pobres.

—No es de los ricos.

—De los que le fallaron a la alcaldesa anterior en sus cálculos.

—Eso dicen. Puede ser. El amor es recíproco, o no es.

—¿Qué quieres decir?

—Los jardines del centro seguían estando mucho más cuidados que los de Villaverde. Se entiende, el centro mola y luce mucho más.

—Puedes llegar a ser muy mala, ¿lo sabías?

—Observadora, nada más. Y también procuro pasar de prejuicios y conveniencias, por lo menos cuando estoy en confianza.

—Me alegra tener tu confianza. Bueno, si es que la tengo —duda.

—La tienes.

Y eso que acaba de ponerla a prueba, o he sido yo quien la he movido a que me la probase, con mi desafortunada frialdad de ayer. Reconozco que cuando me ha llamado, esta mañana, había un ligero temblor en mi mano al coger el teléfono. Ha esperado hasta las diez y media, algo más tarde de lo que me había permitido a mí misma creer que esperaría, y me ha sonado soñolienta y recién levantada. No he podido reprimir ahí una punzada de intranquilidad, que me he forzado en todo caso a eludir. Incluso en la peor de las hipótesis, no tengo derecho a exigir-

le ninguna clase de limitación en su comportamiento, ella no me la ha exigido a mí y está fuera de los términos y las circunstancias de nuestra relación. Pero todos mis temores los ha sabido disipar con una sola pregunta:

—¿Vas a dejarme verte hoy?

No sólo he dejado que me viera. Como suele suceder en estos casos, nuestro encuentro, sazonado con el miedo, la culpa y la incertidumbre, ha tenido un sabor extremo y desconocido. Al final hemos ido a comer a las cuatro y media, a uno de los sitios donde a esa hora te ponen un plato, seguramente precocinado, que a pesar de todo hemos devorado como si se tratara del manjar más exquisito. No nos hemos dado prisa en levantarnos, hemos pedido otro vino y luego otro café, y cuando le he propuesto lo que cualquier otra persona consideraría el plan más penoso, venir bajo la canícula a conocer el hospital Doce de Octubre, su cara se ha iluminado como si le acabara de ofrecer un pasaje a las Maldivas.

Así que aquí estamos, y como no sé muy bien qué puedo llevarla a ver, dentro de la geografía predecible y sin gracia de un hospital —¿ir a Urgencias, averiguar por dónde está la UCI, acercarnos a la zona de la maternidad propiamente dicha?— me pongo sin

más a recordar.

—Entonces todavía nacían niños por oleadas, fue justamente en el 76, el año que nací yo, cuando la natalidad empezó el desplome.

—El 94, cuando nací yo, España marcó el mínimo mundial —dice Milena, muy ufana—: nueve nacimientos por cada mil habitantes. Mi padre no deja de recordar el dato, para que se lo agradezca o algo así.

—Mira, otra diferencia entre las dos. El caso es que las maternidades estaban bastante saturadas, eran poco menos que granjas de niños, y el personal andaba bastante desbordado. Supongo que por eso no vieron a tiempo que yo no venía bien, o vamos, que no estaba por venir.

—¿Tu madre tuvo problemas en el parto?

—¿Problemas? No la palmamos las dos de milagro. Al final alguien se olió la tostada y le hicieron una cesárea de urgencia. Me nacieron.

—Apuntando carácter desde pequeñita.

—Era demasiado grande, por lo visto.

—Dijiste el otro día que entonces no se llamaba Doce de Octubre…

Sonrío al comprobar su buena atención y su mejor memoria.

—No, se llamaba Primero de Octubre. Lo de po-

nerle Doce fue un arreglo cosmético posterior. Cuando la Hispanidad todavía daba buen rollito y no se había convertido en efeméride genocida, como ahora.

—¿Primero de Octubre? —pregunta—. ¿Qué pasó ese día?

No puedo evitar que mi sonrisa se haga un punto más pronunciada. También aquí aflora el salto generacional entre nosotras. Aunque he comprobado que entre quienes tienen mi edad, incluso algunos años más, el detalle apenas es conocido. Yo lo sé porque me lo explicó mi padre de pequeña, para que supiera por qué se llamaba como se llamaba el hospital donde fui a nacer. Lo hizo sin ponerle ningún énfasis, ni positivo ni negativo, como si estuviera refiriéndose a la fecha de un acontecimiento cualquiera. Me gustaría a veces recordar en mi padre alguna militancia política, a ser posible alineada con mis filias y sobre todo, claro, con mis fobias, pero el hecho es que no se la recuerdo.

—Fue el día que hicieron Generalísimo a Franco —me dijo, y le digo yo ahora a Milena, constatando lo anacrónico que resulta.

—No me jodas —exclama.

—Pues sí. Mira, ese dato sirve para que los más jóvenes, los que ni lo conocisteis ni tenéis casi idea de él, os podáis representar lo que fue su tiempo y

su gobierno. El hospital este no es de 1940, sino del setenta y algo. Poco antes de que se muriera había que seguir lamiéndole el trasero al viejo, haciéndole sentir lo a gusto que se estaba bajo su bota.

—Si no me equivoco tú tampoco viviste el franquismo.

—No en directo, pero sí un poco en diferido, aún. Y he hablado con la gente que lo padeció, y me he preocupado de leer algún libro. También los más jóvenes podrían leerlos, pero me temo que para ventaja de los que ahora lo reivindican, a Franco, están casi todos esperando a que hagan una serie en Netflix o saquen algún tutorial en YouTube.

Me mira con aire de reprobación.

—No seas tan cascarrabias, anda. Ni tan carca.

—Es lo que siento, si suena carca, me jodo, lo asumo y en paz. Esto es una buena prueba, en todo caso, de lo que es vivir bajo un dictador.

—El qué.

—Tener que estar todo el rato conmemorando y enalteciendo los logros de mierda de un solo ser humano, elevándolo con esa adulación sin tregua al más grotesco y aparatoso de los ridículos, y lo que es peor, rebajando el país y la sociedad que lo padecen y le dan coba a la más baja condición posible como proyecto colectivo y comunidad civilizada.

Milena me observa con preocupación.

—Te noto algo beligerante en este asunto.

—¿Algo beligerante? Estoy hasta el coño de oír a miles de pazguatos decir en todas partes que si Franco fue necesario, que si trajo orden y progreso a un país que vivía en la barbarie, que si le debemos lo que tenemos, desde el rey ese tan alto y tan guapo y tan políglota hasta la democracia parlamentaria. No es necesario que un país se degrade de esa forma, bajo ningún concepto; lo que había antes no era barbarie, sino la turbulencia europea de su tiempo, en un país más injusto y más pobre y más atrasado que el resto, y en todo caso el remedio a los excesos de los salvajes a los que esa injusticia y esa pobreza y ese atraso dieron cancha no era hacer del país un cuartel y sacarlo del siglo XX. Que a semejantes gilipolleces les dé pábulo gente del siglo XXI, viajada y supuestamente formada, indica hasta qué punto viajar puede no servir de nada y la educación que tenemos necesita desesperadamente una reforma.

—Toma ya.

—Es lo que pienso.

—Oye, me gustas un huevo, así de cabreada.

—No te burles, esto es serio. Al menos para mí.

—No me burlo. Siento no haber traído para to-

mar apuntes.

Mantengo el motor aún en marcha, para que siga funcionando el aire acondicionado, sin el que no tardaríamos en morir en julio y en este parking a pleno sol. Le muestro con la mano cuanto ahora nos rodea.

—Mira todo esto —le propongo—. La *ciudad sanitaria*, y la ciudad de alrededor. Si te fijas un poco, verás tras los edificios nuevos los de antes, los que hicieron para que naciera y viviera esa clase obrera que no podía votar, ni saber siquiera lo que era bueno para ella, y tenía que creerse realizada con un utilitario, por supuesto fabricado en autarquía. A la vez había otros barrios, y otros hospitales donde nacían los hijos de los pocos para los que el apaño era fuente de prosperidad y de riqueza. Que para más inri sí que podían permitirse ir en coches de importación. Los que se llevaban todos los contratos públicos, siempre amañados, ríete tú de la corrupción de ahora; los que ocupaban las canonjías del régimen, por supuesto afectos, o parientes de afectos, o en buenos términos con los afectos. Lo bueno de que la mayoría de la gente de un país sea pobre y no tenga voz es que hay unos pocos que se ponen las botas. De esa mierda tienen añoranza ¿quiénes? Los que le sacaban todo el rendimiento, o se sienten afines a ellos, y los que prefieren dejar de pensar, que no siempre son mala gen-

te, no diré tal cosa, pero al final ayudan al destrozo.

No voy a engañarme: introduzco la salvedad final pensando en mi padre, por si fuera el caso, aunque no lo sé con certeza, que él diera por bueno aquel orden bajo el que creció, vivió y encontró un empleo.

—Bueno, me parece que estás hablando de mi familia materna, entre otros —desliza Milena, para mi alivio—. Mi abuelo era registrador.

—Con mis disculpas, pero piensa en lo que era Europa, la parte que tenemos más cerca, en los sesenta o los setenta, y en lo que éramos nosotros. En lo que podríamos ser ahora, si no tuviéramos que seguir andando con la bola de hierro de los nostálgicos del Caudillo agarrada al tobillo y sin visos de soltárnosla. Ahí siguen todos, defendiendo a una el puto mausoleo y el reposo eterno y glorioso del usurpador.

—No es su mausoleo. Él no pidió ir ahí. Lo he leído —objeta.

—Qué más da eso. Lo levantó él, proclama su repulsiva victoria, travestida de paz y reconciliación forzada, que manda narices, y ahí está él, en el centro del centro. Acepto que se quede si trasladan sus huesos a uno de esos nichos sin nombre que hay en el Valle y los revuelven con el resto. Por supuesto, sin identificarlos, como están los otros.

—Qué bruta eres.

—No nos oye nadie.

—Nunca se sabe. Tengo encendido el iPhone.

—Me da igual.

—Bueno, la verdad es que me había imaginado esto de otra manera.

—¿El qué ¿Cómo?

—Esta visita. Como algo más personal.

—Es personal todo lo que te acabo de decir: profundamente personal. Por eso es también político. Este lugar donde me nacieron es el lugar de los míos, de los que perdían con aquella farsa de Estado y de gobierno y de patriotas; que tenían que agradecer todo el tiempo que les dieran sólo una parte de lo que era suyo, mientras la diferencia se la quedaba una partida de granujas sin conciencia, a los que seguimos pagándoles todavía el capricho y los platos rotos, con todas las oportunidades que perdimos, que perdieron los míos, y que seguimos perdiendo, cada vez que alguien tiene que hacer la maleta y emigrar a tomar por culo.

—Así y todo, yo pensé que me hablarías de tu madre. De tu padre.

—De ellos te estoy hablando. De mi padre, que trabajaba como un mulo por un sueldo que apenas le daba para pagar la hipoteca de un pisín y muy poco más y que se murió antes de tiempo por echar horas de noche para poder andar un poco más desahogado.

De mi madre, que cuando se quedó viuda sólo tuvo el paraguas de una pensión mísera y sin formación ni predisposición para hacerlo tuvo que ponerse a trabajar en lo que le saliera, cobrando en negro y sin Seguridad Social, otra herencia de aquel patio de Monipodio con yugo y flechas que todavía no nos hemos sacudido del todo. Mi madre, que al final también, rota de pena y de angustia por salir adelante, acabó yéndose antes de tiempo.

A Milena se la ve de pronto abrumada.

—Joder, me estás haciendo sentir hasta culpable. Por mi abuelo.

—No sirve de nada la culpabilidad. Lo que sirve es la conciencia.

—¿Y la rabia? —duda, precavida.

—Si no dejas que te ofusque, también.

—¿Oye, me llevarás a ver los otros dos sitios?

—Si quieres.

—Ya sabes que sí. ¿También allí me echarás un mitin?

—Puedes contar con ello.

Me pone entonces su cara más adorable.

—Está bien. Me dejo. ¿Podemos bajar ahora a dar un paseo?

Una vez más, y ya van demasiadas, no sé decirle que no.

Después de la tarde en el Doce de Octubre, y de recorrer a petición de Milena sus jardines, sus edificios y sus salas de espera, incluida la de una maternidad que luego compruebo en Internet que no puede ser donde yo nací, porque la inauguraron en 1980, viene una semana de calma y confianza entre las dos. Milena se pasa la mayor parte del día trabajando, yo me dedico a organizar mis asuntos, pasear y leer, y por la noche nos llamamos o si no acaba muy tarde se viene a mi apartamento, donde vemos casi en estado de trance *Chernóbil*, la serie de la HBO, de la que ella tiene una suscripción que podemos aprovechar en la Smart TV de mi habitación. Hacía mucho tiempo que no veía en la tele, ni contada en imágenes, una historia que me pareciera tan verdadera, y por tanto tan necesaria, y tan poco efectista y banal, que es lo que de un tiempo a esta parte me parece todo lo que veo en la pantalla; más cuanta más gente muere, más ruido hacen al morir o matar o más trascendente pretenden que me parezca la reiteración de argumentos mil veces vistos

y manidos. Nada en *Chernóbil* tiene ese hueco énfasis; por eso me resulta tan terrible y tan emocionante. Por eso resuena como un mazazo su advertencia final frente a la mentira que lo descompone y que lo desbarata todo.

—Esa frase podrías haberla dicho tú —observa Milena.

—Hemos perdido la sensibilidad para percibir lo corrosiva que es la mentira. Jugamos con ella sin saber que es lo que más nos rebaja.

—No tú, ni yo.

—Bueno, yo he mentido a lo largo de mi vida más de una vez.

Procesa mi confesión. Se queda extrañamente pensativa.

—¿Y tú? —escarbo.

—Lo menos posible.

—¿Seguro?

—¿A qué te refieres?

Me arrepiento en el acto de mi insinuación.

—No quería preguntarte por ello. Mejor olvídalo.

—¿Qué es eso por lo que no querías preguntarme?

—Nada, disculpa.

—Sabes que ahora me lo vas a tener que decir.

Me resigno. Lo sé.

—Lo que ocurrió el sábado por la noche.

—Ah, eso.

—No sé, me pregunto qué le dijiste —desciendo a explicarle—. Qué es exactamente lo que le has dicho. Antes y también después.

Milena no se enfada. Tampoco se alegra. Quizá lo estaba esperando.

—Puedo contártelo. ¿Quieres que te lo cuente?

—No estoy segura.

—Decídete. Hago como tú quieras.

—Bueno, adelante.

Se echa hacia atrás y habla mirando al frente.

—Esa noche simplemente le dije que sí, que salía con él a cenar, que era lo que me había pedido y yo había estado esquivando. Vino contento y un poco sobrado, con unas expectativas que tuve que defraudar.

—¿Qué expectativas?

—Que iría a dormir a su casa. No fui.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Mal. Tiene la costumbre de conseguir sus objetivos.

—¿Y nada más?

—Nada más. Le dije que madurara, que una chica no está ahí para que te la folles siempre que a ti se te ponga en la punta de ahí mismo, que puede haber una noche que no le apetezca, y me cogí un taxi.

—¿Y desde entonces?

—Es un orgulloso. Está esperando que le llame.

—¿Y?

—Y nada, que por mí puede seguir esperando.

—Llamará él, antes o después.

—Ya veré si se lo cojo. Si me va mal, seguro que no.

—¿Pretendes archivarlo así?

—Yo ya lo he archivado. Lo único que falta es que él se cosque.

—Puede que no quiera coscarse.

—Ya veremos.

—No sé, por el tipo de tío que es…

Milena se me echa entonces encima, se sienta a horcajadas sobre mi regazo y me pone las manos en la nuca. Me mira a los ojos y me dice:

—¿De verdad vamos a seguir hablando de ese cretino?

Miro la calle, la nueva placa que recoge un nombre que no es el que yo recuerdo, que en mi ignorancia no me dice nada y que saco el móvil para averiguar, sobre la marcha, que corresponde a un físico y rector de la universidad de Madrid en 1931, Blas Cabrera, al que el ayuntamiento anterior ha decidido conmemorar en sustitución de aquel que está en mi memoria: un general, acólito de tercera fila de los sublevados del 36, y por tanto de quien se acabó poniendo a su cabeza. La calle se la dieron por estar en el Alcázar, uno de los símbolos, manipulado como todos los símbolos, de aquel alzamiento que todavía me dio tiempo a ver tildado en algún sitio, negro sobre blanco, como Glorioso, con la mayúscula. Me pregunto si ahora que han vuelto las oscuras golondrinas al municipio, con los votos entre otros de quienes siguen justificando aquello, se le restituirá la memoria a quien se rebeló contra la ley que había prometido defender, aprobada por los representantes de la ciudadanía.

—La calle se llamaba entonces, en junio de 1991, del general Romero Basart —le explico a Milena, que no tiene por qué saberlo—. Este era mi barrio, aquí cogía todos los días el autobús para ir al instituto. Hay algunas cosas nuevas: la biblioteca, que entonces no teníamos, muchas de las tiendas. También es nueva la gente, esa cambia todo el tiempo. Pero en lo demás, puedo reconocer todavía bastante bien el paisaje de mi infancia. Aquí es donde me crié, y donde por poco me liquidan.

Nos hemos detenido ante el número 115, donde estaba la parada del autobús 34, una línea que más de una vez condujo mi padre, y que era la que me servía para ir al instituto. Fue a esa altura donde el 5 de junio de 1991 explotó el coche de un militar al que ETA había colocado una bomba en los bajos. En el acto murió el militar, y como consecuencia de la explosión quedaron malheridas dos chicas de quince años que estaban esperando el autobús. Eran las 8:35 de la mañana. Yo tendría que haber estado ahí con ellas, las dos compañeras de clase, y haber sido la tercera, si no se me hubieran pegado las sábanas. Salí corriendo de casa justo a esa hora, con miedo de que se me escapara el autobús que me permitía llegar con tiempo y de tener que ir en el siguiente, que me dejaba en el instituto demasiado encima de la hora,

o tarde, si había tráfico. No sabía que estaba salvándome, así, del espanto y de la metralla. Lo averigüé cuando oí la explosión: el estruendo hizo temblar el barrio entero, y poco después, lento y denso, asomó sobre un edificio aquel hongo.

—Era como el de una bomba atómica, pero negro y siniestro —evoco para Milena—. La bomba hizo saltar el capó y el techo del coche y al pobre hombre que iba dentro lo destrozó. A mis dos amigas la metralla les partió literalmente las piernas. Luego supimos que era una bomba de péndulo, de esas que se activan cuando el coche da un tirón o un frenazo un poco más brusco de lo normal. El hombre recorrió un kilómetro desde su casa, camino de su trabajo. En su ruta, como todos los días, pasó por dos colegios, a la hora a la que solían llegar los chavales.

Milena me mira, y mira absorta las calles, el barrio, como si tratara de entender lo que le estoy contando más allá de lo que le digo. La sé capaz de captar lo no evidente, pero por si acaso no dejo de explicarle algo.

—Esa gente estudiaba perfectamente los movimientos de la víctima. Sabían con todo detalle sus itinerarios, sus horarios, y por supuesto dónde aparcaba el coche en el que tenían que poner la bomba. Sabían de sobra los riesgos que corrían de llevarse

por delante a algún inocente. Empezando por la propia víctima, que, valga este caso, siempre era una que estuviera especialmente desprotegida. Un teniente de cincuenta años que tenía un destino más bien burocrático y que vivía en una colonia donde había otros muchos como él, indefensos ante los asesinos.

Asiente a mis palabras, en silencio. He estado dándole largas antes de aceptar venir, a cumplir con mi promesa de enseñarle el lugar de mis otros dos nacimientos. Estamos aquí, donde volví a nacer el 5 de junio de 1991, a raíz de una conversación que tuvimos ayer a propósito de los herederos ideológicos de los carniceros que por poco no mataron a mis compañeras y por mi pereza matinal no me llenaron a mí las piernas de esquirlas de bomba y de carrocería. Fue al ver hablar en la tele a su representante principal, que trataba de explicar, con previsible poco éxito y menos persuasión, qué había querido decir al pedir perdón por el dolor no necesario que ETA hubiera podido causar. No sé qué odio más, si los giros indirectos, si los eufemismos o si el nauseabundo subjuntivo, la peor de las muchas formas de no llamar a las cosas por su nombre que han inventado los políticos y sus voceros. Algo no pude evitar comentar, por este estilo, y Milena me salió con un discurso recibido acerca de la reconciliación, el enterrar las diferencias y pasar

página, etcétera. Y eso fue lo que me decidió a traerla aquí esta tarde. Para hacerle ver lo que se trata de enterrar. El texto de la página que quieren pasar como si nada. Los dolores no necesarios, causados con saña y en modo indicativo.

—Piensa algo más —le digo—. La razón por la que estos canallas mataban a hombres sin protección, y aceptaban sin despeinarse el riesgo de matar a un niño, que por suerte no pasó, o de machacarles las piernas a unas chicas de quince años que esperaban al autobús, que sí acabó pasando, era una y nada más que una: atentar con total seguridad.

Milena comenta tímidamente:

—Bueno, eso se supone que busca cualquiera, en estos casos…

Esperaba la objeción.

—No. Quienes defienden una causa justa lo hacen por medios que procuran ser también justos, y si es necesario, la justicia de lo que los impulsa los convence de asumir el sacrificio. Quienes se muestran así de obsesionados con no morir ellos, delatan la suciedad y la inconsistencia de su supuesta causa noble y superior. Los métodos de rufianes son la forma de instaurar el rufianismo y el terror que inspira. Nada más.

—No sé yo si eso es así. Que haya guerras limpias, digo…

—No, eso nunca. No trato de decir eso. Lo que te digo es que cuando una guerra es siempre sucia, siempre con ventaja, siempre a traición, hace falta estar muy vendido o muy ciego para hablar de luchadores, de patriotas o de cualquier otra monserga blanqueadora del homicidio.

—¿Tú crees que hay patriotas de verdad?

—Los hay, los ha habido. Y el ejemplo de esos otros te ilumina, por contraste. ¿Has visto una peli que se llama *Operación Anthropoid*?

—No, de qué va.

—De los patriotas checoslovacos que en la segunda guerra mundial se tiraron en paracaídas sobre la Bohemia ocupada y atentaron contra el jefe de los nazis allí, Heydrich, que era además el segundo de las SS.

—Ah, sí, también hicieron un libro sobre eso, ¿no?

—Varios libros, de hecho, y varias películas. Esta no es gran cosa, cinematográficamente hablando, pero te sirve para conocer la historia y ver las diferencias. Ellos no fueron a por un cualquiera: apuntaron al cerebro del régimen. Y no le pusieron una bomba, que hubiera podido matar a quien no querían: lo in-

terceptaron a tiros, y todo salió tan mal que los acabaron acorralando en una iglesia donde se defendieron hasta la muerte. Consta, de hecho, que ya contaban con que tenían muy pocas probabilidades de salir vivos. Pero se la jugaron, y aunque no acabaron con Heydrich de entrada, una de las heridas se le infectó y se murió al final. Así fue como cayó uno de los peores perros de presa de Hitler.

—Bueno, estos mataron a Carrero Blanco, ¿no?

—Cuando Franco ya se estaba muriendo, y era tan evidente que su régimen no podría continuar que las propias élites del país, empezando por el príncipe, estaban ya pensando en cómo desmantelarlo. Quien crea que ETA ayudó en algo a la democracia no sabe de la misa la media. Lo que hizo fue todo lo posible para que se fuera al garete. En 1991 tú no habías nacido, pero habrás estudiado Historia. España estaba ya en la Unión Europea, aceptada como una igual por todas las democracias, y ahí era donde se ventilaba principalmente el asunto de terminar de sacudirse los restos de caspa que pudieran quedarnos de la etapa anterior, pero esos cenutrios seguían convirtiendo barrios como este en Beirut. Que lo del movimiento de liberación nacional vasco es una causa democrática, en su versión de entonces con capucha, o en la de ahora con pañuelo palestino y *aurresku*, vale para

que se lo traguen los guiris que no saben nada de este país, pero nunca una ciudadana informada como tú.

—Está bien, me ha quedado suficientemente claro. Cuando vuelva a ver a ese tío en la tele me acordaré de esta calle y este barrio.

—Hazlo. Ya ves que está lleno de opresores. Siempre lo estuvo.

—Ya veo.

—Y, por favor, no vuelvas a tragarte esa milonga del pasar página sin haber contado siquiera los renglones. No hay que vivir en el rencor, de acuerdo; pero de estos animales, como del dictador y sus salvapatrias, nos terminaremos de olvidar cuando dejen de enturbiarnos el aire.

—Vale, pero no te enfades conmigo.

—No me enfado. Te hablo claro.

—De todos modos, hay algo que me interesa más. Y no digo que lo me has contado no sea interesante —se apresura a aclarar.

—Qué.

—Cómo te quedaste tú. Qué impacto te causó la experiencia.

No me pilla de improviso. Es demasiado intuitiva para no olérselo, y por un momento siento que la he traído aquí para que me lo pregunte, y para hacer lo que viene a continuación, abrirle una de mis ha-

bitaciones más personales y desconocidas; una que apenas le he mostrado a nadie y que comprendo que abrirle a ella equivale a dar un paso inmenso, tal vez demasiado grande y algo prematuro, en nuestra relación. En cualquier caso, es justo que su curiosidad, y su olfato, tengan respuesta.

—Al principio, sobre todo, te va a parecer una tontería, me sentía culpable. Cuando fui a visitar a mis compañeras al hospital, al mismo al que te llevé el otro día, y las vi allí vendadas y hechas un guiñapo… Me entró la culpa por haberme dormido y no haber estado ahí con ellas.

—Una tontería, desde luego, pero puedo entenderlo.

—Luego, empecé a darle vueltas y más vueltas. A lo que había pasado, a lo que habría podido pasar, a lo que no me pasó, me di cuenta, sólo por un pelo. Hacía un par de años que se había muerto mi padre y yo seguía machacada. No te he hablado de él, y no lo voy a hacer ahora, pero era un hombre extraordinario, o a mí me lo parecía. Él era lo que me amparaba frente a todos los males; sin él, estaba como sola en mitad de un campo de nieve. O peor aún, porque estaba mi madre, enterrada en una tristeza que se contagiaba a todo lo que tocaba. La pobre hacía lo que podía, mucho más de lo que podía, eso lo veo ahora, pero a mí

estar con ella sólo me hundía cada vez más hondo en un pozo de amargura.

—También se entiende.

—El caso es que con el tiempo saqué de aquello una especie de fuerza inesperada: encontré en la experiencia un suelo para sujetarme al mundo, hasta te diría que para enfrentarme a lo más feo que el mundo tiene. Me sirvió de acicate para leerme todo lo que se publicaba acerca del delirio pueblerino que llevó a esa gente a matar a casi mil personas. Hasta en la carrera me planteé, cuando yo aún me planteaba esas cosas, hacer una investigación científica sobre la sociedad vasca. En particular, sobre la que había alentado con más entusiasmo la violencia, para tratar de hacer visible el camino que llevaba del ensueño de una patria oprimida y mejor que las demás a mutilar a unas niñas que esperan al autobús en un barrio obrero de Madrid. Al final de aquello me olvidé, pero algo me quedó de endurecimiento, de no contemporizar con los charlatanes, cuando todo el resultado tangible que sale de su charlatanería es el daño al prójimo.

Milena me reconviene con suavidad.

—Vuelves a irte por las ramas. No te preguntaba por eso.

—Tiene que ver. Después de perder a mi padre, y con sólo quince años, tomé conciencia directa de mi

propia mortalidad. De que la vida es un lugar donde hay desaprensivos dispuestos a sacarte de ella por nada, para nada. Me aferré a este pellejo en el que todavía vivo. Me dije que nada ni nadie iba a echarme abajo, nunca, bajo ningún concepto.

Me escucha, ahora la veo, con absoluta concentración.

—A veces —le reconozco— temo que me deshumanicé un poco.

Milena me ofrece su mirada más indulgente.

—O te humanizaste de otra manera.

—Sí quieres decirlo así. Suena un poco mejor.

—Por si te sirve de algo, a mí me gusta como eres.

—Sólo estás viendo la parte alta del iceberg, aún.

—En serio. Me gusta que seas dura, que no te muerdas la lengua, incluso que te pongas tan vehemente, y carca, y cascarrabias, y hasta que me sacudas un poco de vez en cuando. Escuchándote, me parece que yo lo he tenido demasiado fácil. Tener que decepcionar a un padre que no te dejará estrellarte de todos modos es poca cosa, como misión vital.

—Tu misión vital va más allá, estoy segura.

Se encoge de hombros y dice, a modo de conclusión:

—A ver. Por ahora, me gusta conocer tu barrio obrero madrileño.

—Y a mí que lo conozca una pija barcelonesa.

—Esta pija barcelonesa —precisa.

—Ninguna vino conmigo antes, ni vendrá después.

Advierto, y también ella, que suena como lo que es. Una promesa.

Ha pasado otra semana. Plácida, sin perturbaciones, lo que no deja de crearme una cierta comezón. Las cosas con Elena van mejor de lo que me esperaba. Nos intercambiamos e-mails sucintos y civilizados, ya hemos resuelto todos los asuntos bancarios y hasta tenemos un abogado común: un sexagenario tranquilo y tranquilizador que le ha recomendado como mediador la abogada de su empresa y que sin verificar su reputación más que por encima he aceptado que redacte nuestro convenio de divorcio. Si al hacerlo o en las conversaciones sucesivas huelo algo raro siempre hay tiempo de buscar otro, u otra, y esta solución tiene la ventaja de ahorrar el conflicto inicial. Respecto de la casa, Elena insiste en venderla, en que es lo más justo y lo que nos permitirá a las dos volver a empezar sin ninguna hipoteca. Yo no puedo dejar de acordarme de todas sus idas y venidas con pintores, albañiles, carpinteros y tapiceros, de todo el tiempo que invirtió en hacerla acogedora, y me duele y no me parece nada justo, casi me parece una amputa-

ción, dejar que se aleje de ella. Pero es su decisión, y nadie como yo carece de legitimidad para discutirla.

Milena ha estado viniendo a dormir a mi apartamento una noche sí y una no. Por suerte, en el precio que pago por él está incluida la posible presencia de dos personas, así que no tengo que hacerla entrar de forma subrepticia. El otro día tuvo un detalle que me enterneció. Yo le había regalado la víspera mi ejemplar de Bruguera de los *Apuntes del subsuelo*, con todos los subrayados de mi juventud. Ella, para corresponderme, me trajo una edición de los *Escritos de juventud* de Andréi Tarkovski. También subrayados, en este caso por ella, casi en cada página. Es un libro raro, que revela una mente rara también, una mirada sobre el mundo a la vez dislocada y con la nitidez de una arista de diamante. Me emociona, sin embargo, cómo habla de su padre y de su madre, a partir de viejas fotos de los dos, y me parece estremecedor el poema que lo cierra. En sus versos confiesa que devuelve las deudas de amor con el reflejo de un espejo empañado y un rostro cambiante, pero promete, al final, que un día las devolverá con una palabra de desprecio dirigida contra sí.

Milena ha insistido en que veamos una película de Tarkovski, pero yo recuerdo las dos que vi de joven —*Solaris*, que a ratos me llegó y a ratos me dejó

completamente fuera, y *Stalker*, en la que no terminé de entrar del todo— y me vengo resistiendo a su propuesta. Imagino que cederé antes o después, porque el libro me ha removido hasta el punto de que son sus palabras, y especialmente las del poema, las que recuerdo cuando entro con Milena en este espacio de la estación de Atocha que casi no visita nadie, que al menos yo casi siempre he visto sola o prácticamente y donde sólo estamos ella y yo en esta mañana de julio de quince años después.

No sé por dónde empezar. Lo de aquel 11 de marzo de 2004, el día de mi tercer nacimiento, es aún más doloroso que lo del 5 de junio del 91. Aquella mañana, yo ya estaba sola en el mundo: acababa de enterrar a mi madre sólo cuatro meses antes y llevaba una existencia entre absurda e incomprensible. Aparentemente, dejando a un lado mi orfandad, todo me iba bien: tenía un buen trabajo con el que estaba empezando a ganar bastante dinero y un marido apañado que todavía no había empezado a salirse del carril conyugal, al menos que a mí me constara. Incluso tenía un éxito escandaloso con los hombres y con las mujeres, hasta el punto de que raro —o rara— era quien me interesaba y se me resistía. Sin embargo, estaba muy lejos de ser feliz, y no sólo por culpa del duelo por la muerte de mi madre, un acontecimien-

to que desde mucho antes de que se produjera había empezado a dar cada vez más por descontado y más o menos inminente. Insatisfecha conmigo misma y con todo lo que me rodeaba, acababa de dar el paso de socavar con el explosivo de alta potencia de la infidelidad los cimientos de mi matrimonio; algo que por momentos me sentía con derecho a hacer, ya que no podía conformarme con lo que tenía, pero que la mayor parte del tiempo me provocaba una culpabilidad devastadora. No estoy segura de que por aquellos días mi media costilla no hubiera empezado ya a explorar sábanas ajenas, pero eso no me absuelve retrospectivamente, ni me aliviaba entonces.

Una de las costumbres con las que trataba de contrarrestar este caos cuyas ruedas dentadas veía asomar por debajo de los remaches de mi vida era la de llegar siempre a la oficina con puntualidad. A diferencia de lo que me pasaba en mi adolescencia, no se me escapó jamás el tren que a las siete y media pasadas, minuto arriba o minuto abajo, según anduviera el tráfico, pasaba por la vía 2 de la estación de Atocha. Si esa mañana hubiera estado esperándolo, me habrían estallado en la cara tres de las mochilas bomba que unos zumbados de la yihad prepararon y detonaron con móviles contra los madrileños, para castigar a quienes les robaron los lugares santos o bombar-

deaban a sus hermanos en la fe. Algunos, sobre todo los que decidieron la partición de Oriente Medio hace cien años o la alteraron tras las guerras de los años 60 y 70 del siglo XX, ya estaban muertos el día del atentado; otros, y en especial aquellos que decidieron invadir Afganistán primero e Irak después, continuaron viviendo confortablemente y ahí siguen, indemnes, al día de hoy.

—No estaba ahí a esa hora —recuerdo ahora para Milena— porque esa noche no había podido dormir muy bien y para no seguir dando vueltas opté por levantarme. Por eso me presenté en la estación media hora antes de lo que era habitual. Por eso subí en un tren que sólo traía gente y llegué sin contratiempos a mi oficina, donde me enteré de lo que había pasado y comprendí que la muerte había vuelto a rozarme.

Estamos sentadas en uno de los bancos del memorial de las víctimas de los atentados, en la propia estación. Por fuera, en la parte que emerge a la superficie de la glorieta, a guisa de lucernario, es feo y sin gusto. Por dentro, con su atmósfera azul siempre suavemente iluminada, gracias al cristal grueso del gran tragaluz, es menos desafortunado, aunque no dejo de pensar, cada vez que vengo aquí, que yo habría hecho otra cosa.

—Luego si quieres vamos a la vía 2. Yo ahora no tengo que utilizarla, y la evito a conciencia cuando vengo aquí. Si esta estación con muros de hormigón y mal iluminada ya era tristona antes de convertirse en el cementerio de decenas de personas, ahora lo es todavía más. Por eso prefiero refugiarme en este rincón, aunque no sea mi monumento favorito.

—Es increíble que por dos veces tú… —observa.

—Eso he pensado yo mucho tiempo, hasta que empecé a analizar con frialdad los datos. Por ahí fuera quizá no sois conscientes, y a lo mejor alguno que sí lo es piensa que nos lo merecemos, por centralistas, pero a Madrid, y de rebote a los madrileños, nos han dado hasta en el carné de identidad. Fue el lugar donde ETA y GRAPO y FRAP y afines, por no hablar de los pistoleros fascistas en los años en que estuvieron activos, más y más duramente atentaron. Y por si eso era poco, vinieron los barbudos a batir aquí el récord de Europa. Las probabilidades de que una madrileña de mi tiempo estuviera cerca de un atentado son bastante altas, al menos moviéndome por donde yo me movía, y teniendo en cuenta la predilección invariable de los terroristas, con *txapela* o turbante, por los sitios por los que pasa la gente común. Una madrileña de una extracción más acomodada tendría algunas probabilidades menos.

—No lo había pensado nunca.

—Inconvenientes de tener aquí el gobierno. En provincias siempre se piensa que es un privilegio, pero también es una circunstancia que ha dejado unos cuantos cadáveres sobre las aceras de Madrid a lo largo de la historia contemporánea. No sólo en atentados, también en guerras civiles o de independencia, revoluciones y otras grandes escabechinas. Si miras bien, en casi cualquier esquina del centro en la que un moderno se hinca hoy un porrito a alguien le llenaron de plomo o le sacaron de una cuchillada las tripas a lo largo de los últimos doscientos años. Esta ha sido muchas veces y por mucho tiempo una ciudad jodida para vivir.

—Por fortuna, esas historias pasaron ya.

—Pasaron y quedaron, como dijo el poeta. Y los barbudos no han pasado, volverán antes o después, no será porque no quieran.

—Creo que sólo ahora empiezo a comprenderte —dice, abstraída.

—No puedo quejarme. A mí no me pasó nada. Una vez por tardona, y la otra vez por insomne, me salvé. Los que pueden dolerse son quienes perdieron a toda esta gente, y allá donde estén, si están, los que aquí vieron cómo les arrancaban de los suyos unos descerebrados.

—¿Qué es lo que hay en todos esos letreros? —me pregunta.

No le respondo inmediatamente. No quiero sonarle demasiado cínica o desalmada. Es algo que suelo evitar a conciencia, leer lo que dicen los letreros. Hay frases bienintencionadas, muchas conmovidas y algunas hasta conmovedoras; pero hay otras que me resultan tan inquietantes como el impulso homicida de los que pusieron las mochilas. Y al final, en todas ellas, incluso en una que recuerdo especialmente bien, veo algo de superfluo, de redundante, de inútil, y por tanto de improcedente. Una vez más, al pensar estas cosas, me doy un poco de repelús a mí misma, y no puedo evitar preguntarme en qué me ha acabado convirtiendo la suma del tiempo, los percances y mis malos pasos. Si es lícito ser y pensar así. Si no hay algo humano que he perdido y me falta.

—Durante meses después del atentado —le digo— pusieron en un rincón de la estación una especie de buzón para que la gente escribiera sus pensamientos sobre la tragedia. Lo que se lee en los letreros son los que escogieron, me imagino, los responsables del monumento.

—¿Podemos leerlos?

—Yo ya los he leído. Léelos tú, si quieres. Te espero aquí.

Milena frunce el ceño.

—No, ven conmigo, anda. Quiero leerlos contigo.

Qué se le va a hacer. Me levanto y voy con ella, resignada. Milena va descifrando todas las inscripciones con aplicación. Apuesto a que no se salta una sola, y de todas ellas trata de sacar una enseñanza o un sentimiento. Tras leer alguna, veo que incluso se le empañan los ojos. No la censuro, también a mí me ha pasado, y que ella se emocione, estando más lejos, en todos los sentidos, de aquella matanza, la ennoblece.

Yo, más que leerlas, las voy esquivando. Son poca cosa las palabras cuando tratan de confortar frente a los dolores irreversibles; menos aún cuando buscan atenuar la injusticia irreparable; nada cuando tratan de razonar la barbarie, o sobre ella, o contra ella, o por encima de ella. La barbarie es un monstruo desbocado que todos llevamos dentro, que con dificultad domamos —los que hemos crecido en algún lugar donde se prescribe ese ejercicio, hay otros donde se incita a darle gusto— y que en cuanto uno se descuida rompe la brida y campa a su aire hasta que se le agotan las fuerzas o da con algo que lo detenga. Sobre la barbarie no cabe la victoria dialéctica, no es algo sobre lo que podamos elevarnos, como si no par-

ticipáramos de la naturaleza de los que la practican y la extienden. Puedo admirar la bondad de muchos de esos mensajes, pero me cuesta admirar el candor, la superficialidad que veo en tantos de ellos. Un francés se pregunta por qué pagan siempre los inocentes. La respuesta es horriblemente sencilla: porque las facturas que se giran a los culpables siempre llegan devueltas. Abundan los mensajes que proclaman que no se los olvida, a los que cayeron. Esta sala vacía, este monumento un poco soso y de saldo —sí, lo sé, no debería ser tan cáustica— los refuta.

Se los empezó a olvidar al día siguiente. Es cierto, sí, que Madrid se quedó herido durante meses, que en las calles y en los bares se oía el silencio, y que aquella boda real que alguien no comprendió que debía aplazarse, por vergüenza, apenas encontró gente en su recorrido y el realizador de televisión tuvo que apretar los planos como pudo para que no se notara demasiado —que notarse, se notó así y todo—; pero no se hizo nunca el duelo y el homenaje que aquello merecía. Había demasiado interés en especular sobre las causas y la autoría de la masacre, incluso al margen de las pruebas y del proceso judicial, de manera que reportara más beneficios o votos al especulador de turno. Demasiada ponzoña, demasiada mala conciencia y demasiada suciedad que aún asoma en los

homenajes a las víctimas en cada aniversario, hasta en este último, nada menos que quince años después, parece mentira, quince años ya.

Peor llevo a quienes se delatan en el pésame, y asisto con horror al momento en que Milena lee en la lengua de su tierra un mensaje que dice que estaremos con vosotros *més enllà de les distàncies*. Como la primera vez que lo leí, me pregunto de qué distancias habla esa criatura delante del recuerdo de la matanza de doscientos hermanos humanos. Qué matiz tiene que salvar su cerebro para estar del lado de quienes murieron una mañana, a traición, cuando iban a trabajar. Y me pregunto qué hemos hecho tan rematadamente mal, o qué me ha vuelto a mí tan mal pensada, si quien escribió eso quiere decir otra cosa y lo malinterpreto yo.

Mi joven catalana tuerce el gesto.

—Vaya, aquí se cubrió de gloria, mi paisano.

—Pensé que a lo mejor yo me pasaba de madrileña suspicaz.

—No sé qué quiso decir, pero muy inspirado no estuvo —opina.

Sigo leyendo con ella. Prefiero, o me duelen menos, los que no son largos, los que tratan de condensar el mensaje en cuatro o cinco palabras. Por encima del resto, me quedo con uno que dice *Madrid Matriz*

Madre tierra de todos. No sólo me parece el más hermoso, sino a la vez el más inteligente. Porque es hermoso acordarse de las madres, de quienes dan la vida, ante la ciega crueldad de los que la arrebatan antes de tiempo, y lo es mezclarlas con la tierra que pisamos e inventarle esa etimología sobrevenida al nombre de la ciudad; pero a la vez es inteligente, y sirve de algo —más que los aspavientos de indignación o los llamamientos bucólicos a la paz— proclamar que una tierra cualquiera, como esta en mitad de la meseta castellana, es la tierra de todos. Sólo eso puede contener, lo poco que puede, a los que necesitan, y siempre encuentran, un mal Dios o una mala patria con los que atropellar a los demás.

Milena se fija entre tanto en otra frase. La lee en voz alta:

—*Todos íbamos en ese tren*.

No puedo impedir que mi gesto me traicione.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco te gusta? —me pregunta.

—Fue de todas la que hizo más fortuna —recuerdo—, y te reconozco que expresa una idea encomiable y solidaria y sabe hacerlo con brevedad, que en este tipo de literatura es algo que siempre se agradece.

—En todo tipo de literatura —me corrige, repelente—. ¿Pero?

—Tiene para mí un inconveniente insalvable.

—¿A saber?

Sopeso si debo moderar mis palabras. Al final, no lo hago.

—La pega de la frase es que no es verdad. En ese tren, en esos trenes, no íbamos todos: iban los que iban, y ellos fueron los que se quedaron allí, unos muertos y otros aplastados por el peso de la memoria, de las heridas, de las secuelas de las heridas. Los demás, pasado el horror, pudimos seguir viviendo, yéndonos de vacaciones, preocupándonos por nimiedades. Dedicándonos a manosear el relato de lo sucedido para que sirviera para asentar aún más los prejuicios de cada cual. Como dice el poema, los muertos se quedan solos, y también los que mueren a medias. Al cabo de un tiempo, es sólo su problema y el de su psicólogo, en la medida, siempre limitada, en que se carga con el trauma ajeno.

—Ya. En todo caso, aunque sea sólo un buen propósito…

—Los buenos propósitos no sirven de nada. Lo que habría servido es que los que no iban en esos trenes, ni irán, se hubieran preocupado de verdad de proteger sus vidas, y cuando las perdieron, por encima de todo, de atender a los suyos. Lo que hubo, en cambio, fue un campeonato de mentiras. No te digo

que quienes salieron a mentir casi desde el primer momento, vendiendo una teoría que no se tenía en pie y que en seguida vinieron a contradecir todas las pruebas, no se hubieran mentido antes a sí mismos. Eso no los excusa, ni los hace menos destructivos. Abrieron la veda, y la mentira, o la especulación gratuita, desparramada sobre los cadáveres todavía calientes, hizo saltar por los aires todos los límites. Si te fijas, se ha convertido ya en una herramienta normal de la política. Mira, sin ir más lejos, a esos paisanos tuyos a los que están juzgando ahora, los que están en la cárcel, acusados de rebelión y de no sé cuántos otros delitos más por el intento de independizarse por las bravas.

A Milena le sale de pronto la empatía con los suyos.

—Ahí no me digas que no se les ha ido un poco la mano a los jueces. Dos años llevan en la cárcel por montar un simulacro de referéndum.

—Yo no soy abogada, no sé si fue una rebelión o no, si los tienen que condenar por ese delito o si es excesivo tenerlos en la cárcel mientras los juzgan. Lo que sé, porque lo han reconocido ellos mismos, como si nada, es que no pararon de mentir a millones de personas, prometiéndoles lo que sabían que no podían darles. De eso, desde luego, no son inocentes, y

no sé qué años te caen por estafa, pero los tienen bien ganados.

—Te veo hecha una justiciera.

—Es lo que hay. La mentira corroe. Acuérdate de Chernóbil.

Renuncia a contradecirme, conciliadora. Reanuda la marcha y sigue leyendo los mensajes de condolencia. Ya va por la mitad del recorrido. Llevo todo el rato dudando si decírselo. Me da vergüenza, un pudor que en sí es comprensible pero que lo es todavía más a la luz de lo que vengo pensando todo el rato y de mi alegato anterior. Al final, me rindo.

—¿Te cuento un secreto?

—¿Qué secreto?

—Un secreto ominoso.

Los ojos se le iluminan.

—Esos son los que más molan. Cuenta.

—Una de estas frases la dejé yo.

—¿De verdad?

—Sí, una debilidad.

—¿Por qué debilidad? Me parece un detalle bonito. ¿Cuál es?

—Si la adivinas te lo digo.

—¿Y si no?

—Respiro aliviada y me guardo mi secreto.

—Qué mala eres.

—¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo. ¿Me dirás la verdad si la acierto?

—La duda ofende.

Milena se transfigura. Ahora es una mujer con una misión, y veo que está resuelta no sólo a cumplirla, sino a acertar. Literalmente se estudia todos los letreros, tratando de averiguar en cuál estoy escondida yo, o mejor dicho, la que yo era hace quince años y que no sé hasta qué punto sigo siendo hoy. Algo debe de quedar de ella por algún lado. Se toma su tiempo, no quiere precipitarse. De pronto, el recuerdo fúnebre se ha convertido en un acertijo, en un concurso de ingenio. Es un poco frívolo, espero que los difuntos, en su magnanimidad, nos lo perdonen.

Al fin, Milena viene hacia mí con expresión astuta y satisfecha.

—Lo tengo. No ha sido tan difícil. Te voy conociendo.

—No me subestimes, ni te vengas arriba. Fácil no es.

—Ya te digo yo que sí.

—A ver, sabihonda, dispara.

No vacila. Su voz cincela en el aire las palabras.

—*Todo está dicho*.

Me quedo de piedra. Veo que no le faltaban pistas, puedo pensar que sólo gestionó con cabeza y for-

tuna las probabilidades, pero así y todo no deja de ser de una agudeza sensacional. Se percata al momento.

—He acertado, ¿a que sí?

—No podría negarlo. Mi estupor me delata.

—Me gusta tu estupor. ¿Por qué elegiste escribir eso?

—Porque leí antes las palabras de los demás. Las pocas que creí que daban con alguna cosa que merecía la pena decir. Las que reproducían, con tanto empeño, esos lugares comunes que nunca llevan a ninguna parte.

—En algún lugar común hay que caer, cuesta evitarlo.

—Ya lo sé, pero no quería ir por ahí. Ni escribir algo que no tuviera ninguna posibilidad, como lo que realmente sentía. No habría pasado el filtro del bienqueda al que debieron de encargarle la selección.

—Acabas de picarme la curiosidad y lo sabes.

—¿Por?

—¿Qué era lo que realmente sentías?

De repente, la atmósfera del lugar empieza a agobiarme.

—Vamos fuera —le digo—, te lo cuento ahí.

Regresamos al vestíbulo de la estación. Aunque a esta hora, las doce pasadas, no hay tantos viajeros

como en hora punta, se ve concurrido. Me acerco a los ventanales del fondo, desde los que se abarca todo el espacio del intercambiador, con su trasiego continuo de gente.

—Lo que sentía, lo que siento —le explico— es que el golpe de aquel día no sólo dio de lleno en el corazón de esta ciudad, que es este sitio, los que lo planearon supieron a dónde apuntaban. Fue un golpe, también, a quienes siempre salen malparados entre nosotros. Me he leído todos los libros que publicaron luego sobre el atentado y ya sé que era una célula vinculada a islamistas que buscaban vengarse de quienes los habían enviado a la cárcel años antes, que no puede hablarse de una relación causa-efecto directa con la invasión de Irak o con otro hecho concreto, que fue un episodio más de la guerra entre Occidente y el islam…

Hago una pausa dramática. Milena me invita:

—¿Pero?

—Pero dos semanas antes estuve en Nueva York, por trabajo. En la Atocha de allí, Grand Central. Estaba infestada de policías con fusiles. La alerta era máxima. Aquí, en cambio, apenas se ponían medios para vigilar a los islamistas, sabiendo que los había y que esa foto en las Azores con los invasores de Irak los azuzaba más. Los pusieron luego, a toda prisa,

cuando esas doscientas personas ya estaban muertas y enterradas.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Del asesinato sólo tiene culpa el asesino, pero los que lo hicieron no dejaron de buscar el objetivo más fácil. Y mientras darles a quienes tomaban las decisiones que decían combatir era imposible, matar a doscientos trabajadores madrileños no presentaba dificultad. Porque no se habían tomado para protegerlos las precauciones que sí se tomaban, se toman y se tomarán para proteger a otros. ¿Me vas entendiendo?

—Me parece.

—Este es el mausoleo de mi gente. Este pudo ser mi mausoleo, a lo mejor debería haberlo sido. Habría sido honroso morir aquí, junto a los míos. Más que sobrevivir para ver que nada cambia y nada se endereza, que los patosos no rinden cuentas y los dementes siguen matando.

—No digas esas cosas.

—Las siento. Ese día murió algo en mí, en esta ciudad, en este país. Algo que no ha podido recobrarse, porque no se ha entendido y así nada puede repararse. Había más afán de capitalizar la desgracia. Por eso se cobra su tributo. Desde aquel día, vamos como vamos. Algo se ha roto que no conseguimos recomponer. En el país, en la ciudad, en mí.

—Me estás preocupando.

Intento sonreír. Tampoco persigo ese efecto.

—Tiene su parte buena. Me sirvió para sacudirme todo lo que me tenía deprimida por entonces. Para aprender que se puede vivir perdida, sola y rota. Que se debe, incluso. Por ellos, que ya no pueden.

Miro al fondo de la estación, intentando verlos. Y por un momento, secreto y emocionante en medio de la multitud, siento que Milena los vislumbra conmigo, a mis muertos, que me recuerdan quién soy.

Suena una música de violín sobre la imagen de las ramas de un árbol, desnudas y oscuras sobre un fondo gris, y siento que todavía estoy bajo la conmoción de lo que acabo de ver. La música la había oído, es un aria de *La Pasión según San Mateo*, quizá la más conocida de esa obra y del autor y una de las más célebres de todos los tiempos: *Erbarme Dich*, o lo que es lo mismo, *Apiádate de mí*. La película que así se cierra, en cambio, no la había visto. Me la acaba de poner Milena, fiel a su costumbre de siempre, antes o después, salirse con la suya. Está rodada en sueco —salvo alguna frase en inglés o francés y el aria en alemán— por lo que de no ser por los subtítulos apenas habría podido entender alguna palabra de las que esa lengua tiene semejantes al inglés. Se llama *Offret*, que quiere decir en español *Sacrificio*, y es la última que rodó, allá por 1985, el ruso Andréi Tarkovski. En mi mente se agolpan de pronto las sensaciones, las ideas, las emociones, que Milena, complacida, me ayuda a organizar.

—El profesor que me la descubrió, en la facultad, decía que el genio y la singularidad de este hombre reposaban en tres pilares: su manejo de la imagen, su manejo de la palabra y, por encima de todo, su manejo del tiempo —me explica, didáctica—. No sé si te has fijado en el tipo de planos que utiliza, una y otra vez. En el texto de los diálogos, desde el primero hasta el último. Y en la forma en que plasma el instante, y al final, en un alarde, la sincronía: el paisaje, el incendio, los actores.

El detalle no me ha pasado inadvertido. La película termina con un incendio, que acaba reduciendo a pavesas una gran casa de madera. Por el material de que está hecho el edificio, su velocidad es tremenda y todo se consuma con bastante rapidez, desde que las llamas cobran fuerza hasta que la estructura, también de madera, cede y se desploma devorada por el fuego. Y mientras tanto la cámara está haciendo un *travelling* continuo alrededor de la casa, con media docena de actores yendo de un lado para otro, gritando, incluso diciendo algún diálogo, en una coreografía única e irrepetible para la que sólo hubo, por lo que de la imagen se desprende, una oportunidad. Es el ejercicio más extremo de atrapar el tiempo, de esculpirlo, como él decía, que he visto jamás.

—Siguiendo a mi profesor —continúa—, y por lo que se refiere a la imagen, fíjate en esos *travellings* que repite una y otra vez, muy despacio, a paso humano o incluso más lentos: podrías pararlos en cualquier fotograma, el que quieras, podemos hacerlo, si tienes curiosidad, y tendrías un cuadro perfecto, con su composición, su armonía, todo. Es capaz, el tío, de descomponer el tiempo y el relato, porque además a lo largo de esos movimientos de cámara pasan cosas y te las cuenta todas, con una transparencia increíble, en momentos y estampas impecables.

—Me he fijado —asiento—. Ya desde el principio.

—Lo de la utilización de la palabra, según mi profesor, también lo sitúa a otro nivel. No tengo ni idea de sueco, así que me tengo que guiar por los subtítulos, pero observa qué ausencia sistemática de banalidad, que nula intención de complacer al espectador superficial o distraído, qué exigencia en lo que todos los personajes dicen, y cómo lo dicen.

—Y cómo lo escuchan —añado.

—Hay quien le reprocha que sus guiones, sobre todo este, son demasiado teatrales. Yo creo que no lo entienden. No entienden que este tío inventó una nueva naturalidad, una nueva forma de decir las cosas esenciales, sin someterse a las convenciones y los

miedos de otros. No hay nada gratuito, nada hueco, nada sin una fibra de verdad. Lo que se dice está siempre prendido a la imagen, y sobre todo, al tiempo.

No puedo dejar de inclinarme ante estas consideraciones.

—A mí también me habría convencido, tu profesor.

—El tiempo —suspira—, de eso sí que era un virtuoso. Si alguna vez yo acertara a acercarme de lejos a lo que este hombre hace con él… Observa que nunca tiene prisa, pero nunca lo pierde: nunca se alarga donde no corresponde, para subrayar o mostrar nada. Un defecto que quizá sí tiene en alguna otra de sus películas, un vicio en el que cae más de una vez Sergio Leone, por poner un ejemplo famoso, de un director nada malo, y que va camino de ser la seña principal de Tarantino, no quiero ni imaginarme lo que habrá hecho con esa película que estrena ahora. Tarkovski deja que un hombre plante un árbol o haga una pira para quemar su casa al ritmo exacto y necesario; igual que cuando pone a un médico a calmar con una inyección a una mujer histérica, o a una mujer a desnudarse o a abrazar a un hombre que está muerto de miedo.

Según la oigo evocarlas, tendida a mi lado en la cama desde la que hemos visto la película, vuelvo

a contemplar en el recuerdo todas las secuencias a las que está aludiendo. Todas y cada una se me han quedado grabadas, y de todas y cada una recuerdo la cadencia, ese ceñir el tiempo de la cámara al tiempo de la vida, el ritmo del cuento al del corazón. Me invade la gratitud por haber compartido con ella la experiencia.

—Tengo un recuerdo difuso de las otras dos que vi suyas —le digo—, pero esta me ha parecido mucho mejor. Prácticamente perfecta.

Milena se vuelve hacia mí.

—¿Ves como tenías que dar tu brazo a torcer?

—En serio, me ha sorprendido —le reconozco.

—Me alegra —celebra, incorporándose de golpe y abrazándose a la almohada—. Tengo una pregunta para ti: ¿de qué dirías que va?

No me precipito. La película me ha transmitido un aluvión de ideas, nítidas una por una, incluso deslumbrantes, pero es más difícil juntarlas todas en una interpretación, en un resumen más o menos general.

—Si me pongo a tratar de reconstruir el argumento, me cuesta darte una respuesta —le digo—. Un periodista de cierto éxito y cierta fama se dispone a celebrar su cumpleaños en su casa al lado del mar, con su mujer, sus dos hijos y un par de amigos. Antes de la fiesta planta con su hijo pequeño un árbol

raquítico y le cuenta al niño la historia de la casa: cómo su madre y él se perdieron durante un viaje por la isla y acabaron yendo a parar allí y al ver la casa él supo al instante que quería vivir en ella el resto de sus días. También le suelta una perorata que no parece muy apropiada para su edad, sobre la bondad del método y de los actos repetidos, sobre la mentira del progreso y el imperio de la fuerza y el miedo, sobre lo equivocado de una civilización que sólo trae confort a cambio de dependencia y de volcarnos en lo que es innecesario.

—Veo que has puesto atención.

—Me ha enganchado ese discurso, cómo está escrito, cómo le cuenta sus historias y sus paranoias al niño, las frases que se marca. Como esa de que lo innecesario es pecado y por eso somos pecadores.

—Ahí nos ha dado, a todos.

—Luego vienen su amigo cartero, su amigo médico, su mujer y su hija veinteañera. El cartero parece un poco chiflado, no hace más que hablar de Nietzsche y del eterno retorno y de que vivimos esperando algo importante que nunca llega, alimentando esperanzas que terminamos perdiendo siempre, para morir y empezar otra vez. El médico dice que se quiere ir a Australia, la mujer parece inestable y resentida, a la hija no se la ve muy centrada tampoco. Ya en la casa

aparecen las dos criadas, una islandesa un poco extraña, que va y viene, y una interna más joven. Esos son todos los personajes y puede empezar la fiesta. El cartero le trae un buen regalo: un mapa de Europa del siglo XVII, auténtico. Alexander, el protagonista, le dice que es demasiado, y el cartero, que se llama Otto, responde que todo regalo que lo sea de verdad implica un sacrificio. Es la primera vez que dicen la palabra. Y la frase es otra que me quedo.

Milena abre mucho los ojos.

—Me estás dejando pasmada. Qué memoria.

—Sólo para lo que me interesa —bromeo—. También me ha gustado cuando dice que colecciona incidentes inexplicables y cuenta uno y al ver que no le creen se queja de que no miramos, y por eso no vemos. O cuando Alexander, después de hojear el libro de iconos que le ha regalado su amigo el médico, se lamenta de que ya no somos capaces de crear esas imágenes, ni siquiera podemos ya rezar, como sí podía aquella gente.

—Otra cruda verdad.

—Alexander discute luego con su mujer, con la que se ve que tiene una relación tensa porque abandonó la interpretación, aun teniendo una carrera brillante como actor que a ella parecía ilusionarla. Él se defiende y le dice que comprendió que no podía

seguir asumiendo el esfuerzo de poner su persona al servicio de los personajes, que sentía que era en el fondo algo indebido, deshonesto, un comportamiento casi femenino.

—Ahí nos lo pone difícil para la perspectiva de género —ironiza.

—Bueno, sí, un poco machista sí que es. Pero en el contexto de la época, del individuo, etcétera, vaya, se le puede perdonar. ¿O no?

—Yo soy quien te ha recomendado la película.

—Después —continúo— es cuando viene ese giro surrealista, con esa voz que sale de la televisión y viene a decir que el mundo se enfrenta a un inminente holocausto nuclear. A partir de ahí, cunde el pánico, las mujeres pierden los papeles, los hombres quedan gravemente abatidos, pero se contienen, otro patinazo heteropatriarcal, y la película entra en esa maravillosa zona de descontrol donde se mezclan el sueño y la realidad, la cordura y la locura, el presente y la premonición…

Milena ratifica, complacida:

—Otro rasgo de genialidad de Tarkovski, según mi profesor. Que no se sepa donde está la frontera entre una y otra cosa, porque la cámara lo mira y lo registra todo por igual, sin distinguir, sin jerarquizar.

—Es que ahí para mí empieza lo mejor. Alexander puesto de rodillas rezando a Dios: *por quienes creen en Ti, por quienes no creen en Ti porque están ciegos, por quienes no han sido lo bastante desdichados como para pensar en Ti siquiera*. Y sobre todo por sus hijos, por su mujer, por sus amigos, por que el apocalipsis no llegue y tengan tiempo de vivir y de aprender a someterse a la voluntad divina. Por salvarlos se ofrece él a perderlo todo: a separarse de su familia, de su hijo al que adora, a destruir la casa en la que soñaba con poder vivir hasta que la muerte viniera a llevárselo.

—No doy crédito. Recuerdas frases literales…

—Yo no soy demasiado creyente —admito—, no al menos en el Dios que en su día me trataron de inculcar, pero la manera en que lo dice… A quién que tenga entrañas puede no dejarle tocado. Y lo de Otto, luego, diciéndole que tiene que ir a la casa de María, la criada islandesa, y acostarse con ella, porque es una bruja buena y con ese acto salvará a los suyos. Y cómo se va a ver a la islandesa, y le habla llorando del jardín de su madre moribunda, que se empeñó en arreglar y luego sintió que así lo había arruinado, y aunque ella se le resiste al final consigue que se apiade y se acueste con él. Esa escena, los dos flotando sobre la cama…

—Mística pura —sentencia.

—Qué vulgar parece, a su lado, cualquier escena de sexo al uso.

—Impresentable.

—Y el final… Cuando Alexander despierta y ve que la amenaza ha pasado, y entonces comprende no sólo que María era una bruja buena, sino que tiene que cumplir la palabra dada a Dios, y aleja a su familia y a sus amigos de la casa y le prende fuego. Así consuma el sacrificio, así da a los suyos el mayor regalo que puede darles, renunciar a ellos. Y viene la ambulancia, con los enfermeros que se lo llevan para encerrarlo, y vuelve la cámara al hijo, al árbol que plantaron al principio, a las preguntas que vuelven a empezar, a la esperanza que nunca se apaga del todo.

Milena asiente, feliz.

—Desde luego, no puedo decir que no te has enterado.

Me encojo de hombros.

—Y sin embargo —digo—, no he respondido a tu pregunta, todavía. Necesitaba volver a pasármela entera, para pensar bien de qué va.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—A una intuición, más bien. Creo que va de encontrar el propio lugar en el mundo, de aprender a querer, a creer y en definitiva a esperar, sabiendo que

la muerte está ahí, a la vuelta de la esquina. De aprender a superar ese *terror nauseabundo y animal* que en mitad de su oración dice Alexander que le inspira la muerte, o ese deseo testarudo de no ceder del que habla su mujer; vencerlos y prestar a quien queremos el servicio que podemos prestarle, y que antes o después pasa por renunciar a nuestro yo. O lo que es lo mismo, por el sacrificio, por despreciar lo que somos, por abandonarlo, incluso destruirlo, para salvar a otros, no de la muerte, de la que nadie puede salvarse, sino del miedo y de la desesperanza.

—Vaya —musita.

De repente, me asalta la duda.

—¿He fallado la pregunta? ¿Qué decía tu profesor?

Milena me pasa la mano por la mejilla. El tiempo se detiene en la habitación, en este apartotel que no es ni puede ser el hogar de nadie, y que no podría por tanto quemar como sacrificio de amor, pero que por ahora es todo el que yo tengo, y el único en el que puedo acogerla. Veo que tiene los ojos húmedos. Oigo al fin su voz, trémula, cristalina:

—¿Y qué importa, ahora, lo que decía mi profesor?

Estamos en otra de las terrazas bonitas y acogedoras de Madrid. La de Doña Luz, en la calle de la Montera. No la he traído aquí a cenar por la comida, que no está mal, lo admito, pero no es lo que mueve mis pasos por el mundo. La he traído porque es un lugar puesto con esmero, con unas vistas únicas y un hilo musical al margen de modas y dentro de mi rango auditivo aceptable. Suenan ahora Fito y Fitipaldis, no distingo muy bien qué canción, todas me parecen más o menos iguales, pero me traen siempre buenas vibraciones. A un lado se ve, iluminada, la torre del reloj de la Casa de Correos, que hoy es la sede de una cosa tan poco lucida como la presidencia de la Comunidad de Madrid, una magistratura en la que en su corta historia se suceden los caídos en desgracia judicial, pero que en otro tiempo fue la sede principal del gobierno del país, donde se proclamó la república o donde quien acabó con ella tenía sus cloacas de represión y vigilancia; su silueta hoy impoluta y luminosa no puede estar, en fin, más llena de connotaciones. Al

otro lado se ve otro reloj, también iluminado: el del edificio de la Telefónica, por algún tiempo el más alto de la ciudad, durante la guerra civil la referencia principal de la artillería y la aviación que bombardeaban sin conmiseración a los madrileños. Es una paradoja, tal vez, la placidez que transmiten en esta noche de julio, sobre la que se resiste a descender la temperatura. Reconozco de pronto la canción de Fito que está sonando. Es *Me equivocaría otra vez*.

Se va cumpliendo el mes y yo sigo sin encontrar un piso que pueda alquilar por un precio no ya razonable, sino simplemente verosímil. He empezado a sopesar la posibilidad de volver a mi viejo barrio, tampoco me importaría, pero también allí han subido los precios, me aleja de mi trabajo y me complica la combinación de transporte de una forma que debería intentar evitar. No me queda ya demasiado margen: he intercambiado un par de mensajes con Diego, mi jefe, y le he prometido que estaré de vuelta en la oficina para el 5 de agosto, justo después de mi cumpleaños. Es todo lo que puedo aprovecharme de su generosidad, que es la principal garantía de mis derechos laborales. De lo que puedan ofrecerme sus teóricos valedores, los sindicatos, aprendí a no esperar nada la vez que me tocó negociar el convenio colectivo en representación de la empresa, y pude comprobar

hasta qué punto sus liberados estaban instalados en sus privilegios y distraídos respecto de lo que se discutía, quizá porque la noche anterior siempre andaban de farra por Madrid y la resaca se colgaba como un orangután de sus párpados. Otra de las amargas decepciones, otro de los descreimientos de mi colección.

En todo caso, empiezo a sentirme a gusto en mi apartotel y mis ahorros me permiten pagarlo durante varios meses sin comprometer mis finanzas de manera irreversible. No voy a precipitarme: quiero creer que incluso en medio de la situación delirante de la vivienda en Madrid quien busca sin prisa y con ahínco termina por encontrar y para lo que ahora necesito, dormir, guardar la ropa y unos pocos libros y recibir a Milena y desordenar la cama o ver con ella alguna película, me basta y sobra.

Esta tarde hemos estado viendo un rato el debate de la investidura del candidato que aspira a repetir y todo indica que no va a ser elegido como presidente del gobierno. Por lo pronto, ya ha perdido hoy la primera votación, pero ella y yo no hemos aguantado tanto el espectáculo parlamentario, que deja mucho que desear respecto del que yo misma tengo edad de haber conocido. A la tribuna sólo suben tuiteros, y los 280 caracteres son un contenedor precario para el

pensamiento de alcance. Así que lo hemos cortado, aburridas, y nos hemos puesto una película. O más bien, como suele pasar entre nosotras, me la ha puesto Milena.

Me ha gustado, aunque no tanto como la de Tarkovski. Su director, el chino, o hongkonés, Wong Kar-wai, es un cineasta virtuoso y solvente, pero no está a la altura estratosférica del ruso. Y la película, *2046*, es buena, muy poética, atrevida y visualmente hermosa, pero no es como *Sacrificio*, que anda allá por donde anden las películas que puedan ser al cine lo que la Capilla Sixtina o uno de los cuadros grandes de Velázquez a la pintura. Le hago este comentario a Milena y ella lo defiende:

—Quizá para que la comparación sea justa habría que darle un poco más de tiempo a Wong Kar-wai, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres? La peli es bien larga.

—No me refiero a eso. Sino a que *Sacrificio* es la obra de alguien en la cumbre de su arte, de un hombre a punto de morirse, que pone todo lo que tiene, a conciencia, para filmar lo que va a ser su testamento.

Me encojo de hombros. Le pego un tiento al vino: es un verdejo frío, o me contengo o me acabo bebiendo una botella. Me ratifico:

—Por lo que sea. Una es una película sobre todo. La otra, sobre las aristas del amor, que no es mal tema, pero es algo más pequeño.

—Lo cuenta de manera original. El amor es un tema resbaladizo.

—Desde luego. Y además de original, es elegante. Eso no lo niego.

—No gusta a todo el mundo.

—Ya, y lo puedo entender.

—Tenía una compañera de carrera que decía que no entendía nada del rollo futurista, de dónde salía lo de 2046, y que la ponían nerviosa todos esos chinos, ese empeño tan absurdo en sufrir —bromea.

—No pilló la idea —aventuro.

—También decía que el chino la sacaba de quicio, eso de no entender nada, y tener que fiarse de unos subtítulos que vete tú a saber. Tenía un mosqueo continuo con lo poco que parecía corresponderse lo que leía en los subtítulos con la duración de los sonidos que hacían los actores.

—No tengo ni idea de chino, pero me temo que no sólo es otra forma de decir, sino que obedece a otra forma de ver y pensar el mundo.

A Milena se le ilumina la mirada. Toma un sorbo de vino.

—A mí eso me pone. Y ver que desde esa diferencia este tío expresa emociones que yo he sentido y que comprendo perfectamente.

—¿Ah sí? ¿Como cuáles?

—Que he sentido o que me hace sentir él, quiero decir.

—¿Por ejemplo? —insisto.

Su mirada se pierde en la estructura entoldada que cubre la azotea, para protegerla cuando, como ahora no es el caso, la castiga el sol.

—Ese sentimiento terrible de que los tiempos de los amantes no se acompasan, de no tener oportunidad de que el amor se realice, porque se le pasó a uno de los dos, o a los dos, el momento favorable. O ese otro, tan triste, de perder tu tiempo cuando se lo prestas a quien no sientes que le pertenece: cuando estás, por lo que sea, con quien ya no debes.

—¿Has vivido esas situaciones?

—Dijimos que no hablaríamos de eso —me recuerda.

—Preguntaba en general.

Se hace de pronto la interesante.

—Aquí donde me ves, he vivido casi de todo. No lo digo para vacilar o para enorgullecerme, todo lo contrario. También lo de ir a suplicar, a mendigar prácticamente, como la chica al final de la película, lo

que ya no puede ser tuyo ni como limosna. Aunque me prometí no repetir.

—Ese es un sabio propósito.

—También Wong Kar-wai sabe trabajar la sustancia del tiempo, es verdad que no como Tarkovski, pero fíjate con qué libertad juega con el orden cronológico, y cómo sabe detenerse, cuando merece la pena.

—Se lo reconozco —concedo.

—Y la imagen, la atención que pide, y lo que te da a cambio de ella. Mira cómo sugiere lo del novio celoso que apuñala a esa chica, la que se llama Lulú en Singapur y Mimi en Hong-Kong: sólo con una chaqueta de brillos azules. O cómo te anticipa que el protagonista ha besado a Su, la mujer del guante, por el carmín corrido de sus labios, antes de verlo.

—También, es verdad.

—Y la música. No sólo la *Polonesa* de Umebayashi, o el *Adagio*, que son las que suele asociar todo el mundo a la película…

—El *Sway* de Dean Martin, o esa versión de *Siboney* —añado.

—Por la orquesta de Xavier Cugat, nada menos.

—¿Tú sabes quién era Xavier Cugat?

—Lo investigué en su día —asiente—. Un crack. Y de mi tierra.

—A mí me han llamado más la atención otras cosas —le digo.

—¿Cuáles?

—Ese título de la primera parte. *Los recuerdos son rastros de lágrimas*. O el hecho de que todos los personajes sean nómadas y vivan en hoteles, en habitaciones muy pequeñas. No he podido evitar identificarme.

—Tu habitación no es muy pequeña.

—Pero es una habitación. Y un hotel, o un apartotel, igual da.

—Eso sí.

—Y esa idea tan bien traída, la de la historia del principio, y que recuerda al final, de que los antiguos, cuando querían guardar un secreto, se iban a lo alto de una montaña, buscaban un árbol, le hacían un agujero y a ese agujero se lo susurraban, el secreto, y después lo tapaban con barro, de manera que nadie podría así saberlo nunca. Si te fijas, también aquí, como en *Sacrificio*, hay un árbol que abre y cierra la película.

—No había caído en ello —dice, sorprendida.

—Es muy bonito eso que dice: que la mujer que no sabe si le amó le susurró quizá a un árbol la verdad y por eso él no lo sabrá nunca.

—¿Tú harás igual? —me espeta de pronto.

—¿Si haré qué? —dudo.

—Susurrarle a un árbol si me quieres, para que yo nunca lo sepa.

—Qué ideas tienes.

Su rostro se pone serio.

—Creo que no lo sabré nunca, si me quieres o no. Si esto es amor.

Me deja un poco descolocada. Medito qué responder.

—¿Me quieres tú? —la reto.

—Cada día un poco más, y diría que casi desde que te vi. No sé si te acuerdas de la primera noche. Te asustó que fuera tan lanzada.

—Un poco, la verdad.

Relaja entonces el gesto.

—Lo hice por eso que cuenta la película. Porque no se puede dejar pasar el momento de un amor, cuando lo sientes, las pocas veces que de verdad lo sientes, porque te arriesgas a que ya no haya otro momento y te duela toda la vida. Y porque no tienes que prestarle a quien no te inspira un amor semejante ni un segundo de más de los que tienes.

—Fue un poco impulsivo, en cualquier caso.

—Dime, ¿tienes un árbol donde guardas tus secretos?

En ese momento reparo en su teléfono móvil, que descansa al lado de su cubierto y que no es el mismo

que la veo llevar desde que la conozco. Es también un iPhone, pero de un modelo más antiguo, no el de última generación que solía manejar. No por esquivar su pregunta, sino porque el detalle me produce cierta inquietud, no puedo dejar de decirle:

—¿Has cambiado de móvil?

Le lanza una mirada nerviosa.

—No, este móvil lo tengo desde hace tiempo.

—¿Y el otro que tenías? ¿Se te ha roto?

—No, funciona perfectamente.

—¿Entonces?

Apenas titubea un segundo. Luego me lo cuenta, del tirón:

—Ayer lo formateé, lo guardé en su caja con su cable, metí la caja en un sobre y se lo mandé por mensajero a quien me lo regaló.

—¿Y eso?

—Me llamó. Fue una conversación desagradable, discutimos y tuvo la poca categoría de recordarme que me lo había regalado y que se había gastado una pasta en mí. Me sonó a que creía haberme comprado a mí, no el puto teléfono, y yo no le tengo tanto apego a ningún cacharro y no lleva más de una hora limpiarlo, cargar la batería del que tenía antes y volver a bajarme de la nube todas mis cosas. Me entró la necesidad de hacerle ver de la manera más gráfica

que es un gilipollas integral.

—¿Te ha llamado más veces?

—Unas cuantas, pero no se lo he cogido. Ni se lo cogeré.

—¿Estás bien? ¿Se está pasando mucho?

—Se está pasando lo que le pide su orgullo de machito, ahora que ve que yo no voy a marcar su número nunca más. No te preocupes, no es un tipo muy valiente, tampoco de los que se les pelan los cables. Se quiere demasiado para arriesgarse a vivir sin crema hidratante ni *anti-age*.

—Si va a más…

—No va a ir a más, tranquila. Y dime, anda, no quieras escaparte.

—¿Qué? —murmuro, mi mente todavía en su exnovio.

—¿Tienes un árbol?

De pronto su pregunta se me clava y se expande hasta llenarme el pecho entero. Hay algo, quizá su propensión a buscar películas rodadas por gente que mira más de lo que mira el ojo humano corriente, que le permite ver más allá de lo ostensible y de la superficie de las cosas.

—Tengo un árbol —le confieso, y no me quedo ahí—: No paro de pensar en él desde que vi el de *Sacrificio*. Y ahora el de esta otra.

Milena, ya contaba con ello, reacciona como Milena.

—¿Y cuándo vas a llevarme a verlo?

Estamos las dos a la sombra del árbol. Es una sombra poderosa, densa, majestuosa, que incluso bajo la canícula de julio, de estos últimos julios pavorosos que nos depara Madrid, es capaz de mantener el pulso al sol sin que este se lo doble. Tiene un porte descomunal, según el letrero que lo identifica como uno de los ejemplares incluidos en el catálogo de árboles singulares de la Comunidad de Madrid: algo más de treinta metros de alzada y casi trece de radio máximo de copa. Lo que, si las matemáticas no me engañan, representa cerca de quinientos metros cuadrados de sombra cuando la luz incide perpendicularmente sobre él. Está rodeado de numerosos árboles de su misma altura, de su misma especie y de otras de gran tamaño, lo que convierte este rincón del Jardín del Príncipe de Aranjuez en un bosque umbrío y rotundo en el que da gusto refugiarse y en el que casi se olvida una del furor del verano.

Acabamos de visitar la cercana Casa del Labrador: ya que veníamos aquí no iba a enseñarle sólo un

árbol, por especial que sea para mí, pudiendo llevarla a ver esa joya desconocida por muchos madrileños. Se ha quedado fascinada por las sedas con motivos pompeyanos o etruscos que desde hace más de dos siglos revisten sus paredes, los alucinantes pájaros muertos tallados en boj o marfil por el francés Jean Demontreuil o la colección de bustos de sabios griegos que el diplomático José Nicolás de Azara encontró en la Villa Pisoni, en Tivoli, y le regaló al rey Carlos IV. No los identificó Azara demasiado bien —confundió a Platón con Homero, por ejemplo—, y por eso no he podido asegurarle que mi preferido, el que dice la inscripción que representa a Tespis, el actor y dramaturgo que según Aristóteles inventó la tragedia ática, sea de verdad una imagen del personaje en cuestión. Por lo demás, es una copia romana de un original griego, aunque eso no quita para que desde sus órbitas blancas dos mil años nos contemplen. Milena no daba crédito: que semejante colección, reproducida profusamente en la Europa del XVII y el XVIII gracias a los vaciados del italiano Albacini, esté aquí, casi olvidada en Aranjuez, en un salón no muy grande de un antiguo pabellón de caza que hemos visitado con media docena de personas más.

Retraso el momento de explicarle por qué la he traído aquí, a ver este árbol, y qué es lo que signifi-

ca para mí. Me entretengo con un preámbulo sobre el origen del jardín, proyecto personal de Carlos IV cuando aún era Príncipe de Asturias —de ahí el nombre—, como la casa que acabamos de recorrer, y que concibió como un espacio de esparcimiento y recreo. La guía que nos ha acompañado en la visita, amable y solícita, como no suele ser regla en este tipo de monumentos palaciegos, ha hecho mucho hincapié en que el rey se ocupaba personalmente de la decoración, de elegir las piezas y a los artistas y artesanos, incluso de cuidar los cientos de relojes que por su empeño coleccionista atesora hoy el Patrimonio Nacional. Entre ellos, la pieza excepcional que da la hora en la sala de las estatuas de Azara: una reproducción de la Columna Trajana de Roma por la que asciende una estrella hecha de rubíes. No quiso la Historia premiar tantos desvelos: en 1808, apenas un año después de terminar las obras, el monarca se vio obligado a abdicar y abandonar España. Nunca volvió a poner el pie en Aranjuez, y de su proyecto disfrutó sobre todo su hijo, que le negó el regreso hasta su muerte, diez años después.

—Tal vez disfrutó más concibiéndolo y construyéndolo de lo que lo habría disfrutado teniendo más tiempo para habitarlo —dice Milena.

—Tal vez, es una buena observación. Aparte de relojero y decorador aficionado, también tocaba el violín, y a él se debe que haya hoy varios Stradivarius en el Palacio Real. Es un rey al que no se le suele prestar mucha atención en las clases de Historia, porque políticamente fue gris, comparado con su padre y sobre todo con el cabestro de su hijo, pero a mí, desde que conocí este lugar, me ha llamado siempre la atención. Protegió a Goya, y en su biografía hay un detalle muy entrañable.

—¿Ah, sí, cuál?

—Sobrevivió sólo dos semanas a su esposa, que era fea con ganas y que según las malas lenguas le ponía los cuernos con su ministro.

—Eso es amor —opina Milena.

—O se le parece mucho. ¿Tú eres monárquica?

Milena se echa a reír.

—¿Tú que crees?

—No lo sé. Por eso pregunto.

—En una catalana, raro sería. No es tendencia en mi tierra.

—También yo me siento republicana. Entre tú y yo, y como aquí no ofendo a nadie, lo de la monarquía, más allá de la Edad Media, en la que podía tener algún sentido vivir bajo la protección de un carnicero más echado para adelante que el resto, que suele ser

el perfil del fundador de dinastías, me parece irracional y hasta ridículo. Por eso estos jardines me dan que pensar, y por eso no veo mal que el rey que los hizo pasara de ser un estadista y se dedicara a buscar muebles, cuadros y esculturas. Gracias a él, una institución de moralidad y utilidad dudosas trajo bienes ciertos, de los que todavía hoy disfrutamos. Esas obras de arte, estos jardines. Aranjuez sería mucho menos sin ellos: no se concibieron para amenizar la vida de todos, sino de unos pocos, pero el efecto final es que todos esos jubilados y todos esos chavales que nos hemos cruzado pueden utilizarlos hoy para pasear, hacer deporte o lo que les plazca.

—Dentro de un orden.

—Que al que necesite destruirlos se le impida lo veo bien.

—Claro, faltaría más —se pliega.

—Y sobre todo, le estoy agradecida por hacer que plantaran este árbol —vuelvo la mirada al tronco enorme y rugoso—. ¿Te has parado de verdad a pensarlo? Tiene 245 años, estaba vivo cuando ese rey todavía lo era, y nos está dando sombra a nosotras ahora. No sé si aquel hombre creyó que algo así podía pasar, cuando mandó plantarlo a sus jardineros. Es un plátano, un árbol traído de América: habrás visto muchos en tu vida, pero pocos como este, porque para

que un árbol así exista tienen que juntarse muchas cosas. Un jardinero que sepa cómo plantarlo, muchos que sepan cuidarlo a lo largo de más de veinte décadas, nadie que le haga daño, un buen suelo, unas buenas raíces, un buen aire…

—¿Qué tiene este árbol para ti? —pregunta, impaciente.

Elevo la vista hacia su copa. A las ramas recias y retorcidas que se extienden desde el tronco para sostenerla. Su forma recuerda, en mucho más firme, la de las ramas del arbolito con el que Tarkovski labró en el tiempo su último fotograma, las ramas a donde vuelve la mirada un niño a cuyo padre acaban de llevarse. Tomo aire. Y le pregunto a mi vez:

—¿Te has fijado en su nombre?

—Plátano Padre —lee en la placa informativa.

Vuelvo a tomar aire. Se me empaña la mirada y se me hace en la garganta un nudo que tengo que deshacer antes de volver a hablar.

—Mi padre me traía aquí. Él me enseñó este árbol, me descubrió lo extraordinario que era y me contó que tenía, ya entonces, más de dos siglos. Entonces no había ninguna placa que lo indicara. Entonces había que sabérselo. No sé cómo él lo averiguó. De niña, no se me ocurrió preguntárselo, y cuando me entró la curiosidad él ya no estaba.

Hago una pausa. La necesito. Milena contiene la respiración.

—Vinimos varias veces a Aranjuez, le gustaba pasear por aquí. Con él vi por primera vez la Casa del Labrador, aunque entonces sólo vi un palacete, lo que tiene dentro lo entendí y aprendí a valorarlo después. Si ese mes le habían pagado muchas horas, nos llevaba a comer al Rana Verde, al lado del río. Y siempre, invariablemente, veníamos aquí, me enseñaba el árbol y me decía lo que acabo de decirte. Que pensara en todo lo que hacía falta para que este árbol existiera, y se mantuviera tan derecho, y diera la buena sombra que daba. El jardinero, el tiempo, las raíces, el suelo, el aire. Supongo que quería transmitirme una enseñanza, que entonces sólo pillaba a medias. Es lo único que recuerdo con cierto detalle de lo que me dijo, mientras estuvo vivo y pudo hablarme.

—Uf —se limita a decir.

Se queda un buen rato callada, asimilando la historia, mirando el árbol, recorriendo su tronco con los ojos desde el suelo hasta la copa. Al final los vuelve hacia mí, algo empañados, y me dice dulcemente:

—Gracias por enseñármelo, de verdad.

Me acuerdo entonces de algo.

—¿Has escuchado alguna vez a una cantante que se llama Cecilia?

Milena no entiende a qué viene la pregunta.

—Me suena, pero es de hace mucho, ¿no?

—Murió el mismo año que yo nací. El mismo día.

—¿Ah, sí?

—Tiene una canción que se llama *El viaje*. Y en ella unos versos que me vienen a la cabeza siempre que veo este árbol. *Y te irás de aquí, igual que has venido*. Las dos nos iremos, como se fue mi padre, o mi madre, y este árbol seguirá aquí y esas cabezas de griegos que alguien talló hace dos mil años seguirán en la Casa del Labrador. Por lo menos mientras el planeta o el sol no colapsen o no venga una guerra que destruya esto. Los que pasamos y no quedamos sólo tenemos una rendija para participar de lo duradero: aprender a apreciarlo y aceptar nuestra condición pasajera, sin caer en la idiotez de sobrevalorarla. Y saber entregarla, sin dudar, a lo que vale más que nosotros: la fe y la esperanza de los demás. De la gente a la que queremos, como enseña tu Tarkovski con el árbol que Alexander le deja a su hijo. Como me enseñó mi padre dejándome a mí este.

—Ahora termino de entender tu reacción, al ver la película.

No esperaba otra cosa de ella. Pero busco ir algo más allá.

—¿Qué opinas de los hombres, Milena?

La pregunta la descoloca. En parte era mi intención.

—¿Cómo que qué opino?

—Los hombres. Qué te inspiran.

—Bueno —titubea—. He estado con algunos. Ahora estoy contigo.

—¿Y después de haberlos probado, qué sientes hacia ellos?

—¿La verdad?

—La verdad.

—No han dejado de gustarme, si es por eso por lo que preguntas.

—Podría ser. Sigue —le pido—. Qué más te inspiran.

—Alguna vez, estando contigo, hasta he tenido alguna idea loca.

—¿Como cuál?

A la cara le asoma un gesto de picardía.

—Buscar a uno y ligárnoslo y tirárnoslo, las dos.

Finjo escandalizarme.

—Eres una viciosa.

Levanta las manos, a modo de disculpa.

—Sólo si a ti te apetecía, claro. Puedo pasar sin ello.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿A ti han dejado de gustarte?

—No, nunca han dejado de gustarme.

—Vamos, que sí podría apetecerte una buena…

—Podría, pero en ese caso, ¿por qué no mejor comprar un juguete?

—Y para qué gastar dinero, un tío es gratis.

—Mira que eres burra, cuando te pones.

Milena sigue con su travesura. Noto cuánto la divierte.

—Es la verdad. Míranos, ¿cuántos tíos en Madrid dirían que no a montárselo a la vez contigo y conmigo? Podríamos elegir a quien nos diera la gana, salvo a lo mejor los del Real Madrid, que lo mismo se lo pensaban por miedo a que fuéramos unas chantajistas cazafamosos.

—Nada más lejos de mi interés que un futbolista del Real Madrid.

—¿Ni para un rato? —me provoca.

—Hablando en serio, ya veo que no se te han quitado las ganas de tirártelos, pero te pregunto cómo los ves, qué juicio tienes sobre ellos.

—¿Puedo ser cruda?

—Tú verás.

—Cuesta encontrar a uno que merezca la pena. A la mayoría le falta educación, empatía, conciencia, sensibilidad, inteligencia, poso, olfato, oído… A al-

gunos, todo a la vez. Están, no sé, como a medias.

—La misma sensación he tenido yo muchas veces —coincido—. Ayer mismo, sin ir más lejos, con ese espectáculo del parlamento.

—¿Te refieres al debate?

—Al debate, sí. Que sigue siendo, cómo no, cosa de hombres. Mucha cuota femenina, mucho empoderamiento, mucho lazo y mucha camiseta lila, pero a la hora de la verdad, ahí lo tienes: cinco hombrecitos al frente de las dos izquierdas y las tres derechas, más los dos hombrecitos que ejercen el liderazgo de los nacionalistas vascos, el prudente y el amigo de los encapuchados, y los dos de tu tierra, el que tuvo el valor de quedarse y comerse la cárcel y el que se está volviendo como un cencerro después de escaparse a Bélgica. Muchas mujeres, sí, cada vez más; pero siempre en segunda línea y alrededor de los hombrecitos, poniendo cara de arrobo mientras ellos se remangan y se pavonean. Lo de toda la vida: los príncipes y las coristas, en el centro el gran varón y ellas a sus pies.

—A mí ellas me recuerdan más a *cheerleaders*. Pero lo peor no es eso.

—Qué es lo peor.

—Cuando algún machito al mando dice *nosotras*.

—Ahí voy, ni siquiera valen como actores. El del

busto ese que te he dicho antes, en la sala de estatuas de la casa que acabamos de ver, Tespis, se dedicaba al teatro. Incluso dicen que fue el que inventó lo de las máscaras para representar las emociones. Pero él no hizo un teatrillo de chichinabo, como este que ya nadie puede creerse: les abrió camino a Sófocles o Eurípides, nada menos. Hasta para fingir bien hace falta fuste. Ves esa cabeza de hombre, con su frondosa cabellera, y lo percibes: que ahí hay grandeza, que eso es sólido, que ahí puedes apoyarte. No como lo que nos toca. Unos ni se esfuerzan, porque saben que no lo necesitan: el viento les sopla y les ha soplado siempre a favor. Y los otros, los que tendrían que fajarse, porque se supone que quieren avanzar contra el viento, al final se pierden en una tragicomedia inútil, el desastre tantas veces visto. Da igual si van de incendiarios, si buscan acomodo y coche con chófer o si tratan de hacer las dos cosas juntas. El resultado, una y otra vez, es la nada, y el viento sigue empujando a los de siempre.

—Así dicho, no puede ser más deprimente.

—El caso es que ahí están, los hombrecitos, midiéndose, chocándose los cuernos, y todo atascado y por hacer, y así parece que va a quedarse, porque no saben cerrar una transacción. Llevan en los genes la

necesidad de imponerse y, lo que es peor, no tienen imaginación para más.

—También hay en ese parlamento alguna mujer que vaya.

—Voy al símbolo. A que quienes nos mandan, quienes nos siguen mandando, son hombres, y hombres cada vez más insignificantes. Que hasta el título académico se lo cocinaron algunos al microondas: sin el tiempo, ni el sudor, ni el sacrificio que piden las cosas verdaderas.

—Como el árbol —dice, mirándolo.

—Como el árbol. O como el hombre que me traía a verlo de pequeña, y que en su vida, tan humilde, tan corta que fue, procuraba atenerse a lo que me decía. Procuraba ser firme, decente, generoso, amoroso. Él se habría muerto días después de mi madre, como aquel rey con su reina infiel, si no se le hubiera acabado la vida antes que a ella. Él estuvo siempre ahí para mí, y sigue estando, incluso ahora que no está, cuando vengo a ver al Plátano Padre. Este árbol viril, sólido, me recuerda que alguna vez hubo, que quizá todavía haya por ahí hombres así, pero yo, porque no supe o no tuve suerte, o porque nací tarde, en un tiempo en el que ya se estaban extinguiendo, nunca me tropecé con ninguno.

—Una sensación agridulce, me imagino.

—No creas. Cada vez más dulce y menos agria.

Se queda pensando, interpreto que en la razón por la que cada vez me duele menos y me apacigua y me reconforta más venir aquí. Me pregunto si la adivina: si llega a comprender que la decepción sólo muerde en tanto la ilusión, y todo lo que de ella depende, alienta y mueve el alma. Sin embargo, descubro que sus pensamientos van por otro lado.

—Viril y sólido es un rato —observa—. Menudo tronco.

Se le escapa entonces una risa, por el doble sentido.

—Sí, menudo —opto por reírme también.

—O tranca —sigue con el juego de palabras.

—Acércate a tocarlo, si quieres —la invito.

Se acerca, lo acaricia, despacio, con una delicadeza que contrasta con la superficie áspera del tronco centenario. Apoya un hombro en él y abre los brazos. Si no tuviera más de dos metros de diámetro, diríase que trata de abrazarlo. Lo golpea con los nudillos, para ver su consistencia.

—Es pura piedra —dice—. Aquí no vas a poder hacer un agujero para guardar secretos. Salvo que te hayas traído una buena taladradora.

—No he traído.

—¿Y qué vas a hacer con tu secreto?

—Tendré que confesarlo, parece.

—Alto —me pide—. Sólo si vas a decirme que sí. Que me quieres.

—Viéndote ahí, así, es imposible no quererte.

—¿Eso es una confesión?

—No sé. Tiene toda la pinta.

Arruga un poco el ceño.

—Me gustaría que fuera una confesión un poco más bestia.

—Como qué —la desafío—. Dame una idea.

Me mira de frente, hace memoria y recita, contundente:

—Y si el amor pierde hasta su nombre allí donde todo recomienza sabré volver a decirte con la piel y el fuego nuevo de otra lengua.

No puedo reprimir el asombro.

—Eres una poeta.

Niega con la cabeza.

—Yo no, lo he tomado prestado. Sólo es mía la traducción, el resto pertenece a Maria Mercè Marçal. Una poeta catalana, ¿la conoces?

—Ni idea.

—Suele ocurrir —me disculpa—. Ay, ese centralismo…

—¿Es indepe? —me dejo llevar por una inercia torpe.

—Supongo que lo sería, si viviera. Murió hace veinte años o así.

—Ah. ¿Y cómo suena en catalán? El final…

—*Amb la pell i el foc nou d'una altra llengua*.

Me quedo embelesada, mientras resuena en mí el eco de su voz.

—Si leyéramos más poesía y menos periódicos…

—Ahora ya casi nadie lee periódicos —me recuerda.

—O tuits, o pies de Instagram, o lo que sea que la gente lea. Es verdad, la de tu poeta es una buena forma de decirlo, pero sé una mejor.

—¿Mejor?

—Más bestia.

—Qué intriga, tú.

Me acerco, misteriosa.

—Quítate la sandalia.

—¿Para?

—Quítatela, y deja el pie en vilo.

Obedece, dubitativa. Me arrodillo ante ella, apoyo una mano sobre el suelo que alimenta y sostiene a mi árbol padre, la otra sobre la primera, levanto despacio los ojos y le pido, sin darle ninguna explicación:

—Apoya el pie sobre mis manos.

Lo hace, pero duda si apretar. Disipo sus dudas:

—Apóyalo bien.

Hace fuerza y entonces me doblo y beso su empeine. Tampoco es mía la idea: la tomo prestada, aunque me lo callo, de un pasaje de un libro que sucede en este mismo jardín. Se llama *Octubre, octubre* y lo escribió un hombre-árbol, como Tespis o mi padre, al que no conocí y no podré ya conocer, porque como ellos ya no está entre los vivos. Podría darle a Milena su nombre, pero prefiero que sienta sólo su luz cuando digo:

—Hasta este punto me has hecho tuya.

No consigo dormir bien. Es el calor, por un lado, y por otro el vino, que he bebido de más, durante la cena. A Milena, que también ha tomado lo suyo, la ha sumido en un sueño profundo, pero a mí, será la edad, me ha dejado la cabeza y el cuerpo algo descompuestos. Me levanto por tercera vez al baño, me acerco luego a la ventana para subir un poco más la persiana, tratando de no hacer ruido, y cuando regreso por su lado de la cama veo que se ilumina la pantalla de su teléfono móvil, que está sobre la mesilla, silenciado. Sé que no debo mirarlo y cuando distingo una ristra de mensajes de WhatsApp que no debo leerlos. Mis ojos no pueden sin embargo vencer la tentación. Los mensajes se los manda alguien que sólo aparece identificado por el número, pero cuando leo uno, y luego otro, y a continuación los que le siguen entrando, en silencio, sin que ella sea consciente, deduzco que sale así porque lo ha borrado de la agenda. El tono y las alusiones que contienen, el hecho de que le esté escribiendo a las tres de la mañana, a saber desde dónde

y en qué estado, me permiten reconocer sin la menor sombra de duda al emisor.

De pronto, entra un mensaje que hace que el corazón me dé un vuelco: *Ya está, se acabó, voy a por ti*, *vas a enterarte que de mí no se ríe ni Dios*. Por un momento temo que venga aquí, hasta que comprendo, por los mensajes anteriores, que no sabe dónde está ella ahora mismo y que el único lugar al que puede ocurrírsele ir a buscarla es su casa. Mientras esté aquí, está segura, razono, con el cerebro convertido de pronto en una olla a presión. Me pregunto qué debo hacer: cualquier cosa menos despertarla, cualquiera menos fingir que no he leído los mensajes; demasiado culpable me siento por no haberle preguntado más y con más ganas cómo iban las cosas con este sujeto al que imagino, por el tono de lo que escribe, fuera de control. ¿Plantearle mañana, cuando se despierte, que vayamos a la policía con los mensajes y pongamos una denuncia? Es lo correcto, lo que recomiendan la tele y las autoridades, incluso podría llamar yo ahora, sin que ella lo supiera, al número ese que no deja rastro en la factura, para que el sistema se movilice en su defensa. Como proclama la sabiduría popular, y como más de una divorciada le insinúa a su exlegítimo para acogotarlo, una palabra suya bastará para hacerle dormir en el calabozo. Sin embargo, me pregunto qué nos

tocará si nos acercamos a la comisaría: si una agente concienciada —o un agente concienciado, no seas simple, Rosa— o uno —o una— que esté al final del turno y tan hasta las pelotas de las cuitas de los ciudadanos y de tener que hacerles de niñera que nos diga que no es para tanto, que esperemos a ver si cuando se le pase la borrachera va a más o le escribe pidiéndole perdón. Y si nos toca alguien que se lo toma en serio, qué pasará cuando lo suelten: si su señoría decidirá que los wasaps merecen orden de alejamiento o no, y si es que sí, quién lo vigilará y a cuántas amenazadas tocarán por barba los cuatro polis que haya para esto.

Mi cabeza se acelera más y más y la sangre me hierve. Me pone las tripas del revés recordar lo que acabo de leer, las amenazas del enésimo macho disminuido queriendo ser o parecer alguien, a fuerza de meterle miedo a una mujer que tiene en la cabeza otras cosas que rendir a su masculinidad deficitaria la pleitesía que le permita dejar de sorberse los mocos y de tenerse lástima cuando se mira en el espejo del baño. La he sentido, como cualquier mujer, muchas más veces de las que me gustaría y en diversos grados: esa intimidación del simio con testículos al ser humano sin ellos, esa invasión asquerosa y patética, esa confesión de no pertenecer a ninguna forma de vida inteligente o civilizada. Por parte de garrulos sin

media lectura y también de supuestos instruidos como el animal que le sale ahora al paso a ella, despojándose de todo ese ingenio que tiene a la hora de escribir anuncios para mandar por WhatsApp esas pobres pintadas de homínido que no ha salido aún de la caverna.

Me enciendo y me digo que no, que no puede ser, que a mi niña no va a meterle miedo una basura sin conciencia ni pelotas, un espantajo pagado de sí mismo al que nunca, desde la educación que le adivino hasta su vida de mentira en un mundo de mentira, le han puesto en su sitio, en el horror de estar vivo que le corresponde, porque la vida ya es atroz de por sí, pero cuando uno es un cobarde y un ignorante moral es justo y necesario que le salte todos los dientes con la mano abierta.

Pienso deprisa, y decido más deprisa aún. No tengo mucho tiempo. Me visto silenciosamente. Me llevo su teléfono: la habitación tiene uno, en caso de emergencia, y no necesita leer más amenazas. Espero que crea que lo ha olvidado por ahí. Le escribo una nota en un folio que dejo sobre mi almohada: *He salido a una cosa. Ya vuelvo. Te quiero*. La leo y rezo para que tarde unas cuantas horas en despertarse. Agarro las llaves del coche y, tras cerrar la puerta con cuidado, salgo en tromba al pasillo.

Estoy alterada, lo reconozco. He bebido, he dormido mal, estoy furiosa. En este momento no soy una persona normal. Si es que alguna vez lo he sido. Quizá eso explique que vaya así, conduciendo a toda velocidad por las calles de Madrid, después de haber dejado a Milena sola, con una idea o un plan o lo que sea que es una locura bajo cualquier punto de vista y que a mí se me aparece, en cambio, como lo que no tengo más remedio que hacer. Lo veo tan claro que mi ofuscación convive con una forma de hiperconsciencia. Es, potencialmente, un momento de peligro. El tipo es más fuerte que yo y a saber de qué va puesto. Comprendo que acudo a un encuentro en el que lo mismo puedo morir o volver a nacer, y que si nazco será la cuarta vez, y si muero, la tres veces esquivada, la definitiva. Mientras sorteo semáforos y busco el camino pasa ante mí toda mi vida: estas cuatro semanas con Milena, todo lo mucho que antes hice mal o regular y lo poco que hice de verdad bien, como cualquiera. Me acuerdo de Cecilia, de la canción que le dije ayer

a Milena en el Jardín del Príncipe y le puse luego en el coche, de esos versos tan terribles, en su sencillez: *Tu cuerpo a la tierra, la tierra al trigo*. Si pasa algo, voy a sentirme culpable de la tristeza que le provocará oírla. Ojalá pueda consolarla el trigo: la certeza que tendrá al fin de que la quería, si no le valió lo del árbol.

Se me cierra un semáforo y aprovecho el minuto para buscar otra canción en el móvil. La encuentro en seguida, para eso están Google y los que lo piratean todo en YouTube, y me la pongo a todo volumen. Es una canción que solía darme ánimos, aunque lo que cuenta no puede ser más triste. Siempre tuve la sensación un poco rara de que hablaba de mí, porque la protagonista lleva mi nombre, aunque nunca terminé de ver la relación conmigo. Ahora, de pronto, la veo, y es una epifanía que me fortalece aún más en mi resolución. *Rosie Had Everything Planned*, se llama, y la sacaron los de Supertramp antes de que yo naciera. Yo no lo tengo todo planeado, pero al oír su melodía, y la voz de Roger Hodgson que la extiende sin prisa ante mí, me siento fuerte. Sabré improvisar.

Mientras conduzco me bebo al paso la belleza nocturna de Madrid, de la que muy bien podría estar apurando los últimos sorbos. Es otra de las cosas que le agradezco a Milena: que también respecto de ella

haya sacudido mi sensibilidad y la haya sacado del adocenamiento en que se había dejado recluir. Por alguna razón insuficiente y deleznable, había dejado de dar gracias por estar donde estoy, por tener la oportunidad de mirar estas calles, subir a sus azoteas, pasear por sus parques, respirar el aire intenso y contaminado de esta ciudad golpeada y odiada por tantos, pero que es la que me vio nacer y crecer y donde la vida, una y otra vez, me ha dejado oler sus más hermosas y terribles fragancias. Gracias a ella, a Milena, mi ciudad ignorada ha vuelto a ser un oasis repleto de esos deleites que los ciegos no ven, porque no miran, pero que quienes acatan el mandato de poner atención a sus días encuentran por doquier.

Rosie, a girl with a strange kind of humour, canta Hodgson, y no puedo evitar sonreír mientras me interno en la zona de tráfico restringido para llegar a mi destino. Por un momento pienso en la multa que tal vez el ayuntamiento no pueda ya cobrarle a nadie, hasta que me doy cuenta de que no voy a cometer ninguna infracción, porque el distintivo de mi coche me permite circular por estas calles siempre que me proponga guardarlo en un parking público, que es lo que pienso hacer. En una de las últimas calles me topo con el camión de la basura, que me obliga a hacer el recorrido hasta la entrada del aparcamiento

más despacio de lo que me gustaría. Compenso la impaciencia con resignación: el retraso es también una breve prórroga de mi paseo motorizado por Madrid.

Cuando llego al portal de Milena, después de aparcar, respiro aliviada al ver que no hay nadie. Meto la mano en el bolso y saco las llaves, que he recogido junto a las del coche de la bandeja donde reposaban ambas. Espero que a Milena no le dé por mirarla si como vuelvo a implorar que no ocurra, a quienquiera que allá arriba pueda escucharme, se despierta antes de tiempo. No conozco las llaves y tengo que ir probando una por una, pero acabo dando con la correcta. Entro y subo a la carrera hasta el segundo, donde está su apartamento, tan diminuto que es más grande mi habitación del apartotel y por eso hemos optado siempre por refugiarnos en ella. Encuentro pronto las llaves adecuadas, descartando la primera, y hago girar las dos cerraduras. De nuevo me alivia que las dos estén puestas: la rapidez con que he venido me ha permitido, ya no tengo ninguna duda, anticiparme como era mi propósito a la jugada.

Entro y enciendo la luz. Veo las cosas de Milena, sus carteles en la pared: de Tarkovski no tiene el de *Sacrificio*, sino el de una película mucho más antigua, *El espejo*. Al lado hay otro de *Deseando amar*, de Wong Kar-wai. Tengo por un momento sensación de

invasora e intrusa, de estar haciendo algo que la indignará justamente y que juzgará como una iniciativa exagerada y paternalista por mi parte, para la que no podré darle, tampoco darme, una justificación adecuada y convincente. Pero todo esto es el dique mínimo que laboriosamente puede levantar la razón, contra el empuje arrollador del monstruo que ahora me mueve desde las tripas: un monstruo que está hecho de amor y miedo, de cólera y de desprecio. No sólo hacia el matón: también hacia mí misma.

Mientras espero —y a ratos temo estar haciéndolo en vano, a un fanfarrón que al final no va a venir y que a esta hora está vomitando la borrachera en alguna esquina— me reconozco lo que hay detrás de este gesto, de esta disposición al sacrificio por ella. Como Alexander, también yo, cuando me sentía perdida, encontré una casa junto al mar; ese que no tiene Madrid, pero que Milena traía en los ojos. Como a él, me ponen delante una amenaza apocalíptica: para él era un holocausto nuclear, para mí que un malnacido le haga daño a quien me permitió ver ese mar y tantas otras cosas bellas que daba por muertas y perdidas. Y como él, le rezo a un Dios que pueda conmoverse ante las aflicciones de una mortal confundida y miserable y apreciar su disposición a darse, hasta donde

haga falta, para hacerle reconsiderar su proyecto de destrucción.

Esto es irracional, lo sé como lo sabe Alexander, pero en mi caso, como intuyo que también en el suyo, hay algo más, algo que suma y empuja a la bola a resbalar por la pendiente. La idea me acompaña desde hace algún tiempo, después de leer un reportaje en una revista. Contaba la curiosa historia de un neurocientífico especializado en identificar a través de imágenes computerizadas del cerebro las señales que delatan el carácter psicopático. Un día sus compañeros le hicieron una broma pesada: entre las imágenes de otras personas, le colaron las que habían sacado de su propio cerebro. El neurocientífico fue señalando las que correspondían con claridad a psicópatas. Entre otras, las suyas. Así fue como descubrió el hombre que él mismo era un psicópata, y al examinar retrospectivamente su comportamiento y sus sentimientos, corroboró la hipótesis. En realidad, decía, no le importaba nadie más que él mismo, carecía de la capacidad de sentir verdadera empatía por otras personas, incluidas las de su familia, y lo único que hacía era tratar de parecer encantador y no perjudicar a nadie. Por suerte, no había sufrido ninguno de los traumas o maltratos que, sumados a la base psicopática de su personalidad, le habrían convertido en un criminal peligroso.

No creo ser una psicópata. No voy a sacarme las fotos del cerebro que lo confirmen o lo desmientan. Pero si repaso la historia de las relaciones que he ido construyendo y deshaciendo a lo largo de mi vida, incluidos mis dos matrimonios, no puedo evitar verme como un ser con serias dificultades para fraguar una comunión permanente con otro. Es como si me lo impidiera la suma de los reveses que han acabado formando la estructura de mi existencia: la pérdida antes de tiempo de mis dos afectos primeros a manos de la muerte, la conmoción de las dos veces en que pasó rozándome y me hizo notar que me dejaba seguir camino, el derrumbe de las creencias y las ilusiones que acogí y se me fueron entre los dedos, la quiebra de los proyectos que yo misma no tuve el valor, la tenacidad o lo que fuera que hacía falta para llevarlos a término. A veces me asusta ser incapaz de sostener y consumar esa entrega en la que sé que se justifica y se colma la irrisoria y efímera peripecia humana, y temo que llegue el día, también con ella, con Milena, en el que mi mente y mi corazón empiecen a despegarse, a responder obedientes a la llamada de esa letal indiferencia que ha arraigado bajo la coraza de la que necesité o creí necesitar revestirme. Temo que mi recuerdo acabe siendo, para ella, la misma nada, en el mejor de los casos, o la misma hiel, en el peor,

que gracias a mis deserciones es hoy para quienes me quisieron antes.

Pienso ahora que Alexander —un hombre cerebral, culto, inteligente y para colmo avezado, como antiguo actor, en el arte de ser otro a través de sí mismo— teme algo parecido cuando se asoma al borde de su propia alma. Por eso abraza con tal entusiasmo, con tanta convicción, la opción del sacrificio por los suyos. Lo lleva al extremo de materializarlo aun después de que la amenaza haya pasado, entendiendo que sólo con habérselo comprometido a Dios ya se produjo su renuncia y no tiene vuelta atrás. Si quiere ser un hombre entero, un hombre apto para transmitir la ilusión y la esperanza, tiene que dar una prueba irrefutable, por irreversible, de su entrega. Así es como me siento ahora yo. Siento que gracias a mi decisión, por descabellada e incomprensible que pueda parecer, cuando me vaya habrá alguien, al menos una persona, a quien le conste a ciencia cierta que yo tenía la capacidad de darme por amor a otro. Ya que no llegué a tener hijos a los que probárselo, alguien habrá que cuando se acuerde de mí podrá sentir algún calor en el corazón.

Llevo quince minutos en el apartamento y no sucede nada, y por un momento me veo a mí misma como Alexander, metida a la fuerza por dos loqueros

en una ambulancia, pero sin haber logrado consumar un sacrificio épico como el suyo. Es una sensación fugaz, engañosa: cuando suena el portero automático, comprendo que mi destino va a cumplirse, que la apuesta va de veras y mi entrega está dispuesta y a punto.

Suena media docena de veces, insistente y apremiante. El rey de la selva exige que todos, empezando por esa puerta cerrada que ahora le bloquea, se aparten a su paso. Descuelgo el telefonillo y veo su cara, deformada y desencajada, en la pantalla en blanco y negro. No le doy tiempo a proferir el berrido que seguramente trae preparado: aprieto de inmediato el botón que libera el pestillo del portal. Veo su asombro, al que reacciona no obstante con presteza. Temiendo quizá que deje de apretar el mecanismo de apertura —precaución innecesaria, mantengo el índice literalmente incrustado en el botón que lo activa— carga raudo con el hombro y accede al interior del edificio. Me quedo junto a la puerta y pronto oigo las zancadas con las que sube por la escalera. Al timbre del apartamento no llama seis veces: lo aprieta una sola, corta. Respiro hondo y abro sin darle tiempo a que repita la operación.

—¿Quién coño eres tú? —ladra al verme.

Le observo de arriba abajo. Trae los mocasines

sucios, el pantalón lo ha estirado de más y la camisa no se la han planchado como es debido, o es el segundo día que se la pone, llamativo indicio de dejadez en alguien como él. Alguna de las veces que ha meado esta noche iba con prisa o demasiado cargado, y al terminar se ha subido la bragueta sólo hasta la mitad. Viene sudoroso y sus ojos desorbitados sugieren que uno de los ingredientes del cóctel tóxico que zigzaguea por su sangre es una buena paletada de cocaína. Sé muy bien lo que es, y el peligro que tiene.

—Me llamo Rosa —le digo—. Nos presentaron.

Se queda de pronto fuera de juego, tratando de hacer memoria. No lo consigue a la primera, y tampoco voy a dejar que siga intentando.

—¿Quieres pasar? —le ofrezco.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está Milena?

—Milena no está. ¿Quieres pasar o no?

Me mira con aire ido, mientras respira tan fuerte que se le ensanchan las aletas de la nariz. Diría que incluso le veo apretar los puños.

—¿Vas a quedarte ahí? —le pregunto—. Lo mejor sería que entraras. No hay por qué alborotar con estas voces a los vecinos.

—¿Tú de qué vas? ¿Dónde está ella? ¿Se ha escondido?

—Pasa y registras, si quieres.

Entra como una locomotora, tan de improviso que sólo mis reflejos evitan que me embista. Se va al baño, donde muy difícilmente podría esconderse alguien, a la minicocina, menos susceptible aún de ocultar a nadie, abre y revuelve y cierra con furia los dos pequeños armarios.

—¿Adónde se ha ido? —brama—. ¿Qué pintas tú en este entierro?

—Ah, ¿vamos a enterrar a alguien?

—Mira, no me toques los huevos, que los tengo bien hinchados.

—¿De verdad no te acuerdas de mí? —le reto.

—¿De qué? ¿Y por qué tendría que acordarme?

—De la fiesta de tu jefa. A la que seguro que nunca le hablas así.

Parece como que hace memoria. Parece, también, que las sustancias que le enturbian el entendimiento, la provisión reducida y averiada de él con la que va por el mundo, le dan tregua y le permiten bosquejar algo parecido a una asociación, y sobre ella un razonamiento a medias.

—Joder, ahora que lo dices, tú eras…

—Rosa, la mujer de Elena. Exmujer, más bien.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque he leído tus wasaps. Están a buen recaudo, por cierto.

En mi coche, más concretamente, que este gañán no sabe dónde he dejado, ni lo puede averiguar. Por si acaso su cerebro intoxicado fuera capaz de esbozar algo semejante a una estrategia de investigación, he tenido buen cuidado de dejar el tique escondido en la guantera.

—¿Me estás amenazando? ¿Tú? ¿Quién cojones te crees…?

Lo noto más y más fuera de sí. Me gusta. Hace que yo me sienta cada vez más maravillosamente tranquila. Ni me tiemblan las piernas.

—Te equivocas. No vengo a amenazar a nadie. No es mi estilo.

—¿A qué has venido, entonces?

—A exigirte que te pierdas de una puta vez. Que no vuelvas a llamar ni a mandarle en toda tu mierda de vida un mensaje a Milena.

No da crédito. No puede creer lo que está viviendo, esto que ven sus ojos y oyen sus oídos. Cómo le digo lo que acabo de decirle. Cómo le sostengo la mirada, impasible. Por momentos, yo tampoco me lo creo.

—Escucha, pedazo de gilipollas. De verdad, o me dices de qué va esto y dónde está ella o te juro que… —se interrumpe y levanta la mano.

—Qué. Qué juras. A ver.

Baja la mano. Me mira con un odio reconcentrado. Le explico:

—De qué va, es fácil de entender, si pones un poco de atención: de que ya no pintas nada aquí y te estás poniendo en ridículo, por decirlo del modo más suave. Y ella está… donde no puedes hacerle nada. Si te queda algo de juicio, te darás media vuelta y te irás a dormirla.

—Tú te la estás buscando —me advierte—. Y la vas a encontrar.

Sacudo la cabeza, despacio, sin dejar de mirarle.

—¿Qué te pasa, muchacho, que tienes ganas de mojarla y no tienes dónde? Me siento caritativa, si quieres te dejo, a ver qué sabes hacer.

El ofrecimiento lo cortocircuita. Inspira y espira con violencia, sus ojos parpadean, parece que se va a caer redondo en cualquier momento. Fantaseo un segundo con el ruido de su corpachón al estamparse contra el suelo, pero en el fondo de mí sé que eso no va a suceder. Inoportuno, me viene el recuerdo de la escena con la islandesa de *Sacrificio*, y pienso, absurdamente, en que si este mostrenco se aviniera a lo que acabo de proponerle ambos protagonizaríamos la versión más zarrapastrosa y degradada de ese momento cinematográfico tan sublime. No puedo, ni debo, desaprovechar un segundo más su desconcier-

to. Cebo bien la pólvora de mi cartucho y se lo disparo a bocajarro entre ceja y ceja.

—¿Qué, además de cobarde eres impotente?

Al fin he pulsado el detonador. Se viene contra mí, desatado.

—Ahora sí que vas a comerte una hostia, hija de…

No le doy tiempo. Con la mano derecha, en la que tengo las llaves, y a la que doy forma de puño rematado por la más larga y consistente de ellas, le dibujo en la mejilla un relámpago rojo. No se esperaba el ataque y se lleva la mano a la herida, gritando como un poseso, momento que aprovecho para lanzarle un puntapié a la entrepierna que me falla por sólo unos dedos, cuando él hace una inesperada contorsión. Es todo lo que me da tiempo a intentar, antes de que él se rehaga, me agarre por las muñecas y comience a desahogar, con toda la violencia con que puede hacerlo, la furia que me he tomado buen cuidado de inocularle.

A partir de aquí, la historia está escrita y no tiene vuelta atrás. Siento sus golpes sobre mi cuerpo, la determinación vengativa y homicida que los anima, y empiezo a estar ya fuera de él. Mientras mi verdugo se aplica y me va acabando pienso en todo menos en mí: devuelvo así, como dice el poema de Tarkovski,

las deudas de amor. Empiezo por comprender que no voy a regresar nunca de mis vacaciones, y que Eva, mucho antes de lo que se esperaba, va a encontrarse con una merecida promoción profesional. Me acuerdo también de Elena, que como el divorcio no está formalizado va a heredar todos mis bienes: será toda suya la casa a la que tantos esfuerzos le dedicó, no tendrá que venderla y podrá así, desde una posición más desahogada en todos los sentidos, rehacer su vida. Me asalta un remordimiento al pensar en Diego, mi jefe, al que le complicaré un poco las vacaciones que se tenía más que ganadas, y de cuya licencia he hecho un uso tan irresponsable y tan insensato: confío en que la suposición de que he sido víctima de una enajenación mental le ayude a perdonarme. Y no puedo impedir que una ráfaga de tristeza me atraviese al imaginarme el efecto de la noticia en Milena, cuando se la den: si bien mi estrategia finalmente exitosa va a librarla de este anormal durante quince o veinte años, y lo que para entonces escupa de vuelta la cárcel es poco probable que pueda inquietarla, no dejará de sentirse culpable y quizá destrozada por lo sucedido. Siento no poder enviarle ahora mismo un wasap —me sujeta este tío las manos con demasiada fuerza para siquiera intentarlo—. Si pudiera, le mandaría un verso de *Hide In Your Shell*, la canción de

Supertramp con la que aquel sábado acerté a pedirle perdón por tratar de resistirme a ella: *don't let the tears linger on inside now*. Y le diría que no se torture, que me siento feliz, porque me voy segura de que ella no me recordará como a Heidegger lo recordaba Hannah Arendt, como una pobre criatura sin carácter que merece ser compadecida.

Pienso, por último, y ahora sí que me acuerdo del yo maltrecho y ya en tiempo de descuento que he transportado con no poca fatiga y estilo mejorable hasta esta orilla, que estoy a punto de participar de la quietud sobrecogedora y excelsa de los pajarillos que talló en boj y marfil para el sibarita de Carlos IV el francés Jean Demontreuil. Al final, no voy a llegar a cumplir los cuarenta y tres años, y aunque me he pasado en un par de la marca fatídica que en su día dejó establecida el protagonista de los *Apuntes del subsuelo* de Dostoievski, le he ganado por unos cuantos al autor, lo que no deja de ser un mérito que deberán reconocerme.

Resumiendo, que todo está bien, y que esto que ahora sucede, una tragedia según todas las convenciones generalmente aceptadas, tiene también, como las que hicieron los griegos que siguieron los pasos de Tespis, una multitud de efectos beneficiosos, higiénicos y hasta catárticos.

Sólo una cosa me queda por decirte, a ti que has tenido la paciencia y la indulgencia de leerme. Como de mi propia narración se desprende, yo soy mentira, ya que nadie que así muriera podría estar escribiendo estas líneas para contarle al mundo cómo ocurrió. Soy, por ello, una mentira sólo hasta cierto punto, porque al final acepto desmontar el engaño y porque en mi cuento se entremezclan verdades —hechos, lugares, fechas, gentes— que pueden comprobarse puntualmente. No es esto lo que importa, en cualquier caso. Permíteme que como despedida, antes de disolverme en la nada y en el silencio eterno, te deje una pregunta, que es la que importa de veras, la única a la que es imperativo y perentorio que aciertes a encontrar una respuesta: ¿cuánto de verdad eres tú?

Edición no venal de Zenda, zendalibros.com

zenda
Autores, libros y compañía

Rosa, una profesional madrileña en la cuarentena, conoce en una fiesta a la que la arrastra contra su voluntad su mujer, Elena, a una perturbadora veinteañera, Milena, de la que cae prendada de manera fulminante. Podría haber quedado ahí la cosa, en un deslumbramiento nocturno sin consecuencias, pero la fortuna no está del lado de Rosa, o sí: la chica no sólo la corresponde, sino que la invita a verse a espaldas de sus respectivas parejas. La decisión de Rosa conducirá al final de su matrimonio con Elena, la pérdida de su casa, el descubrimiento de una pasión nunca antes experimentada y el examen profundo de los desperfectos de su ser y de su biografía. También la llevará a comprender y apreciar lo que la sostiene y hace fuerte, y a recorrer con nuevos ojos su ciudad natal, Madrid, y parte de sus alrededores, para mostrárselos bajo el calor asfixiante del verano de 2019 a la barcelonesa atenta y curiosa que es Milena. La experiencia así compartida con su joven amante le hará plantearse, en fin, el valor de la propia existencia, que sólo emerge de manera completa y cabal en el instante y en el acto del sacrificio.

Y te irás de aquí es una historia de amor, es decir, política.

Patricia Kal nació en Madrid.

zenda
Autores, libros y compañía

Y TE IRÁS DE AQUÍ
PATRICIA KAL